



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO

APUNTES PARA UNA DELIMITACIÓN
DEL ANÁLISIS HERMENÉUTICO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRIA EN LETRAS LATINOAMERICANAS

PRESENTA:
JORGE ALBERTO GUDIÑO HERNÁNDEZ

ASESOR:
DR. FEDERICO ÁLVAREZ ARREGUI



MÉXICO, D. F.

2006



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Introducción.	2
I	La función de la hermenéutica. 14
I.1	¿Qué se interpreta? 15
I.1.1	Signo. 18
I.1.2	Significante y significado. 22
I.1.3	Significación. 26
I.1.4	Sentido. 28
I.2	El discurso como punto a interpretar. 29
I.2.1	Descripción. 31
I.2.2	Acción y reflexión. 33
II	Un problema de perspectiva. 36
II.1	Acerca de las perspectivas existentes: autor, lector, narrador, personajes, trama y estructura. 39
II.2	Sólo dos: autor y lector. 44
II.2.1	Para llegar a la intentio operis. 47
II.2.2	Autor real, implicado, y liminar. 49
II.2.3	Lector real, modelo e implicado. 57
II.3	Inmanencia y trascendencia. 62
II.3.1	Para salir del texto. 63
II.3.2	Para entrar al texto. 67
II.4	Intención del texto e intención del lector. 69
III	Un problema de límites. 75
III.1	Las cuatro formas de aproximación hermenéutica. 75
III.1.1	Única e ilimitada: Un problema fascista. 76
III.1.2	Finita e Infinita. 87
IV	La postura frente al texto. 94
IV.1	Grados de aproximación. 96
IV.1.1	El lector empírico. 99
IV.1.2	El lector analítico y el lector crítico. 103
IV.2	El choque de dos mundos. 110
IV.2.1	El texto visto desde afuera. 112
IV.2.2	La entrada al texto. 115
Conclusiones.	128
Bibliografía.	136
Índice	140

Acorde con una serie de paradigmas contemporáneos, la hermenéutica se ha ocupado, a últimas fechas, ya no sólo de la interpretación de los textos, de teorizar respecto a tales interpretaciones, sino también de la pertinencia de dichas interpretaciones y de las relaciones que se establecen y median entre las entidades que conforman el proceso de lectura. Haciendo un recuento en parte histórico y en parte teórico respecto a las diferentes corrientes interpretativas, se puede caer en la cuenta de que los presupuestos teóricos (disfrazados de propuestas) se basan, primordialmente, en la refutación de las intenciones interpretativas de otras corrientes: las deslegitiman. En el prólogo de Más allá de la interpretación, Vattimo sostiene: “Este libro parte de una cierta incomodidad al confrontarse con la filosofía <<ecuménica>>, si bien un tanto genérica y vaga, que la hermenéutica ha ido asumiendo en la filosofía contemporánea, terminando, en opinión de quien esto escribe, por perder gran parte de su significado”¹.

La avasallante cantidad de propuestas y contrapropuestas se ocupan más de encontrar las debilidades de sus competidoras que de la propuesta específica de un modelo a seguir dado que tal proceso, de manera obligada, implicaría retomar postulados anteriores y, aunque lo desarrollaren, éste es un ejercicio más de adaptación de las teorías procedentes que una respuesta verdadera porque parece que ninguno está dispuesto a ceder. Asimismo, existe una clara tendencia taxativa que pretende calificar antes de comprender; negar a partir de lo cuantitativo las aportaciones de calidad.

¹ VATTIMO, Gianni. Más allá de la interpretación. Paidós. Barcelona, 1995. p. 35.

Es por tales razones que, desde la determinada perspectiva que nos ocupa, resulta ser que la hermenéutica parece estar estancada en un conflicto en el que ya ni siquiera se plantea el objeto de estudio en lo concreto, algo asible, digno de ser accedido, vuelto, como está, hacia la propia interpretación. Aunque esta postura radical también tiene sus adeptos, resulta que las propuestas tangibles para el ejercicio de la hermenéutica, de la pertinencia de las interpretaciones, de los alcances a los que pueden llegar, de la utilidad a la que acceden con miras a un fenómeno propio del ejercicio analítico y, sobre todo, a las relaciones que se establecen entre las entidades en diálogo, y esta postura parece alejarse al tiempo en que se refiguran las teorías. Descalificándose las unas a las otras porque, dentro del contexto que nos ocupa, se vuelve comprensible el hecho de que ninguna pueda llegar a fondo, a descubrir el método *sine qua non* que las valide y es que, a fin de cuentas, la hermenéutica también puede ser algo que esté dentro de un continuo proceso de figuraciones: un continuo constructo de una realidad imposible de ser fijada.

Problemática

Como se puede ver, el problema no sólo se manifiesta con claridad, sino que también implica una pugna —al parecer irresoluble— en la que, el estudioso de la literatura, de la teoría literaria o de la filosofía queda suspendido en un abismo de incertidumbre del que difícilmente podrá salir bien librado. Sin pretender decir que la literatura y la lectura son campos de estudio cerrados ni mucho menos, la afectación causada por la

ambigüedad hermenéutica, conlleva un proceso de separación del campo de estudio. No es fácil aproximarse a un mundo (por seductor que éste sea) si las descalificaciones son el primer impedimento que se yergue cual barrera entre la obra, el análisis, el lector y sus posibles apreciaciones.

Poco estimulante resulta encontrarse continuamente errado en la medida en la que cada postulado parece tener la capacidad para refutar todo un proceso de pensamiento, el trabajo acucioso y las conclusiones propias, si bien es cierto que es un proceso nada novedoso que, a la larga, acoge a constantes evoluciones pero, también, a grandes retrasos; sobre todo, si se parte de negativas. Así, a pesar de las grandes aportaciones de las teorías hermenéuticas —contemporáneas o no—, la problemática se vuelve evidente: se requieren de algunas certezas para poder navegar por el mundo de los textos, para poder validar nuestros trabajos y para no caer en la desesperación causada por el equívoco constante (porque pocos aceptarán el valor de un trabajo ajeno). Esto no quiere decir, de ninguna manera, que pretenda encasillar la lectura a un modelo único. Tampoco, que reniegue de la discusión y la confrontación como sistemas imprescindibles del diálogo que, a la larga, son los que se esgrimen en condiciones de posibilidad de un avance en la materia. Únicamente pretendo establecer una serie de parámetros con miras a delimitar, si no ya las interpretaciones, sí las teorías que se regodean con ellas. El otro proceso se volverá el objeto de estudio de la tesis que continuará el trabajo de ésta.

Planteamiento.

En el sentido antes esbozado, esta tesis pretende, en una primera instancia, hacer un recorrido clasificador para establecer los rangos de movimiento de cada una de las corrientes. Sin embargo, dicho recorrido no podrá aplicarse específicamente a cada una de las múltiples teorías, tal es su extensión y su cantidad. Al contrario, el proceso ha de ser inverso. Sin pretender clasificarlas una a una, establecerles un marco de pertinencia o encasillarlas en moldes de conveniencia partiendo de los elementos característicos que las aproximen, se plantearán modelos en los que, de una forma u otra, se podrán, posteriormente, acomodar cada uno de los presupuestos teóricos. Es decir, se establecerán varios modelos a partir de clasificaciones previas dentro de los cuales se pretenden abarcar las teorías existentes ya sea dentro de una u otra taxonomía particular sin forzarlas a pertenecer a un sitio que no les corresponde. Este sistema de trabajo se basa en la casi ilimitada extensión del campo de estudio porque, lo podemos anticipar desde ahora, hermenéuticas particulares parece haber tantas como hermeneutas, como estudiosos, como intérpretes o como simples lectores. Ahora bien, para establecer la taxonomía, se requiere un primer conocimiento hacia algunas de las más importantes aproximaciones que ha habido para establecer las capacidades de cada teoría particular, de cada mecanismo precedente.

Sin embargo, la importancia no radicará en su fama, en su valor histórico ni en los adeptos que ha llegado a tener; tampoco en la aparente trascendencia que haya podido detonar cada una

de ellas entendidas como momentos en los que se ha abierto todo un nuevo campo de investigación. Su importancia se fundará, pues, en los extremos a los que se aproximan para, en ellos, establecer los posibles límites o los grandes puntos de conflicto o de concordancia existentes. Poco caso tendría entonces un recorrido histórico una a una si lo que se busca es plantear una clasificación que, a la larga, deberá aceptar en su lecho cualesquiera propuestas, cualesquiera que sean sus alcances. Es una serie de clasificaciones que dará cabida a cuantas puedan existir y a cuantas vayan a existir en un futuro² porque parte de la base de los extremos, de las posturas más radicales para abrir un espacio en donde puedan acomodarse las más moderadas, las que transitan dentro de los límites sin ser habitantes de las fronteras.

Cabe aclarar que, para desarrollar a plenitud este trabajo, resulta necesario acotarlo dentro de sus propios alcances. Me he propuesto ocuparme únicamente de las corrientes de interpretación de textos narrativos dado que es en ellas donde el desarrollo ha alcanzado los niveles más altos³. Serán la novela y

² Más que pretender un acto predictivo, se menciona al futuro en tanto generador de nuevos postulados. Como se explica, el parámetro temporal obedece a cuestiones de desconocimiento. Si se le viera desde otro punto de vista, lo que se pretende es que se incluyan todas las teorías que se desconocen, ya sea por ignorancia o por la imposibilidad de abarcarlas a todas.

³ Cabe aclarar que no parto de la idea de que los textos dramáticos o poéticos representen un menor nivel a la hora de elaborar interpretaciones. La poesía bien podría negar tal hecho dada la complejidad de algunos versos. Sin embargo, a la hora del análisis literario, la narrativa está más trabajada como objeto de estudio. Además, he de confesar que mi acervo de lecturas tiende más hacia lo narrativo. En un momento dado, se podría hacer extensivo el estudio.

el cuento los mejores exponentes para el acercamiento propuesto en tanto que abarcan, dentro de sus potencias intrínsecas, un espectro mucho más amplio que otros géneros narrativos.

Hipótesis.

Así pues, si la problemática que se ha encontrado es la que propugna una insuficiencia a la hora de calificar las interpretaciones de un texto, un conflicto en su delimitación, un estancamiento en discusiones que versan acerca de las vertientes que posibilita cada una de esas tendencias, la hipótesis tendrá que partir de un análisis de las mismas con miras a encontrar una propuesta que, si no las homologue, sí permita su coexistencia sin descalificarlas *a priori*. Aunque ese homologarlas sea la intención final del presente, en esta tesis (primera parte del trabajo⁴) sólo se les llevará al límite de sus propios principios, postulados y argumentos. En otras palabras, se les reducirá al máximo en un ejercicio aporético que, en el alcance final del presente estudio, buscará resolverse mediante una propuesta que aproxime una suerte de mecanismo de delimitación hermenéutica. De momento, bastará clasificarlas, acomodarlas y analizar sus fortalezas y debilidades; sus posibles contradicciones y sus aportaciones al campo; al tiempo en que se las consolida dentro de paradigmas con mucho mayores posibilidades de éxito.

⁴ Se pretende hacerlo extensivo a la investigación doctoral.

Metodología.

Para alcanzar tal fin (o tales fines: el inmediato o el mediato), lo primero que habré de establecer es un marco teórico que se vuelva el punto de partida necesario del trabajo. Es evidente que no se pueden abarcar todos los libros y autores, tampoco todas las teorías. Esto parecería ser un gran impedimento para el desarrollo de lo propuesto. Sin embargo, y acorde con lo que ya he dicho anteriormente, no tiene por qué ser así si se acepta que el estudio puede tener sus bases en otros estudios, en otras clasificaciones; resulta por demás legítimo partir de estudios anteriores y no cerrar esa puerta. No es cosa de decodificar, desmembrando, cada una de las finalidades de las corrientes existentes ni desenmarañar el misterio que en sí mismas encierran. En la medida en que lo posibilite la propia clasificación, parece bastar con encontrar a aquéllas que más se acerquen al límite. Aún más, extender el límite al máximo, a lo poco plausible, exagerar a más no poder para, incluso, abarcar a aquellas corrientes hermenéuticas que no han visto luz todavía pero que bien podrían hacerlo en cualquier momento.

Pese a lo anterior (o justamente debido a lo anterior), es indudable que formarán parte imprescindible del marco teórico un cúmulo de obras que se ocupen, entre otras cosas, de los marcos referenciales en cuanto a las convenciones que suscitan; de la semántica y de los signos que abarca; de los procesos históricos de construcción de significados; de las cargas culturales que han permitido su génesis y supervivencia; y, ante todo, del estado actual en que se encuentra el tema aunque éste parezca ser tan inasible como la cantidad de tratados que

aparecen día a día, ya sea con propuestas nuevas o con simples reelaboraciones de textos anteriores e, incluso, marginales.

Considerando el punto del cual se partirá, queda establecer la metodología que se seguirá para la demostración de que, hoy en día (y como consecuencia de su ineluctable proceso evolutivo), la hermenéutica se encuentra estancada, dando vueltas sobre sí misma. Para tal fin, se deberán establecer los planteamientos básicos que nos permitan seguir un rumbo común. Esto es, se deberán fundar las definiciones básicas para hablar en un lenguaje consensado, estableciendo, primero, el campo de estudio particular que nos ocupa. Se logrará — también— con la base de su propia historicidad, de su evolución, de los cambios en lo que a sus concepciones se refieren (no siempre se ha interpretado lo mismo, no para todos significa algo en común el acto de la interpretación), establecer ciertos parámetros que se escuden bajo conceptos conocidos pero que, en muchas ocasiones, se contrapongan al máximo. Posteriormente, tras haber establecido los límites existentes entre las diversas corrientes en el marco de su o sus clasificaciones, se procederá a analizarlas críticamente, estableciendo posibles refutaciones a partir de una constante confrontación entre ellas, con miras a encontrar sus debilidades y actualizar sus potencias. Sólo así se podrá llegar a una suerte de consenso que, en el devenir de este estudio, será la pieza necesaria que active el mecanismo para lograr establecer las limitantes que requiere y exige la hermenéutica actual.

Índice desarrollado.

Cada uno de los pasos se seguirá a lo largo de los capítulos que conforman este trabajo. Así, en el primero nos habremos de ocupar de establecer las definiciones básicas tanto de la función hermenéutica como de los elementos que la conforman y de los que nos resultan de interés en un texto dado. ¿Qué es lo que se interpreta?, viene a ser aquí la pregunta esencial sin la cual no se podría seguir adelante porque, a pesar de que las propias teorías también entran en pugna a la hora de establecer su campo de ejercicio, ésta es una tesis acerca de la literatura, de su proceso de recepción y, aunque la filosofía es una gran fuente de elementos a considerar para el presente trabajo, hay posturas y elementos que se tendrán que hacer a un lado con el fin de delimitar el campo de trabajo. Entonces, se hablará del signo, del significado, significante, significación y, sobre todo, del sentido, partiendo de la idea de que es el fin último de todo estudio interpretativo además de serlo de todo acto comunicativo y literario, en consecuencia. Postulado para el cual será menester definir fuera de toda carga cultural para reelaborar sus implicaciones dentro del nivel del discurso, de lo que la literatura quiere decir.

En el capítulo dos, se partirá del problema que representan las perspectivas narrativas (sobre todo tres: autor, texto, lector) para el cabal acercamiento hermenéutico al proceso de lectura. A fin de cuentas, es el acto de lectura la condición prístina de posibilidad para el desarrollo de toda interpretación. Tal acercamiento será llevado a cabo, de ser necesario⁵, desde el

⁵ Porque para entrar en el mundo de la interpretación me parece que primero se debe analizar al texto a partir de sus componentes. Aun cuando el proceso

punto de vista de la narratología que aportará un sustento teórico que permitirá establecer la primera de las taxonomías que se trabajará: el inmanentismo versus el trascendentalismo. De hecho, ya a estas alturas se podrá clasificar cualquier corriente hermenéutica partiendo de ciertas características que le son innegables; incluso atendiendo a teorías literarias que no se ocupan del todo de las interpretaciones: la existencia o inexistencia del autor, su pertinencia, sus funciones dentro del texto y la utilidad de tal presencia o ausencia dentro del proceso interpretativo.

Para el tercer capítulo, me ocuparé de clasificar las corrientes con un parámetro que se enfoca a los propios alcances que éstas se auto-confieren en cuanto a los límites permisibles de sus interpretaciones. En otras palabras, qué tan lejos se puede llegar sin dejar de ser pertinente; qué tanto es cierto que hay una y sólo una interpretación para determinado texto; qué tan válido es decir que la lectura es la que interpreta a partir del punto de vista del lector y, en ese caso, cualquier interpretación es válida; qué diferencia existe en un número finito pero indeterminado de posibilidades y un número infinito limitado por elementos ajenos a la propia obra.

En el siguiente capítulo, me dedicaré a analizar la última de las taxonomías, la concerniente a la postura del lector frente al texto. Y es que no es lo mismo leer de manera empírica que

interpretativo sucede durante la lectura, el conocimiento de los mecanismos que posibilitan el encadenamiento de los elementos narrativos resulta de ayuda a la hora de evaluar las diferentes lecturas. Partir del texto para regresar a su lectura es un movimiento lógico. Si se logra la simultaneidad entonces el estudio se facilita.

hacerlo como si se fuera el lector modelo; el lector implicado (en tanto estrategia textual) tiene una postura radicalmente opuesta a la del crítico literario; los hay que participan de la trama mientras que otros establecen una barrera que los distancia, apartándolos de algo que se queda en el simple objeto; se habla del choque entre dos mundos en oposición a una lectura poco comprometida que se basa en el entretenimiento, en la falta de apropiación. Todas estas posturas implican, de antemano, un predisponerse al acto interpretativo. Si partimos de la base que es la lectura, su acto, su ejercicio, la parte fundante de todo el proceso hermenéutico, entonces el lector debe ser considerado parte imprescindible del análisis más allá de su conocimiento o desconocimiento del proceso que está llevando a cabo.

Finalmente, a manera de conclusión, plantearé las posibles soluciones que pueden existir de la idea de la limitación. Abarcando las tres taxonomías (inmanencia y trascendencia; limitación; y grados de aproximación del lector) y buscando conciliarlas, habré de plantear las aporías que lleven, exigiéndolo, a continuar el estudio hacia una propuesta concreta que no se enfoque en descalificar o aceptar una determinada interpretación sino que dé o sugiera los elementos que sirvan para llevarla a cabo y establecer su marco de pertinencia dentro de un contexto que, igual que el resto de las teorías, a fin de cuentas, es un marco referencial ineludible.

I La función de la hermenéutica.

En este primer capítulo trataré de hacer un recorrido de las partes esenciales de la configuración de un texto partiendo de la perspectiva de la lingüística. Esta primera aproximación obedece a que es en ella, en la lingüística, donde se puede iniciar el análisis de la hermenéutica en cuanto a las acotaciones de su campo de estudio. Así, se propone identificar a los componentes primeros de la configuración textual en donde se desarrolla el proceso de la interpretación. No es gratuito que las múltiples corrientes interpretativas no establezcan, con total cabalidad, los alcances de sus propios procedimientos.

Así, el camino se iniciará en el signo, que es el lugar donde primeramente acontece el proceso de la lectura para intentar estudiar la validez de una posible serie de interpretaciones sucesivas. Sin embargo, el camino sólo estará completo cuando se logre hallar el punto en el cual la interpretación consigue establecerse con mayor claridad sin que sean meros ejercicios que pretenden forzar el proceso interpretativo. En otras palabras, lo que se busca en este primer capítulo es establecer en qué parte del discurso literario, en qué parte del proceso de construcción lingüística, es donde se puede hallar el campo más fértil y más propicio para la interpretación, acotando a un tiempo y rechazando a otro, todos los posibles ejercicios que, de antemano, están condenados al fracaso porque no se practican sobre una base sólida o permisible.

Para lograr tales fines, pretendo hacer uso, también, de una de las divisiones más clásicas de la narrativa; la que propugna

que ésta se divide, esencialmente en tres partes: acción, reflexión y descripción. Y pese a que es sólo la primera la que puede considerarse propiamente narrativa en tanto que acto de contar, no cabe duda de que suele ir acompañada de las otras dos en la mayoría de los textos narrativos. Así, combinando los elementos esenciales de la lingüística con esos tres componentes básicos, la propuesta es delimitar, hasta lo posible, un campo de acción y pertinencia para que, a partir de éste, se puedan realizar estudios posteriores con miras a legitimar o refutar toda una gama de teorías hermenéuticas y, con ello, intentar ampliar –acotándolas– las funciones y los alcances de la interpretación.

1.1 ¿Qué se interpreta?

En la medida en que se acepta que la hermenéutica es la teoría de la interpretación del los textos⁶, entonces el problema reside en qué del texto es lo que se interpreta. Cabe aclarar, justo en este momento, un equívoco usual y frecuente que se suscita con los términos. La hermenéutica no interpreta, teoriza acerca de las interpretaciones. No de todas, sólo de las del texto. Éstas, a su vez, son parte insoslayable del acto de lectura. Ricoeur⁷ menciona que explicar, entender y comprender son pasos dentro

⁶ Al menos en una primera definición que, aunque parece pecar de simplista, logra sintetizar gran parte de las definiciones sin pretender, por eso, establecerse como universal ya que la definición que las abarque puede ser construida y refigurada con mucha mayor elaboración.

⁷ RICOEUR, Paul. Del texto a la acción. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2000.

de la línea de producción de las interpretaciones. Siendo así, todo lector interpreta. Sólo algunos teorizarán respecto a dichas interpretaciones. Más aún, admitamos “como buenos hermeneutas, que no hay hechos sino sólo interpretaciones”⁸, o que “la hermenéutica es ella misma <<sólo interpretación>>”⁹. Entonces estaremos dentro de un campo de estudio fértil para las desviaciones y refutaciones.

Volvamos al quid del asunto: ¿Qué es lo que se interpreta? En una primera instancia no se puede aceptar que es la totalidad del discurso (narrativo, en el caso que nos ocupa) porque tal aceptación implicaría un problema filosófico difícil de resolver por no decir utópico. Si se validara la idea de que cada uno de los componentes del texto, desde los más insignificantes y primarios, hasta los de mayor complejidad y elaboración, fueran parte del proceso hermenéutico, entonces tendríamos que hacer partir las investigaciones y los análisis en el campo del propio lenguaje, de sus construcciones y sus porqués. Este primer paso en falso, acarrearía una ampliación mayor al campo de estudios en la medida en que, desde determinadas perspectivas filosóficas, el lenguaje es la condición de posibilidad que permite construir a la realidad o la existencia del ser. En ese entendido, todo intento de ejercicio interpretativo implicaría un sinfín de elaboraciones que tendrían que partir de la simple concepción ontológica de la existencia que, si se aceptan tales paradigmas, obliga a llegar a paradojas tales como que la interpretación se interpreta a sí misma. De ser esto cierto, todo intento para

⁸ VATTIMO, Gianni. Más allá de la interpretación. Paidós. Barcelona, 1995. p. 38.

⁹ VATTIMO, Gianni. Más allá de la interpretación. Paidós. Barcelona, 1995. p. 158.

aclarar los alcances a los que llega, no sería sino, también, una interpretación que nos regresaría a un círculo vicioso de paradójica salida.

Es por estas razones por las que se considera menester un primer recorrido en el campo de la lingüística para lograr establecer un nuevo paradigma: el que permita pisar terreno firme en cuanto al inicio de las interpretaciones, en cuanto al punto de partida de toda investigación hermenéutica y en cuanto a la labor que nos llega de frente en el momento en que ésta se inicia. Así, el desarrollo de este capítulo se llevará a cabo a partir del signo siguiendo con el significado, significante y significación para llegar al sentido. Recorrido tal que se basará, en su mayoría, en las categorías propuestas por Saussure en su Curso de lingüística general¹⁰.

Finalmente, la corriente hermenéutica que se utilice es lo que menos importancia tiene en tanto que “en los argumentos que la hermenéutica ofrece para sostener la propia interpretación de la modernidad, hay consciencia de que son <<sólo>> interpretaciones; no porque se crea que dejen fuera de sí una realidad que podría leerse de otra manera; sino, más bien, porque admiten no poder apelar, respecto de su propia validez, a ninguna evidencia objetiva inmediata: su valor estriba en la capacidad de hacer posible un marco coherente y compatible, a la espera de que otros propongan un marco alternativo más

¹⁰ Saussure de, Ferdinand. Curso de lingüística general. Fontamara. Décimo segunda edición. México, 1998. pp. 318. Texto elegido porque parece significar el punto de partida de todo análisis lingüístico y, a su vez, piedra de toque en lo que al tema se refiere.

aceptable”¹¹. Es por eso que se vuelve relevante el encontrar la parte del discurso narrativo que se interpreta con independencia de la corriente que lo argumente.

I.1.1 Signo.

Si aceptamos la idea de Saussure de que el signo lingüístico parte de una asociación a nivel mental entre el concepto y la imagen acústica (entendida ésta más allá del mero sonido) y no como la asociación entre una cosa y su nombre; si admitimos el carácter arbitrario del propio signo en lo que respecta a dicha asociación¹², entonces podemos empezar a trabajar sobre a la pertinencia de que sea en el signo lingüístico donde la interpretación y, por ende, la hermenéutica tengan su punto de partida, su primera casa.

Aunque la propia definición parece dar cabida a una serie de interpretaciones concernientes a los dos elementos que conforman tal asociación, en tanto que la imagen acústica no es sino una constante variación en cuanto a su amplitud y el concepto se manifiesta como una abstracción dura, difícil de limitar por su propia naturaleza, resulta inconveniente designar al signo como el punto de partida para el ejercicio de la interpretación. Las razones son varias. La primera de ellas, por fuerza, tendrá que ver con las implicaciones de aceptar como válida esta primera postura. Si se acepta que el signo es el

¹¹ VATTIMO, Gianni. Más allá de la interpretación. Paidós. Barcelona, 1995. pp. 48, 49.

¹² Saussure de, Ferdinand. Curso de lingüística general. Fontamara. Décimo segunda edición. México, 1998.

punto de partida de toda interpretación, inevitablemente se vuelve a caer en la paradoja de los constructos de la realidad. No niego el hecho, por demás comprobable, de que toda imagen mental (o acústica, dado el caso) de cualquier concepto difiere no sólo de persona a persona sino que, incluso, lo hace dependiendo de los procesos mentales de un mismo individuo. Es impensable el hecho de que un grupo de individuos dados entienda del mismo modo un concepto a partir de su manifestación acústica en cualquiera de sus niveles (ya sea por la oralidad, la textualidad o el pensamiento).

Sin embargo, esta diferencia inicial no puede esgrimirse como la base de la interpretación porque, en una segunda instancia, el ejercicio supondría análisis exhaustivos –e interminables– de lo que un signo determinado implica para todo un universo de individuos. Extrapolándolo al máximo, cada palabra (porque finalmente es en éstas donde el signo se gesta y desarrolla) debería ser llevada a la totalidad de los conceptos que le significan a cada una de las personas. Más aún, para poder llevar a cabo una interpretación en forma, sería menester tener acceso a todas las imágenes (mentales, acústicas, visuales...) de todo posible lector. En la medida de la imposibilidad de tal ejercicio, no sólo debe ser descartado el signo lingüístico como el punto de arranque por su impertinencia sino que también debe serlo por su intrascendencia. A fin de cuentas, partir del signo obliga a descartar, en un solo movimiento, toda la carga cultural que conlleva el consenso en el lenguaje.

Tal negación implica, en consecuencia, una total separación de la consigna aglutinante que es condición *sine qua*

non de toda interpretación: No tiene ningún sentido interpretar algo si no es para darle un nuevo valor estético o cultural. Mucho menos si tal interpretación no puede ser comunicada a través de las palabras. Pero, ¿cómo confiar en éstas si partimos de la idea de que son el caldo de cultivo de la propia interpretación? Negar el consenso¹³ que implica el lenguaje al menos en sus niveles más primarios, implica negar (y de nuevo la paradoja) las condiciones prístinas de posibilidad no sólo para la convivencia sino, incluso —y he aquí la gravedad del problema—, para la validación de los mismos signos que buscarían ser interpretados.

Así, no se puede aceptar la pertinencia de esta primera postura. Es menester que algo subsista al fondo para volverse el asidero y la herramienta a partir de la cual se puedan desarrollar movimientos más complejos. En caso contrario, la reducción al absurdo resultante de tales ejercicios aplicados al propio punto de partida vuelve insostenible cualquier tipo de avance. Como se ha podido ver, descartar al signo lingüístico como punto de partida de toda interpretación no es sino el paso necesario para volver al punto de partida de las interpretaciones. Sólo que el sentido es diferente. En lugar de ponerlo a prueba se le utiliza, siendo éste la base (muy elemental, es cierto) sólida para poder validar otras alternativas.¹⁴

¹³ Consenso que tiende a ser debate sobre la comunicación. Sin lugar a dudas se tiene que partir de un primer acuerdo para poder comunicarse con el otro. En un proceso cronológico, se debe aceptar la idea de que las personas se suman al consenso. Es un acto de adición que, posteriormente, podrá ser modificado, refigurado e, incluso, resignificado por cada una de ellas.

¹⁴ Como ya se ha mencionado, el signo es arbitrario y la relación que los sujetos tienen con él parte de un proceso de aceptación. Las adaptaciones posteriores

Un último argumento para apartar al signo del campo de aplicación interpretativo radica en su extensión. Sucede (y se verá con mayor profundidad en el siguiente apartado) que el signo en tanto que palabra sólo forma parte de un sistema de equivalencias. Es falso que una oración pueda entenderse como una concatenación de palabras¹⁵. Es, en dado caso, una nueva y más compleja entidad que supera, con creces, a la suma de sus partes. Así, “originalmente el modelo tenía que ver con unidades más cortas que la oración, los signos de sistemas léxicos y las unidades discretas¹⁶ de los sistemas fonológicos de los que se componen las unidades significantes de los sistemas léxicos. Sin embargo, se produjo una ampliación decisiva con la aplicación del modelo estructural a entidades lingüísticas más largas que la oración, y también a unidades no lingüísticas semejantes a los

ya no tienen que ver directamente con el signo salvo que se pretenda crear un código nuevo.

¹⁵ Al menos, en lo que se refiere al texto. Si bien es cierto que se puede decir que en una conversación existen frases carentes de intencionalidad, en un discurso narrativo esto no puede suceder. En Del texto a la acción, Ricoeur [139] menciona que “[el texto] se convierte en un discurso dirigido por el narrador a un destinatario”. Es este direccionamiento en el que se encabalga toda intencionalidad. Si ésta no existiera se suspendería el diálogo existente entre ambas partes.

¹⁶ Resulta interesante ver cómo Ricoeur utiliza el término “unidades discretas”. Al parecer ha optado por relacionarlo con elementos propios de la ingeniería. Dentro de la electrónica, “discreto” es todo aquello que resulta de un proceso de muestreo que, por preciso que sea su grado de aproximación, siempre existirá en él un detrimento respecto a la realidad (señal analógica). En otras palabras, una señal discreta o digital es aquella que “reproduce” la realidad de forma inexacta mientras que una analógica es una copia fiel de la misma.

textos de comunicación lingüística”¹⁷. Sólo así podrá la interpretación encontrar un punto de partida: tiene que trascender la extensión de la palabra.

I.1.2 Significante y significado.

El paso siguiente —el que la lógica obliga— es el que nos encamina al análisis tanto del significante como del significado en la medida en que son los dos elementos que, asociados, constituyen al signo lingüístico¹⁸. El primero puede ser entendido como “la imagen acústica producida por la secuencia lineal de los sonidos que soportan el contenido”¹⁹ mientras que el segundo es ese contenido.

Si ampliamos la definición anterior, resulta que el significante no sólo es una secuencia lineal de los sonidos sino también de las letras, es decir de un ejercicio de percepción que está basado en una causa física que puede estar integrada tanto de la fijación que implica la palabra escrita como de las ondas que producen el sonido. Es en esta primera etapa de la existencia del significante, en la que se le trata como emisión, que surge el argumento inicial para descartarlo como parte sustancial del proceso hermenéutico. Es verdad que el

¹⁷ RICOEUR, Paul. Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido. Siglo XXI editores y Universidad Iberoamericana. Primera edición. México, 1995. p. 18.

¹⁸ Saussure de, Ferdinand. Curso de lingüística general. Fontamara. Décimo segunda edición. México, 1998.

¹⁹ Beristáin, Helena. Diccionario de retórica y poética. Porrúa. Octava edición. México, 1998. p. 460.

significante es el resultado de un proceso físico y, por tanto, se tiene que aceptar como una entidad cerrada, sin posibilidad de mutaciones aunque esto sólo podría ser satisfecho en la medida en que se estableciera un patrón sólido y perfectamente definido de los rangos en donde puede subsistir tal significante; tal patrón no existe, entonces puede mutar. En otras palabras, sería menester regular todas las posibles inflexiones de la emisión para poder validarlas como la misma. Sin embargo, esto no es posible. Y es justo por esta imposibilidad que el significante manifiesta su carácter mutable. Si bien es cierto que resulta imposible (o, al menos, inabarcable) y estéril delimitar las características propias de un significante particular en tanto que producto de elaboraciones físicas (mucho más lo resultaría para todos los existentes), también es verdad que las alteraciones o modificaciones que puede sufrir en un momento dado, no le afectan en la medida en que no conlleven a la percepción de otro significante. Mientras no haya confusión, tales alteraciones (desde problemas de pronunciación o faltas ortográficas e, incluso, la ignorancia) el significante seguirá conservando su valor. Siempre y cuando el receptor lo active a partir de un referente correcto. Si existieran equívocos, cambiaría por completo dicho valor o provocaría confusiones.

En una segunda instancia, es menester abarcar la parte que conviene a la recepción. En este segundo momento los resultados son similares a los anteriores. Defectos del receptor, ya sea escucha o lector, alterarán la calidad transmisora del significante en tanto que lo confundan con otro. Sin embargo, en caso de estar libre de todos estos defectos, no habrá razón para

que se altere el proceso de elaboración mental que el significante obliga.

Como se puede ver, ya sea que el problema radique en la emisión o en la recepción, el significante no pierde sus facultades comunicativas. El quid del asunto radica en los participantes del proceso enunciativo y no de las características intrínsecas del significante. Por muy claro o confuso que éste pueda ser, dependerá siempre de los que participan de su uso y no de él mismo. Es por tal razón que el significante no puede ser entendido como punto de partida del proceso interpretativo. De hecho, cualquier modificación en el proceso transmisor del significado implica volver al significante otro. Siendo así, más que interpretarse se altera, se trueca por otro que, a su debido tiempo, tampoco podrá ser interpretado. Si al pronunciarse, escucharse o leerse una palabra se entiende otra, es un problema muy lejano a la interpretación o a su estudio.

En cuanto al significado, entendido como el contenido del significante²⁰, el proceso es similar al del signo o, mejor, es la parte del signo que se manifiesta como tal. Arbitrario en esencia (en cuanto asignación), requiere del consenso para existir. De no activarse éste, resulta imposible la comunicación en su nivel más elemental. De poco serviría partir del significado como pauta hermenéutica si cada quien pudiera entender lo que quisiera o, peor aún, si cada uno intentara imponer su autoridad en la construcción arbitraria de dicho contenido. Como ejemplo y punto de partida puede resultar conveniente el concepto de

²⁰ Saussure de, Ferdinand. Curso de lingüística general. Fontamara. Décimo segunda edición. México, 1998.

diccionario. Hacer que el significado sea, tal cual, la definición de la palabra. La colección de estas definiciones es la que permite, desde un punto de vista pragmático, la comunicación entre individuos. Claro está que el o los diccionarios utilizados pueden tener variaciones, ligeras desviaciones de un canon. De hecho, en la mayoría de las ocasiones este diccionario existe dentro del campo de conocimiento de las personas y no necesariamente como un libro de consulta. Funciona como una simple tabla de equivalencias. Ricoeur apunta al respecto que “Un mensaje es intencional; es pensado por alguien. El código es anónimo y no intencionado [...] un mensaje es arbitrario y contingente, mientras que un código es sistemático y obligatorio”²¹. El significado es, pues, un valor referencial.

Así pues, ni significado ni significante, en tanto componentes del signo, pueden ser el objeto de estudio de la hermenéutica. Al menos no si se acepta que su campo de acción ha crecido: una palabra no es un texto. De serlo, acarrearían la contradicción obligada de esgrimirse, a un tiempo, como objeto de estudio, herramienta de estudio y fin del estudio en ciernes: otra paradoja irresoluble.

I.1.3 Significación.

Quizá sea ésta la parte del signo lingüístico de más difícil tratamiento. Por una parte, por su origen abstracto mientras que, por la otra, por su ambigua definición. Si se le sintetiza, la

²¹ RICOEUR, Paul. Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido. Siglo XXI editores y Universidad Iberoamericana. Primera edición. México, 1995. p. 17.

significación es la relación que se establece entre el significado y el significante, entre el concepto y la imagen acústica²², es decir, el signo. Esto puede querer decir que es la activación del vínculo que los une y que, en una segunda etapa, es quien permite la relación semántica entre las palabras ya no a partir de sus diferencias sino de sus semejanzas. Además, también puede argumentarse que la significación parte de un primer proceso hermenéutico en la medida en que, para establecer tales relaciones, se necesitan, por fuerza, ciertos procesos mentales que obedecen tanto a cuestiones contextuales como, en alguna medida, personales.

Que la significación sea el vínculo que posibilita las relaciones entre significado y significante implica, además, que ésta necesita ser explicada y, en esa medida, es la causa primera de toda interpretación. Sin pretender negar esta cualidad, creo necesario establecer que, pese a aproximarse al campo de estudio de la hermenéutica, tampoco puede ser una habitual de este mundo por ser la primera posibilitadora de la existencia del consenso que negaba las posibilidades de los apartados anteriores y por una limitación inherente en tanto que su extensión. Vayamos en orden.

Es verdad que la significación obedece a un primer ejercicio interpretativo en tanto se basa en el contexto donde surge y de la persona en la que nace. Sin embargo, es justo este constante establecer la relación existente entre el significado y el significante lo que valida el presupuesto del consenso. Entonces,

²² Saussure de, Ferdinand. Curso de lingüística general. Fontamara. Décimo segunda edición. México, 1998.

la significación sirve para demostrar la existencia de dicho consenso a priori dado que, en muy buena medida, tales construcciones relacionales no son sino el producto innegable que da cabida a la comunicación entre las personas. De ser diferentes las relaciones entre el significado y el significante (como bien puede suceder entre dos palabras en diferentes idiomas con significados iguales), entonces se rompen los alcances del propio signo como sistema y se vuelve requisito la elaboración de nuevos signos para alcanzar nuevos conceptos. Desde esta perspectiva, la significación se convierte en un catalizador que más que permitir las interpretaciones, las evalúa para ver si tienen cabida en determinado marco referencial²³.

En cuanto a su extensión, el mayor impedimento que tiene que afrontar la significación para ser parte del proceso hermenéutico es que tendría que acceder a éste a partir de cada una de las palabras. Tal ejercicio no sólo se volvería indeterminado sino que, además, resultaría redundante en porque se abarcaría a sí mismo.

Razones, las anteriores, por las cuales, aunque ya bastante cerca del objetivo a alcanzar en esta primera parte, deja de lado a la significación aunque permite atisbar el camino que se ha de seguir para llegar al primer objeto de estudio de la hermenéutica, aquél que habrá de desdoblarse hasta niveles tales, que será compleja su delimitación.

²³ Como ejemplo cabe el diferente uso que se hace de las palabras en contextos diversos. Llegará el momento en que los interlocutores participen de un malentendido porque difieran sus maneras de comprender algo. Aun así, esta discrepancia no ha sido una cuestión interpretativa, se ha suscitado en un nivel más primario: el de los códigos y sus equivalencias.

I.1.4 Sentido.

Si entendemos sentido como todo aquello que el emisor ha querido expresar, es probable que sea en éste en donde la función hermenéutica inicie. Las razones son, fundamentalmente dos. En primer lugar porque, para que exista un acto comunicativo, es necesario que haya algo que trascienda la barrera inicial de las palabras. Es decir, el enunciante, al dirigirse al receptor, por fuerza tiene la intención de transmitir algo que, narrativamente hablando, va más allá de lo que una palabra sola pueda significar. Mucho más si se toma en cuenta que debe ser considerado como un planteamiento que supere, tanto en calidad como en cantidad, el carácter declarativo que, en este movimiento, queda desbordado desde la perspectiva de la narrativa.

En un segundo momento, el sentido tiene que ver, como ya se ha visto, con las intenciones. Pero éstas no sólo dependen del enunciante sino que también el receptor debe participar de ellas. Y es en la medida en que las intenciones no pueden estar contenidas en los primeros niveles (signo, significado, significante y significación), que deben estarlo en el sentido. Entonces se inicia el proceso interpretativo, al menos el que le compete a la hermenéutica que, en este primer momento, tendrá que ocuparse también de activar los referentes que permitan entrar en el consenso del lenguaje sino que, también, debe ocuparse de las intenciones con que tales referentes son utilizados.

Ahora bien, el hecho de que sea en el sentido donde se inicie el campo de cultivo de la hermenéutica, no quiere decir, por fuerza, que éste, el sentido, sea la más cercana de las aproximaciones a donde se pueda llegar. Falta un paso más, el que integre a las posibilidades anteriores con actos que tienen que ver con los procesos comunicativos, de recepción y paralingüísticos: El lugar y la función del texto, para llamarlos de alguna manera.

1.2 El discurso como punto a interpretar.

Pese a las múltiples connotaciones que la palabra discurso lleva; pese a sus diversas definiciones y cargas conceptuales; para efectos de este trabajo, discurso será entendido como el sentido a partir del texto. ¿Qué quiere decir esto? Simplemente que, basándonos en la idea del sentido, en sus posibilidades y potencias, es necesario transferir la idea que gesta a éste (todo aquello que el emisor ha querido expresar) hacia un planteamiento más abstracto: deshagámonos del transmisor entendido como autor o como enunciante y convirtámoslo en el propio texto. Partamos, entonces, de una doble idea: Primero que “el discurso es el acontecimiento del lenguaje”²⁴ en la medida en la que ahí se encuentra la función plena del mismo. El lenguaje no se encuentra restringido en su extensión ni limitado en su intención. Simplemente sucede. En segundo término, “si todo discurso se actualiza como acontecimiento, todo discurso

²⁴ RICOEUR, Paul. Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido. Siglo XXI editores y Universidad Iberoamericana. Primera edición. México, 1995. p. 23.

es comprendido como sentido”²⁵. Lo que apunta a la parte viva del lenguaje, a no quedarse estático. Su actualización debe ser constante pero, más aún, relevante. No se actualiza como una simple acción, una serie predicativa cualquiera no es capaz de tal proceso; es menester la categoría de acontecimiento para lograr la actualización.

Ahora bien, volvamos al emisor: deshagámonos de él. De momento el autor persona no nos interesa. Volvamos al texto su propio emisor. No pretendo entrar (al menos por ahora) en una discusión acerca de la pertinencia del autor, eso será tema del cuarto capítulo. Lo que busco con esta traslación, es volver al texto enunciante y mensaje a un tiempo de manera que, en la medida de lo posible, sea éste quien valide las interpretaciones. Sucede que parece imposible aprehender las intenciones del autor-persona de un texto narrativo. Incluso el diálogo abierto suele resultar insuficiente para tales fines. Sin embargo, el texto debe tener su intención y es ésta la que nos interesa. Habiendo aceptado que es el sentido el punto de partida para el análisis hermenéutico y que tal característica obedece a las intenciones de los que participan en el proceso, se vuelve lógico concluir que la traslación (o incluso la extensión) de tal campo, redundará en un beneficio para el intérprete.

De forma tal que, si es verdad que el texto conlleva en sí mismo una intención y que ésta es la que busca ser interpretada, sólo queda demostrar tal argumento. Razón por la cual, ejemplifico a partir de los tres elementos que conforman toda

²⁵ RICOEUR, Paul. Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido. Siglo XXI editores y Universidad Iberoamericana. Primera edición. México, 1995. p. 26.

obra narrativa. A saber: acción, descripción y reflexión. De ser cierta la hipótesis planteada, debe poder demostrarse tanto en sus partes como en su conjunto.

I.2.1 Descripción.

Independientemente del valor que las palabras solas puedan tener; de los referentes subjetivos que activen tales palabras; de su conformación semántica y estilística; es en la descripción donde dan ejemplo de su carácter interpretativo²⁶. Resulta ocioso demostrar que tanto una palabra como una frase o un conjunto de ellas, por sí solas, pueden ser entendidas de diversas maneras por lectores diferentes. Yéndonos a lo más simple, un sustantivo tiene una representación mental diferente para cada una de las personas que piensen en él. Sin embargo, en el proceso inverso, teniendo primero la imagen, casi todos coincidirán en la palabra.

Esto es justo lo que pretende la descripción. No busca —y no puede siquiera pretenderlo— un consenso pleno acerca de las imágenes planteadas²⁷. Por el contrario, lo que consigue es crear

²⁶ Recuérdese que ya se habló de la impertinencia de trabajar con palabras aisladas, al menos desde esta óptica, trascendida ya la lingüística. Incluso las relaciones semánticas existentes entre ellas quedan cortas al momento de integrarlas a un discurso o a una enunciación extensa; descriptiva, en este caso.

²⁷ Al menos no por sí misma. Puede ser que las intenciones autorales pretendan hacer que el lector evoque justamente lo que el autor describe. Sin embargo, la descripción es, en sí misma, imperfecta. Ni siquiera un lector modelo podría evocar las mismas imágenes. Los referentes son distintos, no son activados de igual manera. La intención del autor se hace a un lado para dar paso a la del texto. Entonces, se abre la posibilidad de entrar en un ambiente que no está definido en su totalidad.

un efecto, un ambiente o una atmósfera. Entonces ya dará igual si la carga psicológica que dibuja cada sustantivo sea diferente, si cada adjetivo aplicado tiene sus derivaciones, si cada una de estas dualidades se alejan de la idea original en tanto perceptibles. Lo verdaderamente importante es el efecto que causan. Y estos efectos sólo se pueden crear en el plano de los conceptos, de los valores. No importa cuán minuciosa o escueta sea una descripción si ambas, al final de su lectura, pueden significar pobreza, opulencia, o cualquier otra que sea la posibilidad descriptiva. Así, dejan de tener valor las interpretaciones en un primer nivel del que ya he renegado con anterioridad.

Si bien es cierto que se requiere tomar en cuenta a los signos y a las significaciones como portadoras de un acervo y un consenso que no se puede ignorar, intentar interpretar a este nivel implicaría lograr que un sustantivo dado sea entendido igual por todos los lectores posibles. De hecho, es en la descripción, en la multiplicidad de imágenes mentales englobadas por una intencionalidad, donde se manifiesta con mayor claridad la preponderancia del sentido ergo el discurso como punto de partida de la interpretación. Porque ésta sólo puede interesarse por lo que se evoca, por los efectos y no por causas que, de tan primarias, le resultan insuficientes.

I.2.2 Acción y reflexión.

Así como la descripción se aparta de las palabras latas para ocuparse, preponderantemente de los efectos, tanto las acciones como las reflexiones entran dentro de este mismo mecanismo.

Resulta inútil y desgastante intentar comprender lo que sucede en la trama a partir de categorías tan simples como el acto enunciativo aunque se parta del hecho de que si no hay enunciación no hay efecto. Mucho más relevante resulta comprender a las acciones y las reflexiones a partir de los efectos que éstas causan en el lector. Es a partir de tales efectos que se logran configurar personajes, anécdotas y contenidos que trascienden los significados primarios. Para saber de qué trata un cuento o una novela, no se requiere de un diccionario de ningún tipo porque ya se está dentro del código de la lengua. Por el contrario, se necesita encontrar la intención del texto, saber qué es lo que éste nos quiere contar y, en dado caso, averiguar los mecanismos internos que le permiten lograrlo.

Al igual que con la acción, las reflexiones llevadas a cabo por cualquier entidad figural (entendiendo ésta, en un primer momento, tanto como por un personaje como por un narrador²⁸) sólo pueden ser comprendidas a partir de sus propias implicaciones; nunca a partir de sus palabras latas. Entonces se puede lograr la comprensión del texto que, es cierto, puede ofrecer discrepancias entre lectores dados. Pero esto es, justamente, donde la hermenéutica ejerce sus funciones: quedará pendiente saber si lo hace bien o no.

Como se ha intentado mostrar a lo largo de este capítulo, el estudio de la hermenéutica debe partir de la definición de su

²⁸ PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI Editores – U.N.A.M. México, 1998.

campo de acción para que no se encuentre perdida en los intersticios de las palabras. Vano resultaría intentar adaptarla a cualquier forma de enunciación merced de lo estéril que puede resultar el ejercicio. Será éste pues, un punto de partida para poder trabajar, más adelante, con las clasificaciones que ya se adelantaban en la Introducción. En un afán por sintetizar lo ya dicho, Derrida: “Cuando el escrito está *difunto* como signo-señal es cuando nace como lenguaje; dice entonces lo que es, justamente por no remitir más que a sí, signo sin referencia, juego o puro funcionamiento, pues deja de ser *utilizado* como información natural, biológica o técnica, como paso de un ente a otro o de un significante a un significado”²⁹.

Queda sólo como reflexión la necesidad de partir de la idea de los efectos y de lo que los conforma para tener el terreno abierto a las interpretaciones. Queda, asimismo, hacer a un lado a la lingüística en su primera etapa, la que sólo muestra los derroteros por los que se construye el lenguaje sin hacer de lado el estudio de sus funciones más elaboradas aunque éstas ya no pertenecen a este trabajo. Así, si se acepta como válida la elaboración que ha sucedido a lo largo de este capítulo, se podrá avanzar en el estudio de la hermenéutica, en su clasificación y alcances.

²⁹ DERRIDA, Jacques. La escritura y la diferencia. Editorial Anthropos. Barcelona, 1989. p. 23.

II Un problema de perspectiva.

Tras haber alcanzado una aproximación acerca de lo que se interpreta en todo discurso narrativo, cabe entrar de lleno a la primera de las clasificaciones que se plantearán respecto de las posibles hermenéuticas. En otras palabras, ya que está fijado el objeto de estudio de la hermenéutica, es menester empezar a analizar los campos de acción y las restricciones que cada una de éstas conlleva en sí mismas. Se cree necesario aclarar, de nuevo, que la metodología empleada para tales clasificaciones, no tendrá que ver con el análisis sistemático y minucioso de cada una de ellas sino que, por el contrario, se plantearán parámetros pertinentes que puedan dar cabida a cualesquiera que éstas sean. Tal será entonces el caso de las que se pueden conocer a partir de un recorrido histórico, a partir de un estudio detallado de su uso, su fama o su aparente trascendencia e, incluso, de aquéllas que no están claramente tipificadas y, en consecuencia, se pueden considerar tan inexistentes como las que llegarán en los años venideros. Es por lo anterior que, tanto en esta primera clasificación como las ulteriores que llegarán en los capítulos 3 y 4, lo que se pretende es plantear uno o varios moldes en los que pueda caber cualquier hermenéutica particular sin importar su pertinencia, sus funciones o su aparente validez en el campo de la teoría de las interpretaciones.

Así, para este primer paso, habremos de ocuparnos de la existencia del texto por sí mismo en contraparte del texto a partir de su contexto. Esta intención obedece, más que nada, a las dos claras posturas respecto a este problema específico.

Históricamente, los teóricos han pugnado por establecer la pertinencia (o impertinencia) de someter al discurso narrativo a un acomodo a partir de sus influencias contextuales o cronotópicas. Parece que la primera sentencia tiene que ver con que el texto está, irremediablemente, marcado por su contexto y, entonces, no es posible acceder a él a cabalidad si no es a partir de un conocimiento (más o menos profundo) de las circunstancias que lo rodeaban en el momento de su gestación. Este tipo de lectura conlleva implicaciones que van más allá de la propia obra y, en consecuencia, se deben considerar muchos más elementos de los que las propias palabras ofrecen al lector. Tal es el caso del autor que, visto desde una óptica trascendentalista, tiene una función por demás influyente dentro de la diégesis, independientemente de su clara condición de artífice posibilitador de la obra.

Por otra parte, hay teorías que han buscado soslayar el valor de los elementos externos al texto para demostrar que éste existe por sí mismo. Aparte de cualquier carga histórica o contextual, libre de toda atadura que lo vincule con un mundo diegético que no sea el del autor y, por lo tanto, completo en la extensión de su discurso. Una obra cerrada a la que se tiene acceso por sí misma y sin la necesidad de tener conocimientos que vayan más allá de lo que el texto exige en una primera lectura. Para tales fines, se debe clausurar por completo la idea de que el texto pertenece a un mundo exterior porque éste es un mundo por sí mismo. Entonces no importa otra cosa que no sea el propio acto de la lectura que, como se verá más adelante, representará un grave problema para toda la corriente inmanentista de interpretación.

Cabe hacer una aclaración: confieso que me he apropiado de términos ajenos y los he resignificado. “Inmanencia” y “trascendencia” son dos conceptos que, a menudo, parten de una génesis filosófica para encarar problemas ontológicos que tienen que ver con el ser en sí y su proyección. De esta base se ha partido para el análisis sistemático, incluso, de la literatura. Tal es el caso de Genette en La obra de arte³⁰ donde adapta los conceptos al estudio de la misma. Yo, por mi parte, hago caso omiso de la carga filosófica de las palabras dado que mi estudio apunta hacia otra parte³¹. Simplemente parto de la semántica, de los significados en el diccionario para el cual “inmanencia” tiene que ver con contenerse, con quedarse en el objeto; mientras que “trascendencia” apunta a salir de él, a ir más allá.

Planteadas escuetamente las dos vertientes en las que se funda esta primera clasificación de los textos, se vuelve necesario establecer ciertas categorías para poder trabajar con un rumbo fijo. Asimismo, se debe plantear una serie de argumentos que permitan establecer la validez de una u otra postura para poder establecer las aporías que permitan un segundo momento en la investigación. Así, estableceremos a partir de ciertos elementos teóricos, los parámetros para delinear a cabalidad cada uno de los dos grandes universos interpretativos que ahora se nos muestran.

³⁰ GENETTE, Gérard. La obra de arte. Inmanencia y trascendencia. Lumen. Barcelona, 1997.

³¹ Esto no implica, en ninguna medida, que esté deslegitimando o refutando a quienes utilizan los conceptos en el otro sentido. Por el contrario: en dado caso, el trasgresor soy yo.

II.1 Acerca de las perspectivas existentes: autor, lector, narrador, personajes, trama y estructura.

Para poder iniciar con el recorrido taxonómico, se cree necesario entrar en un aspecto técnico del mundo de la narrativa. No por nada se han esgrimido diversas corrientes en lo que a su análisis se refiere. Y aunque es verdad que este trabajo no versa directamente en el análisis narrativo³², también es cierto que éste puede aportar muchas de las herramientas que se requerirán para alcanzar los objetivos que se persiguen, al menos, en esta primera etapa. Así, para llevar a cabo este primer paso, he decidido basarme en las categorías perspectivales de Luz Aurora Pimentel³³.

En su libro “El relato en perspectiva”³⁴, la doctora Pimentel señala que la perspectiva es “un principio de selección y combinación [y restricción] de la información narrativa”³⁵. Si bien

³² Entendiendo por análisis la separación de los elementos del texto, los mismos que, ya disociados, pueden ser trabajados desde una óptica diferente en tanto elementos simples pero cuya pertinencia sólo puede ser entendida a partir de las relaciones que se establecen entre éstos.

³³ Se ha escogido la obra de la Dra. Pimentel (“El relato en perspectiva”) no con la intención de hacer a un lado a los otros teóricos que se han ocupado del problema perspectival. Por el contrario, si se le ha elegido, es porque considero que su trabajo, junto con la evidente aportación al campo de la narratología, también resulta ser una síntesis por demás acertada de trabajos precedentes de autores como Genette e Iser.

³⁴ PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en Perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI y Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1998. Primera edición. p. 191.

³⁵ Idem. p. 96. Lo que está entre corchetes es el resultado de clases tomadas con la propia doctora.

es cierto que, en un primer momento, esta definición resulta por demás amplia, también lo es que para que ésta funcione, es menester tener varios filtros base para poder llevar a cabo los procesos de selección y restricción. Basándose en Iser, Pimentel plantea cuatro perspectivas básicas a partir de las cuales el texto se va leyendo. Planteamiento éste por demás necesario en la medida en que, como todo análisis, el perspectival depende más de la lectura que de la conformación en sí del texto o de las intenciones del autor en un primer momento. Son planteados, entonces, cuatro filtros primeros. A saber: Perspectiva del narrador (también llamada focalización), de los personajes, de la trama y del lector.

Sin afán de explicar cada una de estas perspectivas (al menos no a profundidad), cabe mencionar el porqué de la existencia de cada una de ellas. En cuanto al narrador, parecen resultar bastante claras las razones por las que se esgrime como un primer filtro. A fin de cuentas, es el narrador el primero que impone su perspectiva al ser el que cuenta las cosas. Sus limitaciones, combinaciones y restricciones de la información narrativa, son el punto de partida primero para dar a conocer el texto. Si este primer filtro no existiera, no habría narración posible o ésta sería infinita, tal es su importancia. En cuanto a los personajes, finalmente éstos están dotados de toda una carga existencial que tiene que ver con la carga que, en analogía, también tienen las personas. Así, cada personaje parte de su propia circunstancia y, en consecuencia, sus acciones no son dictadas sólo por el contexto o la situación sino por el enfrentamiento que cada uno de ellos tiene con determinada circunstancia. La trama se manifiesta como una perspectiva

independiente en tanto que ésta obedece a un plan preestablecido³⁶. La historia no vaga a la deriva. Por el contrario, está condenada a llegar a alguna parte y este arribo no es otra cosa sino la necesidad de poner un filtro previo. Tal vez, la mejor forma de entenderlo es partir de la idea de que la trama es una selección orientada de acontecimientos³⁷. En dicha orientación radica su perspectiva. Por último, el lector. Quizá sea ésta la más abstracta de todas las perspectivas. Sin embargo, es hasta cierto punto evidente que el lector también está cargado de preferencias y prejuicios en varios niveles por lo que, sin lugar a dudas, no puede haber dos lecturas iguales en tanto que éstas son filtradas, en su mismo origen por entidades diferentes. Incluso en el muy citado caso de la relectura. Sucede que el lector también obedece a una temporalidad y a un contexto además de a sus cargas culturales, emocionales, ideológicas, vivenciales, deontológicas y demás.

Hasta este momento, me he limitado a seguir el estudio de la doctora Pimentel tal cual ella lo plantea. Sin embargo, creo

³⁶ Nótese que con “un plan preestablecido” no me refiero, necesariamente, a la configuración o idea original del autor. Si bien es cierto que he de aceptar que el autor suele saber hacia dónde quiere llevar su historia, de ser así esta perspectiva resultaría imposible de analizar. Al menos en un primer momento. A lo que me refiero es a algo mucho más abstracto. El “plan preestablecido” es una cualidad de la trama entendiéndola completa, actualizada y terminada (como sucede en todos los libros”. Resultaría estéril suponer que ésta no se ha completado, como tal durante la lectura y que sólo lo ha hecho hasta haber acabado el libro. Sin embargo, incluso así, se puede asegurar que la trama tenía, en sí misma, un plan preestablecido.

³⁷ PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en Perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI y Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1998. Primera edición.

pertinente llevar a cabo dos consideraciones respecto a su división perspectival. Ambas tienen que ver con el hecho de que, para el trabajo que se propone en esta tesis, tal división no resulta suficiente. La primera de ellas tiene que ver con la necesidad de considerar la existencia de la perspectiva estructural. El orden en que es contada la historia, ya sea que se opte por la linealidad o por cualquiera de las formas que permiten romperla, es, por fuerza, un principio de selección y restricción de la información narrativa. No sólo porque en la literatura el orden de los factores sí altera el producto sino porque, también, seguir o no la cronología de la historia conlleva resultados diferentes que pueden manifestarse de muy diversas formas³⁸. Ahora bien, esta aportación que pretendo hacer a la clasificación planteada con anterioridad no es con un afán crítico. De hecho, Pimentel sí contempla la estructura aunque lo hace dentro de la perspectiva del narrador. Es él quien decide cómo va a contar la historia, en qué orden y con qué niveles de tensión. En otras palabras, acepta la importancia de la estructura aunque la deja inmersa en el campo de acción del narrador. Si bien las relaciones existentes entre el narrador y la estructura son evidentes en la medida en que depende de la ubicación del primero respecto a la trama para poder desarrollarla de tal o cual manera, también lo es que esta relación es tan estrecha como

³⁸ Quizá la más clara de ellas tenga que ver con la construcción de la tensión dramática y con el ritmo de la obra. No es lo mismo, al menos no narrativamente, iniciar con el clímax de la obra para después contar cómo es que se llegó hasta ese punto que hacerlo de una manera más tradicional (o lineal) optando por ir subiendo la intensidad de un texto.

podría serlo entre cualesquiera otras dos perspectivas. Es por ello que he considerado necesario separarlas.

La segunda de mis consideraciones tiene que ver con el carácter meramente inmanentista de las teorías con las que trabaja la doctora. Resulta evidente establecer que, para poner en práctica el análisis planteado a partir de la narratología, es suficiente con abocarse de lleno al texto. Se puede hacer a un lado todo lo que tenga que ver con el proceso de creación del mismo, con el contexto histórico y literario que le da cabida y con las manifestaciones preexistentes del mismo e, incluso, con las intertextualidades que éste activa. Sin embargo, para los fines de este capítulo, la anulación y negación de estos elementos implicaría una postura que trasciende la clasificación que se pretende. Es por esa razón que se vuelve perentorio el hecho de trabajar con una nueva perspectiva: la del autor. Sin lugar a dudas, éste es el filtro más primario de todo texto narrativo en cuanto posibilitador y origen del mismo. El autor es quien toma todas las decisiones antes, durante y después de la escritura de la obra hasta dejarla en manos de los lectores. No es factible —y mucho menos plausible— deshacernos de él en un primer momento. Ya será después cuando se considere su pertinencia y relevancia dentro del acto de la lectura. Mientras tanto, cabe respetar su existencia como un principio fundamental de todo texto aunque esto implique una ruptura para con la narratología. Son más las cosas que se pueden ganar considerándole que desechándole.³⁹

³⁹ Cabe aclarar que la utilidad fuerte y práctica que arroja este primer estudio sobre las perspectivas, tendrá lugar en la segunda parte de este trabajo (la de la

II.2 Sólo dos: autor y lector.

Para alcanzar los fines de este capítulo y tras haber hecho un sucinto recorrido a través de las perspectivas narrativas, hemos de quedarnos sólo con dos: la del autor y la del lector. Las razones son simples. Se utilizará la perspectiva del autor en tanto se adopte la postura trascendentalista, la que pugna que el texto debe ser abordado no sólo por sí mismo sino, también a partir del contexto que lo ha rodeado en el momento de su gestación. Al menos, como función de la persona. No pretendo entrar en una polémica respecto a la existencia dura del autor. Lo que planteo es que, al menos, existió como una función: la parte de la persona que escribió lo escrito, las cargas culturales que acarrea la persona, su patrimonio. “Por patrimonio social de una lengua no me refiero sólo a un conjunto de reglas gramaticales, sino también a toda la enciclopedia que se constituye a través del ejercicio de esa lengua, o sea, a las convenciones culturales que esa lengua ha producido y a la historia de las precedentes interpretaciones de muchos textos, incluido el texto que el lector está leyendo en ese momento [...] El acto de la lectura, evidentemente, debe tener en cuenta todos estos elementos, aunque sea improbable que un lector en concreto pueda dominarlos todos”⁴⁰.

tesis doctoral), cuando se proponga un modelo hermenéutico. Ahora, son pertinentes en tanto reflejan dos posturas opuestas, razón por la cual no consideré estéril incluirlas en esta primera parte.

⁴⁰ ECO, Umberto. Los límites de la interpretación. Lumen. Barcelona, 1998. p. 125.

Así, resulta imperante trabajar con la óptica del autor como entidad inicial del proceso del texto; éste no podría haber existido si él. No obstante, en el estudio de la perspectiva autoral no se pretende, bajo ninguna circunstancia, hacer un análisis psicologista ni histórico. Ello arrojaría resultados innecesarios en cuanto a la delimitación hermenéutica pese a que el trabajo resulte por demás tentador. En ese mismo sentido, lo que se pretende, entonces, es encontrar las influencias externas del texto que se manifiestan en el mismo. “En otras palabras, un lector sensible y responsable no tiene por qué especular sobre lo que pasaba por la cabeza de Wordsworth cuando escribía su verso, pero tiene el deber de tener presente el estado del sistema léxico en los tiempos de Wordsworth”⁴¹. Qué tanto los factores que rodearon la génesis de la obra son merecedores de un estudio para su mejor interpretación, qué tanto es pertinente considerarlos y, finalmente, qué tanto esta óptica trascendental significa un límite extremo para las aspiraciones taxonómicas de este trabajo.

En un segundo momento (aunque no cronológico), interesa la perspectiva del lector en tanto que éste, a fin de cuentas, es el que lleva a cabo la tarea hermenéutica. No hay una entidad anterior al lector que sea la que interpreta al texto. Es, en el acto de lectura, donde se desarrolla tal actividad y, por ello, el peso que tiene para este trabajo se vuelve evidente. Por otra parte, es el propio lector el que da o no cabida, en su lectura, a todas las intenciones que versan respecto a la trascendencia y a la

⁴¹ ECO, Umberto. Los límites de la interpretación. Lumen. Barcelona, 1998. p. 125.

inmanencia del mismo. Así, puede considerarse el artífice que tienda hacia los dos extremos, singularmente independientes y particularmente excluyentes, en que se centra esta primera categorización o clasificación del acto hermenéutico.

Para lograr tales fines, para continuar con el trabajo, se procederá con un estudio en profundidad de las diversas posturas que se han encontrado a este respecto. No sólo no será un recorrido histórico que, por su extensión y obvia incompletitud, resultaría estéril. Más bien, se basará en el análisis de ciertas posturas que, en muy buena medida, resultan significativas e iluminadoras para el objetivo buscado. Metodológicamente hablando, será imprescindible no sólo seguir los planteamientos que éstas ofrecen sino que, a un tiempo, se tendrá que hacer acopio de sus virtudes y evidencia de sus debilidades. Sólo así podrán construirse las primeras aporías que arrojan todos los procesos interpretativos.

II.2.1 Para llegar a la *intentio operis*.

Para poder avanzar en el estudio acerca de la pertinencia de una lectura del texto por el propio texto o inmanencia, o el texto a partir de su contexto o trascendencia, es menester partir de una nueva categoría⁴²: La *Intentio operis*. Ésta nace de una idea fundamental que Umberto Eco esquematiza con meridiana claridad:

“Si en los últimos tiempos el privilegio conferido a la iniciativa del lector (como único criterio de definición de un texto) adquiere

⁴²Nueva al menos para este trabajo. Se ha hablado tanto de ella, que el adjetivo no puede sino responder a la intención de integrarla a este texto.

excepcionales características de visibilidad, el debate clásico, en cambio, se articulaba fundamentalmente en torno a la oposición entre estos dos programas:

“a) debe buscarse en el texto lo que el autor quería decir:

“b) debe buscarse en el texto lo que éste dice, independientemente de las intenciones de su autor”⁴³.

Esta primera división planteada por Eco, no sólo da la pauta verificadora del presente trabajo en tanto que plantea dos diferentes formas de aproximación al texto: desde fuera y desde adentro; sino que, además, resulta, en su sentido más amplio, la condición creadora de la categoría que se empezará a utilizar a partir de ahora. Si el texto “dice” algo o, mejor aún, si “quiere decir” algo, entonces se debe aceptar una intención dentro del propio texto. Es decir, pese a la abstracción que esto implica, todo texto acarrea en su misma esencia, una intención que el lector tendrá que descubrir. Tal intención no es otra cosa sino la suma (o concatenación porque no es forzosamente aditiva en tanto que en algunos casos tal concatenación implica que se anulen o se disminuyan) de las perspectivas antes mencionadas.

De ser cierta esta intención, resulta entonces que las posibilidades de aproximación a ella se dan en dos planos:

“b1) es necesario buscar en el texto lo que dice con referencia a su misma coherencia contextual y a la situación de los sistemas de significación a los que se remite;

⁴³ ECO, Umberto. Los límites de la interpretación. Lumen. Segunda Edición. Barcelona, 1998. p. 29.

“b2) es necesario buscar en el texto lo que el destinatario encuentra con referencia a sus propios sistemas de significación [y u o] con referencia a sus deseos, pulsiones, arbitrios”⁴⁴.

Sólo así se completa la disyuntiva entre lo que puede llamarse la intención del autor y la del lector. Tales perspectivas, aunque excluyentes, no pueden rechazarse del todo. Resultaría desastroso pensar que la existencia del autor es un mero acto de fortuita presencia y que sólo fue el artífice que permitió la existencia del texto. Sin embargo, esto no implica que su presencia deba ser analizada fuera del texto. Es, entonces, a partir de éste, de su *intentio operis* como se puede empezar a trabajar en el sentido último de la pertinencia de su “afuera” y su “adentro”. No será sino hasta que se actualicen las implicaciones de “salir” y “entrar” al texto cuando podrán establecerse tales pertinencias. Pero este ejercicio sólo puede ser llevado a cabo a partir de la noción de la intención del texto. Incluso, sin poderla rechazar pese a las preferencias antes mencionadas. El lector en turno —o el analista del mismo, en este caso— no puede desprenderse de la entidad abstracta que implica la intención del texto. Que ésta vaya de acuerdo o discrepe de la del autor (y de las otras entidades que intervienen en el proceso) es algo que tendrá que establecerse ulteriormente. Mientras tanto, sea bienvenida la nueva categoría ya que, sin ésta, nos encontraríamos atrapados en una paradoja de difícil solución en la medida que estaríamos pugnando por establecer, a partir de una lucha de fuerzas, quién predomina en la obra y no qué tanto ésta puede ser el resultante de tal pugna.

⁴⁴ Ibid.

II.2.2 Autor real, implicado, y liminar.

Para iniciar el estudio de la perspectiva del autor, primeramente se le tiene que dividir en varias entidades. La primera de ellas, y la de menor relevancia en lo que respecta al análisis literario, es la que tiene que ver con el autor real⁴⁵. Es verdad que, en la mayoría de las ocasiones, éste funciona como un referente inmediato tanto en el acto de la lectura como en las circunstancias (anteriores y posteriores) implicadas en éste⁴⁶. Entonces el autor se manifiesta como la representación concreta de la obra, el máximo asidero contra “El colmo del disimulo [que] sería que la ficción pareciese que nunca ha sido escrita”⁴⁷. Todavía más, “El querer-escribir no se comprende a partir de un voluntarismo. El escribir no es la determinación ulterior de un querer primitivo. Por el contrario, el escribir despierta el sentido de voluntad de la voluntad: libertad, ruptura con el medio de la historia empírica a la vista de un acuerdo con la esencia oculta de lo empírico, con la pura historicidad. Querer-escribir y no deseo de escribir, pues no se trata de afección sino de libertad y

⁴⁵ En Los límites de la interpretación Eco trata al autor real como autor empírico. Quizá sea porque se supone que es real, porque el término resulta incómodo. En fin, sólo otra forma de nombrar.

⁴⁶ Resultaría iluso suponer que un lector cualquiera no se guíe, en muchas de las ocasiones, por el nombre del autor para elegir sus próximas lecturas y que, incluso, active la metonimia que le permite hablar del autor en lugar de la obra ante un foro determinado. Sucede desde las recomendaciones hasta los comentarios más triviales.

⁴⁷ RICOEUR, Paul. Tiempo y narración III. El tiempo narrado. Siglo XXI. Segunda edición. México, 1999. p. 870.

de deber”⁴⁸. Como se puede observar, parece ser indisoluble el vínculo existente entre el autor y la obra, es algo que no se pone en duda, no tendría caso alguno. Sin embargo, plantear como relevante la existencia de este autor tanto en el análisis narrativo como en la interpretación misma, resulta por demás absurdo. Varias son las razones.

La primera de ellas, tiene que ver con el ocultamiento⁴⁹. Esa suerte de disfraz que, a partir de la propia obra narrativa, hace que el autor “parezca ser” parte fundante del texto sin serlo del todo. A partir de su propio texto, el autor activa toda una serie de procesos mediante los cuales él resulta ser producto de su obra y no viceversa. Este proceso de inversión se debe a la dificultad existente de conocer al autor en sí. Salvando los casos en que dicho conocimiento se vuelve un *a priori*, el autor se revela en el acto de la lectura de su propio trabajo. Por lo tanto, es una aproximación *a posteriori* de sí mismo. Resulta inoportuno partir de la idea del autor para después llegar a su obra porque el mecanismo natural es justo el contrario. De ahí, la impertinencia de considerar, en un primer momento, relevante la existencia real de dicho autor.

La segunda de las razones por las que la existencia del autor real, su consideración dentro del plano del análisis narrativo y la interpretación resulta poco valiosa, también tiene que ver con el primer paso para construir un nuevo tipo de autor. Sucede que el autor, en tanto persona, resulta inabarcable en sí

⁴⁸ DERRIDA, Jacques. La escritura y la diferencia. Anthropos. Barcelona, 1989. p. 23.

⁴⁹ RICOEUR, Paul. Tiempo y narración III. El tiempo narrado. Siglo XXI. Segunda edición. México, 1999.

mismo. El conocimiento que implicaría trabajar de lleno con la figura de este sujeto, en tanto persona, va más allá de los límites del mismo. Ya no sólo porque esté escondido detrás del disfraz que la propia obra prefigura, ni porque el ocultamiento se haya elaborado en buena medida; también tienen que ver los grados de complejidad de construcción de la persona y los alcances que dichas construcciones obligarían a tener. Así mismo, el autor como tal puede ser dividido, claramente, en dos entidades básicas. A saber: aquél que es persona en tanto ser humano, en tanto sus relaciones con el mundo, con otras personas, en fin, aquél que discurre a través de la vida y que existe dentro de una circunstancia afín al resto de las personas; y, por otra parte, aquél que se conforma como autor en tanto que autor. Es decir —para ocuparnos de esta segunda entidad—, el autor puede considerarse como tal en la medida en que está siendo eso. Es en el acto de escritura cuando el autor se revela como la condición de posibilidad de la existencia de un texto independientemente de los mecanismos y condiciones que permiten que su vida como ser humano sea la que es. Así, esta reelaboración ontológica⁵⁰ del autor implica la creación circular de estas entidades: el autor sólo es tal mientras produce su obra que, es cierto, existe gracias a este continuo disfrazarse de la persona. De hecho, “el ocultamiento del autor es una técnica retórica como otra cualquiera; forma parte de la panoplia de disfraces y de máscaras de los que se sirve el autor real para

⁵⁰ Menciono “ontológica” en su acepción más básica porque no pretendo entrar en una discusión con tintes filosóficos respecto al autor, al menos no por el momento.

transformarse en autor implicado”⁵¹ o, como sostiene Hamburger: “Es obvio que los conceptos <<objeto>> y <<sujeto>> aparecen aquí con otro sentido que en la relación bipolar de la enunciación. El objeto de enunciación no significa sino lo enunciado; el sujeto enunciativo, la enunciación misma: ambos conceptos forman parte de la lógica de la enunciación”⁵².

Partiendo de esa idea, “el autor implicado es el que el lector distingue en las marcas del texto”⁵³. Así, al tiempo en que el lector va entrando al texto a partir de su propio acto de lectura, también va construyendo a un autor que vaya acorde con lo que él cree que debe ser. El autor implicado se vuelve un constructo creado a partir de las posibilidades de su obra y de los referentes con los que el lector lo va cargando de significado. Las divergencias entre el autor real y el autor implicado pueden llegar a ser tales que resulte imposible reconocer a la persona detrás de las palabras, de tan bien elaborado que está el disfraz. Sin embargo, y pese a ello, es este autor implicado el que, verdaderamente, funciona como el referente directo del texto. No existe la posibilidad de que el texto sea escrito por una persona, debe haber sido escrito a partir de la nueva entidad creada por el dicho texto. De tal manera que el autor implicado funciona, en cierta medida, como un personaje más dentro de la obra o,

⁵¹ RICOEUR, Paul. Tiempo y narración III. El tiempo narrado. Siglo XXI. Segunda edición. México, 1999. p. 869.

⁵² HAMBURGER, Käte. La lógica de la literatura. Visor. Literatura y debate crítico. Madrid, 1995. p. 98.

⁵³ RICOEUR, Paul. Tiempo y narración III. El tiempo narrado. Siglo XXI. Segunda edición. México, 1999. p. 870.

mejor, sobresale al identificársele directamente con el narrador⁵⁴. Para Umberto Eco hay una alternativa en lo que respecta al trabajo con el autor implicado, una aproximación diferente si no una acotación: el autor modelo. “No estoy especulando sobre las intenciones del autor, sino sobre la intención del texto, o sobre la intención de ese Autor Modelo que soy capaz de reconocer en términos de estrategia textual”⁵⁵.

Esta relación ya tiene una utilidad mucho más concreta en el campo del estudio de las interpretaciones⁵⁶. Sobre todo para los hermeneutas que pugnan por una salida trascendentalista. Aquélla que lucha por tomar en cuenta ya no sólo al autor sino al contexto que lo rodeó junto con su obra. Cabría aventurar, justo ahora, la primera de las aporías que ya se planteará con mayor desarrollo en uno de los apartados posteriores de este capítulo: Desde la óptica trascendental, ¿cuál de los autores debe ser el punto de partida para el análisis hermenéutico, el real o el implicado?

Se deja sin mayor elaboración el planteamiento en la medida en que, para resolverlo, falta considerar una faceta más que el autor carga consigo: el autor liminar. Partiendo de Eco, “el umbral entre la intención de un ser humano determinado y la

⁵⁴ Identificación en gran medida desafortunada pero existente en la medida en que, en un lector, se activa, por fuerza, la idea de que es el autor aquél que narra la historia que le está siendo contada.

⁵⁵ ECO, Umberto. Los límites de la interpretación. Lumen. Segunda Edición. Barcelona, 1998. p. 126.

⁵⁶ También la tiene en el análisis literario. Sobre todo en lo que concierne a la narratología en tanto se establece una relación de copresencia entre el autor implicado y el narrador. Sin embargo, este trabajo no versa sobre esos estudios en particular y, por tanto, no considero necesario ahondar al respecto.

intención lingüística mostrada por una estrategia textual”⁵⁷. Esta nueva categoría resulta útil porque permite suponer cierto estado de conciencia marginal en el autor que, a la larga, reditúa en el subconsciente del texto o, mejor aún, en la intención de la obra. No creo necesario llevar a cabo el recorrido que hace Eco respecto a “El nombre de la rosa”⁵⁸ para demostrar la existencia de ciertos elementos que, sucedidos en su vida diaria, los ha retomado de manera inconsciente para la elaboración de su novela. Sin embargo, la posibilidad de que tales elementos se activen en el proceso de la escritura se vuelve un arma de dos filos. El autor liminar entendido como el vínculo existente entre las vivencias del autor real y las configuraciones de su obra mediante la estrategia de uso del autor implicado, se vuelve un punto a favor de la interpretación trascendental, al tiempo en que la anula por completo. Esto sucede en la medida en que se tiene que aceptar que lo que aparece en el texto es, por fuerza, producto de lo que la persona ha vivido, lo recuerde o no. No obstante, este último “lo recuerde o no” implica que se tiene que llegar mucho más lejos en el estudio del autor real de lo que se puede pensar. En ocasiones, las más, ni siquiera él está al tanto ya no de los artificios que activaron tales vivencias, sino de ellas mismas. Por lo tanto, más que un análisis de la obra, la existencia cierta del autor liminar implicaría una elaborada serie de procesos psicoanalíticos que, difícilmente, podrían llevar a

⁵⁷ ECO, Umberto. Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press. Primera edición. Cambridge, 1995. pp. 75.

⁵⁸ Tanto en Apostillas a El nombre de la rosa como en Los límites de la interpretación y en Sobre literatura.

una aproximación más pertinente de las posibles interpretaciones del texto.

Partiendo de un acercamiento desde las teorías de la comunicación⁵⁹, resulta interesante ver cómo los modelos o esquemas que buscan describir los procesos comunicativos parten, o no, de la intención del emisor. El que dio origen a todos los demás es, sin duda, el modelo aristotélico. En él, sólo se mencionan tres elementos: emisor, mensaje y receptor. Es el modelo más básico pero, en sí mismo, ya encierra una serie de preguntas obligadas que podrían sintetizarse en una sola: ¿Por qué el emisor dice? Las respuestas vendrán con modelos ulteriores. Laswell, Nixon, Shannon y Weaver, Schramm, Leaute, Weasley, McLean y demás van introduciendo niveles o categorías diferentes pese a que, prácticamente todos, se basan en el modelo inicial. No pretendo hacer un estudio de estos modelos. Sin embargo, su mención contribuye a la polémica existente en cuanto puede o no ser pertinente la existencia del autor. Los que se ocupan de las intenciones y los campos de experiencia autorales tendrán una tendencia trascendental; mientras que los que simplemente mencionen al acto enunciativo como parte del proceso tenderán hacia el imanentismo.

⁵⁹ CIESPAL. “Esquemas del proceso de comunicación” en C. Benassini (comp.) Introducción al estudio de la comunicación. Teorías de la comunicación en Estados Unidos y en Europa. Teoría de la comunicación II. Tomo I. Ediciones de comunicación y Universidad Iberoamericana. México, 1986.

Parto de esa fuente en tanto que no hago un estudio detallado de los modelos comunicativos ni de sus alcances. Como sólo los utilizo como referencia, prefiero basarme en una fuente que los aglomera, sintetiza, esquematiza y compara.

Planteadas las diversas formas en que el autor puede o no manifestarse en su obra, resulta necesario buscar la forma para, a partir de ellas, establecer los parámetros que permitan establecer los mecanismos para entrar de lleno a la perspectiva del autor. Está de más aclarar que, aunque ciertamente todo autor tiene una intención (clara o no) para con su obra, sobre todo si se toma en cuenta que es emisor de la misma, resulta mucho más complejo establecer el origen de tales intenciones. Mucho más cuando no es sólo la intención lo que se busca sino que, en cierta medida, éstas sólo son el punto de partida para intentar elaborar un proceso hermenéutico mucho más elaborado. Suponer que el texto sólo tiene una intención y que ésta es la que el autor configura en el proceso de su propia escritura, de su propia intencionalidad, cierra, de antemano, una gran gama de posibilidades en lo que respecta al campo de la interpretación. Sin embargo, ha sido necesario establecer las diferencias existentes a partir de la configuración de los diversos tipos de autores para, a partir de ellas, poder trabajar en lo subsiguiente bajo una idea menos general y, en consecuencia, más precisa de lo que el autor implica.

II.2.3 Lector real, modelo e implicado.

De la misma forma en que se establecieron diferencias existentes entre el autor, para abordar la perspectiva del lector es necesario disgregarlo en diversas entidades. La importancia de tal perspectiva radica en que “el sentido del texto se actualiza en el punto de convergencia de todas las perspectivas del texto, pero el sentido sólo ‘puede enfocarse desde un punto de vista’. Y

este punto de vista es el lugar asignado al lector [...]”⁶⁰. Lo anterior implica que, sean cuales fueren las perspectivas predominantes en el texto narrativo es, en consecuencia, el lector quien, a través de la suya, las activa en su acto de la lectura. Así pues, la relevancia de ésta va más allá de las otras sin con esto querer implicar cierta irrelevancia en las mismas. El texto existe sólo a partir de su lectura.

El primer caso en que la presencia del lector constituye un factor de interés, es el que se ocupa del lector real. Éste, al igual que el autor real, está conformado por una persona que se dispone al acto de lectura. En tanto persona, el lector acarrea consigo toda una carga de referentes contextuales, emotivos, psicológicos, anímicos, ideológicos, emocionales y demás. De hecho, “dichas operaciones [las de la lectura] están orientadas tanto por las otras tres perspectivas en constante convergencia y transformación, como por la postura del lector frente a su mundo, su enciclopedia cultural, su horizonte de expectativas; en una palabra, su perspectiva sobre el mundo que lo rodea”⁶¹. Así, la existencia del lector real dentro del texto resulta por demás contundente y marcar, o pretender marcar, su trivialidad de manera análoga con el autor real resulta una tarea por demás compleja en la medida en que, finalmente, a diferencia del autor,

⁶⁰ PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en Perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI y Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1998. Primera edición. p. 127.

⁶¹ PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en Perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI y Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1998. Primera edición. p. 126.

Recuérdese que, para la doctora Pimentel, sólo son cuatro las perspectivas dentro del texto.

sí es el lector quien activa todos los referentes dentro del texto, el que posibilita que éste se desarrolle como tal.

Sin embargo, la categoría del lector implicado conlleva otras implicaciones que, en muy buena medida, ayudan a enriquecer el proceso de la lectura. “El concepto de *lector implícito* remite a ‘una estructura textual que anticipa la presencia de un receptor sin que necesariamente lo defina’”⁶². Esto da como resultado la idea de lector modelo. Aquél a quien va dirigida la obra sin que implique a una persona en particular. Bajo el entendido de que una obra cualquiera no puede ser leída (o entendida) por una persona cualquiera, se puede dar por hecho que los lectores de ésta tienen que responder a un patrón determinado. La inscripción dentro de este patrón es lo que define al lector modelo en tanto receptor ideal para la obra. Si bien es cierto que las exigencias de una obra u otra pueden permitir o anular a más o menos lectores diferentes dependiendo de su bagaje cultural, sus aficiones y prejuicios, también lo es que tales exigencias sólo pueden ser establecidas a partir del acto de lectura. Así, el lector modelo se construye a partir de la propia obra, de la lectura de la misma, mientras que el lector implicado es una estrategia textual que tiene que ver más con la mecánica de la recepción.

Es, entonces, el lector implicado, aquél a quien va dirigida la obra, con quien se establece el diálogo. Todo lector implicado

⁶² PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en Perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI y Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1998. Primera edición. p. 127.

Para los diversos teóricos, no existe diferencia entre el “lector implicado” y el “lector implícito”. Por lo tanto, se utilizarán los términos indistintamente.

es parte esencial de la obra y se encuentra en ella⁶³. Bajo el entendido de que “El lector, en tanto que observador, está *dentro* del objeto contemplado, y su contemplación se da en sucesivos desplazamientos en el tiempo; se ve obligado, en otras palabras, a asumir un ‘punto de vista móvil’, lo cual implica una constante actividad de síntesis, corrección y modificación del sentido de lo que va leyendo”⁶⁴. Tales actividades son las que lleva a cabo el lector implicado porque, entre otras cosas, se descubre dentro de la obra en el acto de la lectura y, en consecuencia, acepta no sólo la posibilidad de estar leyéndose a sí mismo sino que, en última instancia, sabe que su presencia dentro del texto es indispensable para el desarrollo de éste. Es el destinatario al que se dirige el emisor de la obra. Partiendo de Ricoeur, “Por lector implicado hay que entender, pues, la función asignada al lector real por las instrucciones del texto”⁶⁵.

De esa manera, la perspectiva del lector tiene varias implicaciones: “es, a un tiempo, producto de la convergencia, en un punto privilegiado que permite acceder a una mayor complejidad, de todas las perspectivas que organizan el relato, y el resultado de la interacción entre el mundo del relato y el mundo del lector. De este encuentro y tensión entre dos mundos surge el cúmulo de significaciones narrativas que aun el relato

⁶³ Aunque la idea de lector implicado tiene relación con los grados de ficcionalización del lector, no son éstos, necesariamente, los que le dan cabida dentro de la obra.

⁶⁴ PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en Perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI y Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1998. Primera edición. p. 127.

⁶⁵ RICOEUR, Paul. Tiempo y narración III. El tiempo narrado. Siglo XXI. Segunda edición. México, 1999. p. 885.

más elemental es susceptible de producir”⁶⁶. Además, participa en un doble juego. El que implica descubrirse capaz de entrar a un texto o, mejor, saberse seleccionado de entre todo el universo de lectores para participar en dicho texto y, en consecuencia, participar de dicho texto acatando las normas e instrucciones que se le proporcionan. En un siguiente momento, también puede decidir romper con tales normas para, tras haber sido un lector implicado, deje de asumirse como tal. Para un análisis posterior, es posible que tal ruptura conlleve a una sobreinterpretación.

Siguiendo a Gadamer, por otro lado, resulta que “es posible distinguir el juego mismo del comportamiento del jugador [...cuando] para el jugador el juego no es un caso serio”⁶⁷ que lo equipararía con un lector real poco comprometido con su propia lectura. Mientras que cuando “el juego sólo cumple el objetivo que le es propio cuando el jugador se abandona del todo al juego”⁶⁸ entonces se puede hablar de lectores implicados. ¿Qué mayor implicación que la de tomar parte activa del juego que se está jugando? A fin de cuentas, al igual que en la lectura, “El sujeto del juego no son los jugadores, sino que a través de ellos el juego simplemente accede a su manifestación”⁶⁹.

⁶⁶ PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en Perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI y Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1998. Primera edición. p. 133.

⁶⁷ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 144.

⁶⁸ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 144.

⁶⁹ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 145.

La división del lector en varias entidades ha tenido como consecuencia una separación de la intencionalidad del mismo. Al parecer, el deseo por la inmanencia o trascendencia es algo de lo que sólo se ocupa el lector real mientras que, dada su aceptación primero en el texto y luego de las reglas que éste manda, el lector modelo y el lector implicado parecen no poder salir del mismo. Sin embargo, son personas (o persona) al tiempo en que son modelos e implicados. Razones por las cuales no sólo anteponen una postura personal ante el texto antes de su lectura sino que, también, ésta tiene consecuencias en su vida futura, en su ámbito como personas y como lectores⁷⁰. Así, resulta estéril despreciar la lectura trascendente en tanto que la lectura misma resulta trascendente para el lector⁷¹.

II.3 Inmanencia y trascendencia.

A lo largo de este capítulo se han intentado sentar las bases para llegar al verdadero planteamiento del mismo. Es el que tiene que ver con la primera clasificación de las diversas teorías hermenéuticas. Esta primera clasificación versa sobre la validez de llevar a cabo una interpretación del texto tomando en cuenta y considerando todos los factores que han influido en él durante el acto de su creación o, en otras palabras, aplicar una postura

⁷⁰ Sobre todo en lo que respecta al lector modelo. Cuanto mayores sean sus lecturas, cuanto mayor sea la calidad de éstas, cuanto más crezca su marco de referencia y sus conocimientos, entonces será lector modelo de muchas más obras.

⁷¹ Sobre el resultado que tiene una lectura en el lector, sobre la forma en que ésta le influye, se hablará en el capítulo IV.

trascendental en el acto de su interpretación. Es decir, qué tanto es necesario conocer el contexto histórico en que fue escrito, los antecedentes y características del autor y todas y cada una de las circunstancias que lo rodearon para llevar a cabo un ejercicio hermenéutico. En contraparte, existe la posibilidad de negar toda influencia externa al propio texto, aislarlo en una entidad única que no tiene validez más que por sí misma y, en consecuencia, aceptar que todos los elementos con los que va cargado el texto deben encontrarse dentro del texto en sí. Sin que sea necesario ir más allá de éste. Aplicar, entonces, una postura inmanentista al trabajo de la interpretación.

Son, estas dos primeras posturas o vertientes, el primer parámetro que propongo para clasificar a las corrientes hermenéuticas. Sean cuales fueren sus planteamientos teóricos, sus métodos de trabajo e, incluso, sus objetivos, se puede asegurar que todas ellas entran dentro de alguno de estos postulados. Aún más, las habrá que puedan coexistir con las dos posturas. Esto, más que refutar el planteamiento, lo confirma dado que propugna por establecer la existencia dentro de dos límites extremos, los que, a la larga, suscribirán a toda teoría existente o por existir.

Queda pendiente analizar las implicaciones que tiene cada una de estas posturas extremas para analizar sus debilidades y fortalezas con miras a establecer, con claridad, las primeras aporías respecto al pertinente ejercicio hermenéutico.

II.3.1 Para salir del texto.

A Umberto Eco le gusta un ejemplo que ha utilizado en diversas ocasiones: “le dije a Hartman que era un desconstruccionista ‘moderado’ porque rechazaba leer el verso

“A poet could not but be gay

“[Un poeta no podía sino ser alegre]

“como un lector contemporáneo que encontrara el verso en *Playboy*”⁷². Tal ejemplo le sirve para demostrar el inminente conocimiento del contexto en el que fue escrito el texto para realizar una lectura pertinente o correcta. Es verdad, resultaría por demás impertinente hacer una lectura de tal poema negando su origen histórico y utilizando el significado de las palabras a partir, únicamente, del contexto y los referentes del lector. El significado (y mucho más allá) y el sentido del texto cambiarían radicalmente si no se leyera con un conocimiento del uso de las palabras en la época en que se escribió el texto⁷³. Aunado a lo anterior, y en defensa de este tipo de lectura, podría decirse que el marco referencial necesario para poder establecer los

⁷² ECO, Umberto. Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press. Primera edición. Cambridge, 1995. p. 73.

Aunque el ejemplo gusta mucho a Eco y lo menciona, al menos, en un par de libros más, no implica que la postura de Eco sea la trascendentalista. De hecho, podría decirse, en algún sentido, que no lo es. Si retomo su ejemplo es porque resulta de lo más representativo para entrar a esta perspectiva.

⁷³ Cabe aclarar que en una réplica de Jonathan Culler a esta conferencia de Eco, encuentra posibilidades extraordinarias a que suceda una lectura de este tipo. No es el momento de analizar tales resultados.

Tal réplica está en: CULLER, Jonathan. “En defensa de la sobreinterpretación” en ECO, Umberto. Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press. Primera edición. Cambridge, 1995.

parámetros pertinentes en una lectura descontextualizada ayuda, entre otras cosas y principalmente, a evitar sobre interpretaciones. Tal es la importancia primera del contexto.

Sin embargo, ante este planteamiento, quedan varias preguntas por resolverse. En primer lugar, el ejemplo citado por Eco funciona en la medida en que el significado de las palabras se ha ido modificando⁷⁴. Cabría preguntarse entonces, qué tanto tales cambios pueden hacer variar los textos de maneras tan radicales como la antes presentada y, en ese mismo sentido, qué tanto estos cambios pueden ser del conocimiento del lector. Porque de volverse demasiados, lo único que puede suceder es que, a la larga, todos los posibles lectores modelo de una obra, acaben por morir o por estar tan lejanos al texto que resulte ininteligible para quien se atreva a aproximarse a la obra. Dentro de esa misma tónica, y finalmente, resulta por demás improbable que la evolución del lenguaje cambie de tal manera que, más que una adopción o conocimiento del contexto por parte del lector, lo que se necesite sea una traducción de la obra (fenómeno que sucede con frecuencia)⁷⁵.

Una segunda inconformidad tiene que ver con el sentido del texto. Como ya se habló en el capítulo primero, lo que se interpreta no es el significado de las palabras, sino el sentido global de la obra. Siendo así, resulta difícil suponer que una

⁷⁴ Recuérdese que, partiendo de lo que se sostuvo en el Capítulo I, una interpretación no puede basarse meramente en el código, en los significados del diccionario.

⁷⁵ Véanse, entonces, las obras críticas basadas en textos antiguos. Una de las tantas funciones que cumplen (al menos de utilidad inmediata) es la de hacer las veces de diccionario.

simple palabra pueda alterarlo de tal modo que la interpretación difiera ya no de la intención del autor sino de la *intentio operis* por no decir que no se pueda acceder al significado elemental del texto, sin pretender más allá de una lectura y ya no un ejercicio hermenéutico.

Por último, la tercera pregunta que surge ante el planteamiento hecho por Eco, tiene que ver tanto con la metamorfosis que debe llevar a cabo el lector modelo para poder seguir siendo tal pese a la evolución del lenguaje, como con la capacidad que tiene el lector de acceder a ciertos conocimientos. Lo explico. En primer lugar, en tanto que la obra (suponiéndola cargada de una intencionalidad consciente) no pudo contemplar tales evoluciones, resulta imposible situarla como portadora implícita de un lector modelo. En un segundo término (mucho más complejo éste), entre más se aleje tanto contextual como temporalmente una obra de su lector, más difícil será el poder aproximarse a ese contexto. Y esa aproximación tendrá que ser llevada a cabo a partir de referentes que, a su vez, pertenecen a otros referentes. De manera tal, que para llevar a cabo una lectura y, posteriormente, una interpretación cabalmente trascendentalista, será necesario que el lector realice una serie infinita de contextualizaciones. La lectura de un texto le implicará, entonces, ambientarse y conocer las características propias del momento histórico, lingüístico, cultural, etc. Este conocimiento sólo podrá lograrse a partir de otras tantas lecturas que, en un último momento, requerirán de los mismos precedentes para acercarse a ellas.

Lo anterior se aplica tanto en ejemplos tan simples como el planteado por Eco, como en elaboraciones más complejas.

Incluso, ante teorías mucho más radicales que tienen que ver con el conocimiento directo del autor. Si, por alguna razón, éste permaneció en el anonimato o se ocultó propositivamente tras heterónimos o seudónimos, el ejercicio quedará incompleto desde su inicio. Las implicaciones que conlleva, entonces, una óptica que pugne por salir del texto, es que lo limitan al conocimiento del lector, exigiendo la creación de lectores modelos a partir, en muchas ocasiones, de elementos que no están a su disposición. Peor aún, tal postura exige una lectura infinita para el acercamiento a un determinado texto. Por lo tanto, en su mismo planteamiento, se reduce al absurdo, al ser imposible satisfacer todas las exigencias que plantea.

II.3.2 Para entrar al texto.

En contraparte de la postura anterior, está la que se limita a interpretar el texto por sí mismo. Haciendo caso omiso de las circunstancias que rodearon a su creación, los inmanentistas pretenden que toda lectura, que toda interpretación debe realizarse sólo a partir de lo que el texto dice. El problema de tal postura, sería llevarla hasta el extremo, hasta lo más lejano del límite. Porque, de ser así, se tendría que anular todo el concepto de sentido para llevar a cabo un análisis que tendría que ver mucho más con lo lingüístico que con lo hermenéutico merced que no podría ser entendido un giro del lenguaje tan simple como el cambio de significado de la palabra “gay” utilizada en el apartado anterior.

Si tal referente no pudiera ser activado, una lectura estrictamente inmanentista se vería bloqueada debido a que un lector no tiene la posibilidad de circunscribirse plenamente en el

contexto presentado por el texto. De esa manera, toda falta de entendimiento en una palabra en particular, en un pasaje, en un nombre, en cualquier cosa, sería irresoluble porque el simple hecho de consultar en un diccionario, de preguntarle a un amigo, de activar una referencia, una intertextualidad, de permitirse una comparación o cualquier otra ruptura, romperían con la inmanencia en un sentido pleno. Además, quedarían clausuradas todas las lecturas históricas y, en consecuencia, toda posibilidad de análisis estilístico y comparativo. De hecho, la simple sentencia de 'tal libro me gustó más que ese otro', aunque sea una exageración, quedaría condenada a desaparecer a partir del propio planteamiento que implicaría salir del uno para entrar al otro y, como no se abarcan, no pueden coexistir.

De tal manera que el planteamiento inmanentista clausura la posibilidad de más lecturas, es que sus deficiencias saltan a la luz. Sobra decir que los diálogos se clausuran, que las dudas permanecen y que el sentido se ve reducido en la medida en la que el lector modelo del lector real no se actualiza y, por lo tanto, no crece en consecuencia. Es una labor, entonces, que va en contra del conocimiento pero, irónicamente, sólo puede ser llevada a cabo por alguien demasiado culto para ser inmanentista, para negar las relaciones existentes entre las cosas, entre los seres. Es quizá, una postura que parte de la paradoja, que imposibilita, al igual que la otra, la lectura y que necesita de cierta humildad para resultar válida. Pese a ello, son muchas las corrientes hermenéuticas que sostienen la eficacia de la misma, incluso corrientes de análisis textual (que son las más inmanentes) y, por ello, había que concederle un lugar en

donde se desarrollan las teorías de la interpretación de los textos⁷⁶.

II.4 Intención del texto e intención del lector.

Sé de cierto que, para analizar las dos posturas anteriores, me he ido a lo más extremo de sus planteamientos. Sin embargo, es justo lo que pretendía hacer para poder establecer la primera de las formas propuestas para clasificar a las teorías hermenéuticas existentes. Partiendo entonces de esas ideas, queda abrir el espacio de la reflexión sugiriendo que, sin ser una u otra la más acertada, hacen caso omiso de todas las posibilidades que la postura contraria ofrece.

Falta todavía, desarrollar un par de categorías para intentar profundizar en el estudio que nos ocupa. En primer lugar, existe una intención del texto, una *intentio operis* del que ya se ha hablado, que no es otra cosa que el parámetro o criterio a partir del cual se valida o se rechaza el *intentio lectoris*⁷⁷. En otras palabras, esta intención del texto, entendida como un elemento abstracto dentro del mismo, tiende a ser el vínculo natural entre

⁷⁶ Incluso, desde la más extrema de las ópticas inmanentistas, cabría asegurar el postulado en el que el autor ha dejado de existir. Ya no sólo como persona sino como modelo dado que, a fin de cuentas y en el último de los casos, el autor modelo, en gran medida, también parte del autor real.

En ocasiones, me parece que la narratología pugna por el inmanentismo a ultranza. Le funciona porque es un análisis textual sin pretensiones interpretativas. Sin embargo, existen un par de aspectos dentro de las dimensiones del relato (espacial y temporal) que, por momentos, parecen tirar hacia fuera, optar por la trascendencia. Dependiendo del texto que se analice, conseguirán lograrlo o no.

⁷⁷ ECO, Umberto. Los límites de la interpretación. Lumen. Barcelona, 1998.

la obra y el autor ya disfrazado. El ocultamiento del segundo sólo puede darse mediante la figuración de una intención externa a éste a partir del propio texto⁷⁸. Es esta intención la que permite legitimar, desde ciertas corrientes, todo análisis hermenéutico. Por ello, resulta imprescindible para el ejercicio de las interpretaciones pero, más aún, es la parte del proceso intencional⁷⁹ que permite acercar las posturas inmanentistas y trascendentalistas. Sé que aún no es tiempo de elaborar propuestas concretas en lo que respecta al desarrollo de posturas hermenéuticas. Sin embargo, es la intención del texto, la *intentio operis*, el primer atisbo que parece pugnar por resolver algunos conflictos, al menos los que tienen que ver con los grados de aproximación al texto, con qué tan pertinente resulta alejarse lo suficiente como para pretender ver la obra desde su circunstancia o qué tanto el encerrarse demasiado en ella no impide vislumbrarla en su totalidad.

Mención especial merece, dado su carácter de destinatario, establecer la importancia de la intención del lector, *intentio lectoris*. Tal importancia se la reviste el hecho de que, al final del

⁷⁸ RICOEUR, Paul. Tiempo y narración III. El tiempo narrado. Siglo XXI Editores. México, 1998.

⁷⁹ Con “proceso intencional” establezco una analogía con el modelo de comunicación básico, el aristotélico. Sustituyo a emisor, mensaje y receptor, por la tríada de la intención del autor, intención del texto e intención del lector. De manera tal que, a partir de este momento, de entrada, desaparecen tanto el autor y el lector personas, como el mensaje fijo, inamovible y, en consecuencia, sin posibilidades de interpretación. A un tiempo, esta línea de intenciones, permite mover los planos interpretativos al aseverar que estos procesos se llevan a cabo a partir de la intencionalidad que, entre otras cosas, puede resultar por demás variable.

día, es el lector el que decide los mecanismos válidos para su propia lectura. Es innegable que esta intención muchas veces está matizada por las propias capacidades del lector. Piénsese en el caso de que el lector sea un lector promedio, lejano a las teorías de la interpretación que, en la medida de sus posibilidades, encuentra regocijo en el acto de la lectura sin detenerse a pensar qué tanto puede entrar o salir del texto, qué tan importante es conocer el contexto que rodeó su creación o cómo hacerle para permanecer dentro de él. Aun ante estas características, difícil será negarle la posibilidad de escoger un libro por las recomendaciones recibidas o por el nombre y la fama del autor. Esto no implicará que se aferre a uno de los dos extremos que ya he planteado. Así, el lector sabrá cómo es que quiere leer el libro, qué tanto se acercará a él y, más todavía, bajo qué óptica habrá de llevar a cabo su lectura. Si bien es cierto que los niveles de aproximación al acto de la lectura son tema de otro capítulo, se les ha mencionado por la importancia que reviste el hecho de que sea el lector quien, a final de cuentas, a partir de su actividad, pueda establecer los cómo y los qué, lo que, sin lugar a dudas, lo coloca en una posición privilegiada dentro del modelo: Es su intención la que acabará predominando. Al menos en la medida de su carácter impositivo, de lo mucho o poco que esté dispuesto a imponerse sobre las otras intenciones.

Como conclusiones de este primer capítulo, planteo las siguientes:

En primer lugar, y acorde con la intención particular del capítulo y general de la tesis, establezco la primera de las

clasificaciones dentro de la cual tendrán cabida todas las hermenéuticas existentes y por existir. Sé, de antemano, que el pretender que lo sean todas parece demasiado ambicioso e, incluso, excesivo. Sin embargo, sostengo que son todas a partir de la idea del establecimiento de los límites extremos entre las dos categorías planteadas. Por una parte, en el primer extremo de la clasificación, se encuentran las teorías inmanentistas, las que sostienen que no se puede ni se debe salir de los límites que el propio texto impone. Es decir, el texto se basta a sí mismo para que en él se realicen todos los ejercicios de análisis que sean necesarios. En contraparte, al otro extremo de la línea, se encuentran las teorías trascendentalistas, aquéllas que sostienen que el texto fue escrito en un contexto determinado y resultaría peligroso ignorarlo.

Ahora bien, he de aceptar, también, que las teorías existentes no necesariamente se adaptan a los modelos extremos, no llegan a las últimas consecuencias que estas categorías exigen. Sin embargo, en mayor o menor medida, se aproximan a una o se alejan una de otra. De manera tal, que pueden ser catalogadas por la tendencia que ellas mismas manifiestan. En este mismo tenor, estoy consciente de que, para la demostración plena de la clasificación que sostengo, habría que hacer un recorrido individual con cada una de las corrientes analíticas e ir acomodándolas dentro de los parámetros según sus propios postulados. Pese a ser lo deseable, la tarea se volvería por demás indeterminada si se considera que el cúmulo de posturas se acrecienta día con día merced a que —aunque siempre resultaría atractivo poder ubicar a una teoría respecto a otra a partir de sus grados de inmanencia o trascendencia—

sería un ejercicio más bien estadístico y no son éstos los fines que persigue este trabajo.

Siguiendo con las conclusiones, cabe señalar un par de razones (que hacia las conclusiones generales de esta tesis se volverán aporías) de la inoperancia de las posturas propuestas. Si se opta por la óptica trascendental, resultará, como ya se dijo, un ejercicio interpretativo que va más allá de las capacidades de un simple lector en tanto que éste, a la larga, tendrá que remitirse a un caudal continuo de textos para poder crear el contexto del primero. Cada uno de las subsiguientes búsquedas contextualizadoras implicará, por fuerza, una andanada de otras acumulándose. De manera que, a la larga, el trabajo tendrá que mostrarse indeterminado. Esto, teniendo en cuenta que la información exista, que no se haya perdido y que, en su momento, haya sido elaborada. Más aún, se debe considerar que el autor no ha falseado su propia identidad, que no se oculta bajo seudónimos, heterónimos o, incluso, que no se le catalogue como anónimo; que el mismo autor vaya acorde con su época y contexto, que no exista una simulación de su parte y que las herramientas para establecer todos los elementos necesarios para este análisis estén disponibles, sean legítimas y confiables, accesibles y asequibles.

En lo que compete a la inmanencia, a su postura, cabe hacer una reflexión final. Sin lugar a dudas esta postura no se puede adoptar en su completitud en la medida en que el simple acto de la lectura rompe la idea de abarcar al texto como un todo. Puede parecer un todo. Sin embargo, es un todo que sólo puede ser activado a partir de un factor externo: el propio lector. De ser así, aceptando de antemano la inexistencia del autor, no

se puede actualizar una lectura por completo inmanentista sino trascendiendo el propio texto. Y aunque esta trascendencia podría ser hecha por el lector modelo y entonces el argumento parece colapsarse en tanto que tal entidad ya está contemplada por la propia obra, no hay un lector real que encaje a la perfección dentro del molde de un lector modelo predeterminado, sería demasiado concederle al texto. Y, también, podría no ser el lector modelo aquél que se aventurara a la lectura.

Las anteriores son razones por las que, aunque definidas las dos principales posturas en sus casos extremos, éstas se invalidan en su propio ejercicio. Será hacia las conclusiones generales de esta tesis cuando se planteen las aporías concernientes a tales categorías. Aporías que, a fin de cuentas, se esgrimen a partir de las corrientes, de sus posturas, y no de la clasificación en sí. Ésta es un mero instrumento. Será después, en la segunda parte de este trabajo, cuando se busque resolver tales aporías con miras a establecer el sitio ideal para iniciar el proceso de la lectura: ¿Qué tan inmanente o qué tan trascendente se es, se debe o se puede ser frente a un texto?

III Un problema de límites.

En este tercer capítulo, me ocuparé de establecer la segunda clasificación de las corrientes hermenéuticas, la que más abarca y me resulta de mayor interés. Esta clasificación tiene como parámetro el número de interpretaciones posibles para un texto. De esta manera, más que un recorrido a través de las teorías existentes, busco establecer, de manera análoga al capítulo anterior, los límites precisos de cada clase para, posteriormente, encontrar las ventajas y las desventajas que cada una de éstas ofrece. Es decir, la metodología que llevaré a cabo en este capítulo es similar a la del anterior: Primeramente, estableceré una a una las categorías para, después, encontrar sus fortalezas y debilidades. De esta forma, hacia las conclusiones parciales que arrojará esta propuesta, se esbozarán las aporías concernientes con cada una de éstas. De manera tal que, ya para las conclusiones finales de este trabajo y con miras a desarrollar las respuestas específicas en la continuación del mismo, puedan establecerse a cabalidad dichas aporías y, en su momento, intentar resolverlas.

III.1 Las cuatro formas de aproximación hermenéutica.

Históricamente hablando, los practicantes de ejercicios hermenéuticos han establecido diversas formas de aproximación interpretativa. Desde la antigüedad, el valor intrínseco o extrínseco por establecer no sólo la validez de una o varias interpretaciones sobre un mismo texto, sino la verificación del

número posible y válido de tales aproximaciones, se ha convertido en un factor que, ya con el estudio contemporáneo ha venido a dar como respuesta un constante conflicto sin aparente solución. De hecho, culturas enteras se fundan bajo la idea de la cantidad plausible de interpretaciones e, incluso, a partir de las propias divergencias que éstas tienen. Si bien es cierto que no existe forma legítima que pueda resolver por completo tales dilemas, también lo es que, de haberla, lo primero que se necesita hacer es encontrar las coincidencias y discrepancias entre estos puntos de vista. Para lograrlo, es menester recurrir a una suerte de clasificación que, antes que analizarlas en cuanto a sus potencias, logre asentarlas dentro de parámetros de fácil reconocimiento. Tales parámetros son los que se muestran a continuación.

III.1.1 Única e ilimitada: Un problema fascista⁸⁰.

En este apartado, se definirán las dos primeras posturas en lo que respecta al número de posibles interpretaciones. Se incluyen ambas en un solo párrafo pese a que se enarbolan como los dos extremos de la clasificación (o quizá precisamente por eso) dado que, a la larga, los resultados que tales formas de establecimiento de los límites resultan producto de procesos similares. No es absurdo pensar que los dos extremos se contengan, al menos, en el método que utilizan para imponerse como posturas válidas.

⁸⁰ Para fines de esta clasificación, utilizo el término “fascista” como sinónimo de imposición.

Así, la primera de las formas de delimitación de las interpretaciones de o sobre un texto, tiene que ver con la que no permite cabida a nada más: la que, en adelante llamaré única. Partiendo de la idea de que la hermenéutica “no surge como una teoría de la recepción, sino precisamente como una práctica de transmisión y mediación”⁸¹, resulta sencillo de imaginar la relevancia que pudo tener ésta en la vida de nuestros antepasados. No sólo era una manera para interpretar los textos. También, era una forma de transmitirlos, de comunicarlos, llegando incluso a usos que tienen más que ver con la traducción. Sin embargo, esta práctica por demás comprensible, arrojaba como resultado muchas posibilidades, un caudal de malos entendidos y, a la larga, discrepancias en tanto empezaba a establecerse como teoría. No cualquiera estaba dispuesto a aceptar la forma que otro utilizaba para “comunicar” un mensaje emitido con cierta intencionalidad. Razón ésta de peso para practicar un inmanentismo a ultranza sobre la obra: respetar al texto ante todo. Mucho más cuando el texto parece estar cargado simbólicamente por elementos que trascienden a la persona.

Tal es el caso, primero, de la exégesis bíblica. La Iglesia (con mayúscula) no estaba muy dispuesta a tolerar (mucho menos a aceptar) toda una andanada de interpretaciones concernientes a las escrituras⁸². “En la exégesis de la Sagrada

⁸¹ FERRARIS, Maurizio. Historia de la hermenéutica. Siglo XXI. Primera edición. México, 2002. p. 13.

⁸² Cabe aclarar que esta postura por parte de la autoridad eclesiástica es sólo parcial. Existen momentos históricos en que la Iglesia ha dado muestras de apertura permitiendo análisis filológicos o de cualquier otro tipo sobre la Biblia. En particular, los protestantes la estudian entendiéndola como un texto. Así,

Escritura, la interpretación tiene por fin, ante todo, la definición de un significado *unívoco* [...] El punto focal consistía, pues, en la interpretación concreta, lo más literal posible, de la Ley [...] La interpretación de la Biblia parte de un sentido literal e histórico para llegar a la determinación de un sentido unívoco, que empero es de tipo alegórico. Aquí la alegoría se enlaza a la filología, pero el significado alegórico es accesible sólo al creyente, y requiere un esfuerzo que no es puramente intelectual, sino más bien espiritual, es decir pneumático (en cuanto que inherente al alma como *pneuma*): de modo que la filología y la teología se colocan en dos niveles diferentes —y el sentido último, teológico, vale sólo en el marco de un acto de fe”⁸³.

Se establece, entonces, lo que podría considerarse un canon: una forma específica para interpretar los textos. No es fortuito que tal imposición pueda ser referida como una de las causas principales de la estabilidad cristiana. Y esta negación ante otras posibles vías interpretativas no sólo ha implicado la permanencia de la categoría de única sino que ha eliminado la validez de toda otra interpretación. Hablando de textos tan crípticos y tan lejanos del contexto histórico contemporáneo, se vuelve poco plausible tal pretensión. Sin embargo, es ésta la que

cuando se menciona el hecho de las interpretaciones únicas permitidas o surgidas en el seno de la Iglesia, me refiero a ciertas prácticas absolutistas que, en determinados momentos históricos, fueron la moneda de cambio más común con miras a fortalecer a ciertos gremios cerrados. En otras palabras, no quiero decir que, aunque se ha dado en múltiples ocasiones, sea siempre así.

⁸³ FERRARIS, Maurizio. Historia de la hermenéutica. Siglo XXI. Primera edición. México, 2002. p. 19.

ha permitido fundar toda una cultura. Al menos, en una muy buena medida.

Otro ejemplo que puede resultar mucho más claro en razón de la violencia que implica la imposición interpretativa es el caso del Islam. Resulta casi inconcebible en nuestros días que dos postulados hermenéuticos sobre un mismo texto resulten no sólo tan dispares, sino que ocasionen tantos problemas. La guerra de castas persiste y persistirá en la medida en la que, quienes se vuelven autoridad en la lectura del Corán lo hagan clausurando cualquier otra aproximación al texto. Dicha clausura no sólo ha causado divisiones dentro de la religión. También es origen de guerras y matanzas que, sin pretender justificarlas, se validan por el simple hecho de que, desde la perspectiva interna, así debe ser. La gravedad del asunto no sólo estriba en lo que cada intérprete lee sino en que clausura cualquier otra lectura, cualquier amago de diálogo.

El intento continuo de imponer una interpretación única, no es otra cosa que un acto de fascismo⁸⁴ dado que no es una verdadera hermenéutica. No existen los elementos sustanciales⁸⁵

⁸⁴ Los términos “fascismo” e “interpretación fascista” los utilizo, como ya dije en una nota anterior, de un modo un tanto metafórico. Con ellos no me refiero a la existencia de un grupo, un caudillo o a los alcances de la pureza de los integrantes de dicho grupo. Por el contrario, me centro sólo en la actitud autoritaria que dicho régimen utilizó. Como simple posibilidad, acepto que el término bien podría cambiarse por otros como “inquisitorial”, “autoritarismo” o cualquier otro que tenga que ver con la imposición, con negar las interpretaciones individuales.

⁸⁵ Mucho menos en los textos mencionados que, como ya se dijo, son tan crípticos que resulta no sólo posible sino hasta tentador aventurar toda una gama de interpretaciones que, juzgadas por el canon, tendrán que ser desechadas so pena de parecer reaccionarias.

para lograr establecer la validez y veracidad de la una frente a la otra. Aún más, desde la óptica de la interpretación única, no sólo se busca validar lo que se asevera. Además, de ello, se pretende construir la Verdad (también con mayúscula) como una característica inalienable de quien la posee. No existe la menor posibilidad de sobornos, de diálogos que permitan lecturas diversas y, en consecuencia, la lectura se vuelve un acto cerrado que tiene que ver más con la intención del lector por corroborar su acto al equiparlo con el canon. En palabras que revisten mayor gravedad: la lectura de un texto como los mencionados es más un intento por acercarse a la verdad sobre la base de las similitudes que se tengan con lo establecido, que hacerlo con miras a encontrar lo que el texto puede objetivamente ofrecer. De hecho, una lectura de este tipo es una lectura condenada al fracaso en la medida en que no aportará nada nuevo a lo ya dicho.

Volviendo a lo que he llamado fascismo, éste se configura como tal en la medida en que la lectura se impone al lector aunque resulte una imposición tramposa. Lo es, mientras que parte ya no del texto ni del acto de la lectura sino de los referentes culturales e ideológicos que marcaron la pauta a seguir. Sin embargo, los elementos mencionados parten de la idea de lecturas posteriores, no de las interpretaciones primeras. Algún estímulo debieron tener los primeros intérpretes (estímulo sin duda conocido aunque difícilmente abarcaba todas las consecuencias) para establecer a rajatabla su forma de lectura, la validez de la interpretación. En los dos ejemplos citados, no cabe la menor duda de la efectividad de tales imposiciones. El

problema radica en que, de entrada, clausuran la función hermenéutica.

Tal vez esto último no sea de la competencia de aquél que lleva a cabo un proceso de interpretación única. Da igual. De cualquier modo, seguir tales procederes impide, a cabalidad y bajo cualquier circunstancia, hablar de interpretación en sí. Se podrá hablar de apego o desapego, de convergencia o divergencia, de obediencia o desobediencia, incluso de herejía, pero no de interpretación. ¿Qué se puede interpretar cuando ya todo está fijado? ¿O es que, acaso, sólo puede alcanzar el rango de intérprete aquél que establece el canon y todo lector posterior lo único que puede aportar es sumisión? ¿Es la interpretación un asunto de autoridad? Aún no es tiempo de evaluar las respuestas ante estos planteamientos. Se presentan como un mero adelanto que busca deslegitimar a la interpretación única en tanto que modelo fascista que, de entrada, enarbola la bandera de la verdad y, simultáneamente, clausura la idea de la interpretación.

En contraparte de la interpretación única, se pretende esgrimir como válida la interpretación ilimitada. Entendiendo por ésta a aquélla que da cabida a cualquier interpretación, de los alcances que sea, de la amplitud que se prefiera. Aunque no existe, propiamente dicha y establecida como tal, la interpretación ilimitada puede tener sus orígenes en la voluntad de poder de Nietzsche. Ferraris cita a Figl: “El tipo de interpretación [...] depende, en cualquier caso del grado de poder que se opera en ella, ya sea que crezca o decrezca. Se puede, por eso, establecer, como resultado de las premisas ontológicas de la concepción nietzscheana de la interpretación, que la intensidad del poder es un criterio fundamental para la

interpretación, de modo que a cambio del poder que le siga, indispensablemente, un cambio de interpretación”⁸⁶. Es decir, una interpretación ilimitada es aquélla que resulta válida siempre y cuando el poder ejercido por el intérprete sea lo suficientemente persuasivo como para convencer al público al que se le expone. De manera tal, que cualquier libro podría resultar ser cualquier cosa.

Ahondando más en lo planteado por Nietzsche: “Pero, como hemos dicho, esto es interpretación, no texto; y podría venir alguien que con una intención y un arte interpretativo antiéticos supiese sacar de la lectura de esa misma naturaleza, y en relación a los mismos fenómenos, cabalmente el triunfo tiránico, despiadado e inexorable de pretensiones de poder, —un intérprete que os pusiese de tal modo ante los ojos la universalidad e incondicionalidad vigentes en toda <<voluntad de poder>>, que casi toda palabra, hasta la misma palabra <<tiranía>>, acabase pareciendo inutilizable o una metáfora debilitante y suavizadora”⁸⁷. Desarrollado posteriormente por él mismo: “ya que desde antiguo se había creído que en la finalidad demostrable, en la utilidad de una cosa, de una forma, de una institución, se hallaba también la razón de su génesis, y así el ojo estaba hecho para ver, y la mano estaba hecha para agarrar. También se ha imaginado de este modo la pena, como si hubiera sido inventada para castigar. Pero todas las finalidades, todas las utilidades son sólo *indicios* de que una voluntad de poder se

⁸⁶ FERRARIS, Maurizio. Historia de la hermenéutica. Siglo XXI. Primera edición. México, 2002. p. 150.

⁸⁷ NIETZSCHE, Friedrich. Más allá del bien y del mal. Alianza editorial. Madrid, 1992. pp. 44,45.

ha enseñoreado de algo menos poderoso y ha impreso en ello, partiendo de sí misma, el sentido de una función; y la historia entera de una <<cosa>>, de un órgano, de un uso, puede ser así una ininterrumpida cadena indicativa de interpretaciones y reajustes siempre nuevos, cuyas causas no tienen siquiera necesidad de estar relacionadas entre sí, antes bien a veces se suceden y se relevan de un modo meramente casual”⁸⁸. Citas, las anteriores, que sirven para demostrar la existencia de un punto de vista dispuesto a validar cualquier cosa que resulte de una interpretación.

Dentro de esta misma óptica, aunque sin llegar a extremos tan radicales como los ya expuestos, podría considerarse que el pragmatismo también pugna por tales acercamientos. Partiendo de un postulado básico del pragmatismo enunciado por Rorty: “En nuestra opinión [de los pragmatistas], todo lo que uno hace con cualquier cosa es usarla”⁸⁹, se puede entender, sin esforzarse demasiado, que es el uso una forma de comprender a la interpretación. Los valores, por tanto, resultan trastocados en cuanto a las posibilidades que este uso les confiere. Por una parte, la interpretación parece depender por completo del lector y ya no tanto del propio texto. Si uno es capaz de realizar determinadas tareas aun cuando la herramienta no sea la específica para tales labores sino una adaptación (creativa o

⁸⁸ NIETZSCHE, Friedrich. Genealogía de la moral. Alianza editorial. Madrid, 1992. p. 88.

⁸⁹ RORTY, Richard. “El progreso del pragmatista” en ECO, Umberto. Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press. Primera edición. Cambridge, 1995. p. 101.

no⁹⁰) de la misma, entonces se está trascendiendo, en muy buena medida, la intención del texto. Sobre este particular, Rorty continúa: “por qué quiere hacer [Eco] la gran distinción entre el texto y el lector, entre *intentio operis* e *intentio lectoris*”⁹¹. Y es que, desde esta corriente de pensamiento, tal distinción no puede ser válida. El pragmatista lo es porque cree poder utilizar todo, porque cree que al aproximarse al objeto, lo único que hace es estar utilizándolo.

El problema radica en el cómo lo utiliza. Ésta resulta ser la segunda parte de la postura: No existen mayores límites que permitan evaluar el uso que se le está dando a cierto objeto, a cierto texto. El único parámetro válido podría ser el que funcione tal uso y ya no tanto de qué manera podría haberse realizado mejor la misma tarea con otro instrumento. Entonces, surge una duda casi evidente. ¿Qué tanto el intérprete estaba consciente del uso que quería dar a la obra? Ya no es el caso hipotético de realizar una tarea concreta. Si (siguiendo su propio ejemplo) uno utiliza un desarmador para abrir las cintas adhesivas que cierran una caja y lo logra, se podrá decir que el instrumento es bueno,

⁹⁰ Y con no creativa me refiero a los casos en los que la falta de costumbre, la ignorancia o la falta de la herramienta necesaria se presentan sin que esto implique una verdadera aportación. Es posible, incluso, verlo como un accidente. En los casos concretos de las herramientas para realizar trabajos físicos, los ejemplos pueden ser muy variados. En lo que respecta a la hermenéutica, baste pensar en un mal conocimiento del lenguaje por parte del intérprete o en el intento que éste puede tener (aunque de manera inconsciente) por analogar su experiencia con la de los personajes de la obra.

⁹¹ RORTY, Richard. “El progreso del pragmatista” en ECO, Umberto. Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press. Primera edición. Cambridge, 1995. p. 103.

que su uso fue justificado independientemente de que unas tijeras o una navaja habrían resultado mejores para lograr tal fin. En ese sentido, la interpretación es buena, pertinente, válida. Eso no sucede con la lectura de los textos. Es de dudar un estado de conciencia plena del lector. Que sepa qué es lo que quiere encontrar, cómo es que va a utilizar el texto. Claro está que, en determinados casos, el lector busca algo en particular con toda la intención de encontrarlo pese a que pueda no estar allí, pero uno puede forzar la apertura de una caja de objetos totalmente inverosímiles. Es así como puede articularse la sentencia que afirma que el pragmatismo también es una corriente que tiende a lo ilimitado. Para ahondar en las refutaciones que se han hecho a Rorty respecto a sus postulados de pragmatismo interpretativo, un defensor suyo, Gabriel Bello, las compila en la introducción de un libro del propio Rorty: El giro lingüístico⁹².

Aunque mucho menos radical que la voluntad de poder de Nietzsche, el pragmatismo también funciona como ejemplo para señalar las corrientes que pugnan por interpretaciones indeterminadas. Bajo esa óptica, este trabajo bien podría ser un recetario. Aunque eso no atentaría contra mi estado anímico ni minimizaría el mucho o poco valor que tengan estas cuartillas, resulta fantástico ver las cosas desde esta óptica. Más que un estudio del texto, los defensores de la interpretación ilimitada, deberían hacer un estudio del lector que pretende llevar a cabo

⁹² RORTY, Richard. El giro lingüístico. Paidós. Pensamiento contemporáneo 11. Primera edición. Barcelona, 1998.

tales procesos; sustancialmente, porque significa más un ejercicio de la voluntad que un ejercicio de lectura.

Como señalé al inicio de este apartado, incluí en el mismo tanto a la interpretación única como a la ilimitada a pesar de la evidente separación que hay entre ellas porque, en un sentido puramente intencional, convergen en tal modo que parecería que no están en constante pugna. Sucede que ambas posturas son fascistas. La primera, por intentar imponer una interpretación única y clausurar, así, todo intento que vaya más allá de lo establecido. La segunda por una dualidad concerniente a imponer una herramienta para un uso que no fue el previsto y, en un segundo momento, por pretender establecer como válido dicho uso. En otras palabras, el fascismo se basa en la imposición, ya sea por conveniencia, por convención o por un ejercicio desmedido del poder por aquél que lo ostenta, sean o no válidos sus argumentos interpretativos. Entonces, estas dos posturas, las mismas que señalan los dos límites extremos dentro de esta clasificación, se anulan porque, de hecho, clausuran todo el ejercicio de las interpretaciones. Resulta imposible intentarlas ya sea porque se puede ser condenado a no estar dentro del canon y, en consecuencia se deslegitima todo lo que no tenga lugar dentro de éste; ya sea porque, en la medida en que todo y cualquier cosa son no sólo factibles sino plausibles, no puede revestir mayor interés el intentar proponer algo nuevo porque, a fin de cuentas, será correcto.

III.1.2 Finita e Infinita.

Al igual que en el caso de las dos categorías anteriores, los modelos que se presentan a continuación también se trabajan

dentro de un mismo apartado aunque las razones sean diferentes. En este particular, las coincidencias entre ambos modelos son tales que la frontera que les separa es susceptible de desaparición en cualquier momento. Sin embargo, también se les planteará por separado para, posteriormente, encontrar las convergencias existentes entre ambas y, hacia el final, poder evaluar sus fortalezas y debilidades. Éstas, se desarrollarán en los párrafos inmediatamente siguientes.

El primero de los casos es el que se ocupa de las interpretaciones infinitas. Cabe hacer una distinción entre ilimitado e infinito para que no haya confusión posible. El concepto de ilimitado tiene que ver, como ya se mencionó, con que cualquier cosa es válida, sea ésta cual fuere. En el caso de lo infinito, si bien es cierto que ante un número dado de interpretaciones previas puede siempre existir una más, no puede ser cualquiera. Me explico a partir de una analogía numérica. Desde la óptica ilimitada, cualquier número podría ser elegido, ya sea éste entero, racional, real, imaginario o complejo. En cambio, desde el punto de vista de lo infinito, podría elegirse todo número par, por ejemplo. De esta forma, la serie que abarca los resultados válidos nunca termina y, pese a ello, no cualquier número puede tener cabida dentro de dicha serie. Entonces, tanto las posturas que abogan a favor de las interpretaciones infinitas como de las finitas, recaen en el campo de las interpretaciones limitadas.

Así, las interpretaciones infinitas son las que, pese a su indeterminación, se establecen a partir de un parámetro que las valida. No es cosa de optar aleatoriamente por una de tantas, también debe ésta ser posible y plausible, pertinente para los

valores establecidos del texto. Si se acepta que la interpretación única parte de una lectura orientada al autor en tanto que busca los mecanismos para llegar a lo que quiso expresar, y que la interpretación ilimitada es el resultado de una lectura dirigida al lector, partiendo de que es su voluntad la que la volverá válida, entonces es menester cambiar la óptica con la que se da el acercamiento al acto de lectura. Y es la interpretación infinita la primera que establece las herramientas necesarias para incluir al texto dentro de esta orientación de la lectura. A semejanza de la ilimitada, la interpretación infinita parece dar cabida a muchas más interpretaciones de las que un lector o un grupo de lectores puede acceder. La diferencia esencial radica en que ahora hay que tomar en cuenta al texto. Éste es el único parámetro con el que se cuenta para constreñir las interpretaciones a un grupo (indeterminado, es cierto) con características en común⁹³.

Aunque la apariencia puede mostrar grandes diferencias entre las interpretaciones infinitas y las finitas, éstas no son tales. Baste establecer que, en lo que respecta a las interpretaciones finitas, la clave está en que existe un número concreto de interpretaciones posibles. Si bien es cierto que dicho número puede acercarse, en cantidad, a la interpretación única de una forma más exacta que a la infinita, también lo es que la

⁹³ Si bien es cierto que, para la analogía planteada, las características en común son muy claras (todos los números son divisibles entre dos sin dejar residuos), las series podrían establecer relaciones mucho más difíciles de encontrar, de una mayor complejidad y que fueran resultado de complejas operaciones. Tal es el caso de las interpretaciones infinitas. Si se tuviera una fórmula para resolver cualquier serie dada, el trabajo de la interpretación sería, también, un objeto de estudio cerrado.

diferencia tiende más a ser cualitativa que cuantitativa. Reelaborando, las corrientes de interpretación finita sostienen que, por muy grande que éste pueda ser, siempre hay un número limitado de interpretaciones. Quizá tampoco sea posible abarcarlas todas. Sin embargo, en una suerte de mecanismo de combinación y permutación, no se puede ir más lejos que lo que tiene cabida directa dentro de estos parámetros. Ahora bien, si se toma en cuenta que la interpretación única es finita en tanto que es una, bien podrían encontrarse muchos más elementos de semejanza con ésta que con la infinita. Sin embargo no es así. Se ha mencionado que la interpretación única clausura, de hecho, el ejercicio hermenéutico. Por tanto, lo correcto sería catalogarla con un valor de cero. Frente a tal valor, pretender que es finito o no es un ejercicio que corresponde más a matemáticos que, a la larga, podrán demostrar que la lejanía entre el cero y cualquier número real diferente de cero es excesiva teniendo en cuenta los cocientes resultantes de la división del número real entre el cero o viceversa.

Ya que han quedado establecidas las pautas bajo las que se rigen la interpretación finita e infinita, queda llevar a cabo el análisis de sus implicaciones. Lo que ambas tienen a favor, es que establecen modelos o series dentro de las que tendrán cabida las interpretaciones válidas y, en consecuencia, anulan a las que no lo son. Basta con comparar un ejercicio interpretativo determinado con los parámetros que tales corrientes ofrecen para verificarlo o rechazarlo. En ese sentido y en mayor o menor grado, estas corrientes parecen solucionar, en parte, el problema de la pertinencia hermenéutica. Sin embargo, los problemas empiezan a surgir. En una primera instancia, no existen, con

claridad, los pasos a seguir para establecer estas reglas⁹⁴. Y no pueden existir porque, en un segundo momento (que antecede al primero), tales reglas están o deben estar implícitas en el texto. Así, resulta casi imposible validar o refutar una postura en particular si no es a partir de otro proceso interpretativo que, a la larga, se convertirá en un círculo vicioso.

Para salir de tal círculo, las interpretaciones infinitas pueden partir de ideas muy generales. Tales ideas, que pueden ser tan abiertas como el tema de la obra o la materia de la que se ocupa, siguen dejando un cúmulo de posibilidades difíciles de asir. En contraparte, las posturas finitas, no se pueden dar el lujo de ser tan genéricas y, por lo tanto, pueden parecer mucho más precisas. Sin embargo, en tanto que finitas, se puede presumir que todas las posibles interpretaciones ya están dadas y sólo resta corroborar la propia. Es como encontrar un nombre en una lista. Pero es una lista que nadie ha elaborado, que nadie elaborará y que, pese a ello, parece estar contenida dentro del texto.

Como se ha podido observar a lo largo de este apartado, el campo de acción de las interpretaciones finitas e infinitas es un campo mucho más susceptible de estudio que el de las interpretaciones únicas e ilimitadas. De entrada, porque no clausuran el ejercicio hermenéutico. Muy por el contrario, lo fomentan en la medida en que lo pueden verificar. Los problemas

⁹⁴ Algunos teóricos han establecido ciertas reglas de pertinencia. No obstante, tales reglamentos quedan, por fuerza, incompletos cuando se trata de evaluar toda interpretación posible. Además, los fundamentos en los que se basan son, en las más de las ocasiones, demasiado abstractos como para poder aplicarse a lecturas concretas.

son demasiados. En primer lugar, esta verificación sólo puede suponerse porque siguen sin existir los mecanismos concretos para llevarla a cabo. En tanto que no existen fórmulas matemáticas para verificar o rechazar, el planteamiento se queda en el nivel del postulado teórico sin que pueda ser realizado a cabalidad. Aunque muchos han propuesto diversos métodos para articular tal mecanismo, ninguno ha podido ser llevado a la práctica por la obvia razón del tiempo y las lecturas y lectores que se necesitarían para comprobarlo además de que queda en duda el funcionamiento de tales métodos en el campo de la práctica.

Ahora bien, el mayor impedimento al que se enfrentan aquéllos que pretenden ejercer estas dos posturas radica en la decisión que debe ser tomada para la verificación de los postulados y en cómo ejercerlas en un texto concreto. En ambos casos, parece que siempre debe existir alguien que decida las formas o los contenidos. De ser así, se correría el riesgo de entrar en sistemas fascistas cuando éstos ya habían sido superados. Como no es la pretensión de estas dos corrientes hermenéuticas, aún queda mucho por hacer para acercarse a modelos pertinentes. La respuesta puede estar en la relación existente entre la interpretación finita e infinita. Esta relación puede ser mucho más estrecha de lo que parece y, en el grado en el que lo sea, puede convertirse en un factor de gran valor para establecer los parámetros pertinentes de delimitación. A fin de cuentas, ambas están contenidas por un mismo recipiente, por un mismo límite.

Al igual que en el capítulo anterior, para finalizar éste, elaboro un breve resumen de lo que se ha alcanzado. En un primer término, se estableció una nueva clasificación de las interpretaciones basada en el número de interpretaciones posibles para un texto dado. Éstas son: única, finita, infinita e ilimitada, a partir de las posibilidades que alberga cada una de ellas. Posteriormente, se analizaron individualmente dejando sentados los problemas e implicaciones que cada una de ellas conllevaba. Así, tanto en el caso de la interpretación única como en el de la ilimitada, se atisbó cómo éstas no pueden ser, siquiera, formas de interpretación válidas porque, al practicarse, clausuran el acto hermenéutico. En contraparte, las interpretaciones finita e infinita, se acercan más a tal acto en la medida en que buscan establecer los límites de pertinencia y validez de todo acto interpretativo.

De cualquier modo, ya sean las unas o las otras, los problemas quedan manifiestos y, en el sentido de este trabajo, tendrán que desarrollarse como aporías hacia las conclusiones finales del mismo. Sin embargo, lo importante es ver cómo, de las cuatro posturas frente al acto de la lectura, frente al número de interpretaciones existentes para un texto determinado, dos clausuran el ejercicio hermenéutico y dos abren una serie de posibilidades interpretativas dignas de estudio. Ya habrá ocasión de revisar la manera en que estas dos posibilidades que se abren pueden convivir de manera armónica, sin clausurarse ni descalificarse o, llegado el caso, cómo pueden hacer para crear una síntesis a partir de ambas.

IV La postura frente al texto.

A lo largo de este capítulo me ocuparé de la última de las clasificaciones que propongo para las interpretaciones. Si bien es cierto que es la que resulta más ambigua de las tres y que, al parecer, tiene que ver más con el acto de la lectura, con las teorías de la recepción del texto, me aboco a ella precisamente por tales razones. No es fortuito que, frente a la lectura de una obra, distintos lectores adopten distintas posturas. Éstas, desde cierta óptica, trascienden el acto interpretativo porque, en mayor o menor grado, se desprenden de él. Un intérprete o un lector que pretende establecer criterios hermenéuticos, no puede desprenderse del acto que le significa su propia lectura. Antes que nada, cumple con la función de lector. Esta función es la que da pie a lecturas posteriores que pueden conducir a niveles mucho más complejos dentro de la misma lectura. Sin embargo, éstos no tienen por qué existir necesariamente y resulta absurdo pensar en que el origen de toda teoría literaria e, incluso, de toda crítica literaria, interpretación o ejercicio hermenéutico, no parten del mismo acto concreto que implica la lectura. Para Gadamer: “La lectura es un proceso de la pura interioridad. En ella parece llegar a su extremo la liberación respecto a toda ocasión y contingencia que aún afectaba a la declaración pública o a la puesta en escena. La única condición bajo la que se encuentra la literatura es la transmisión lingüística y su cumplimiento en la lectura”⁹⁵.

⁹⁵ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 212.

Es por esta razón fundamental, por el hecho incuestionable de que la literatura precisa de lectura, que creo pertinente y necesario partir de esta misma lectura para establecer los diversos grados de aproximación al texto. Los que tienen que ver con lo que el acto de lectura le significa al lector. Finalmente, este nivel de significación variable para diferentes textos, para diferentes personas y para diferentes momentos de lectura frente a una misma obra, son y han sido la condición de posibilidad para que se desarrolle un ejercicio metódico de la recepción, para que se teorice al respecto y para que se enarboleden y construyan las más variadas corrientes concernientes tanto a la obra como a todos los procesos que ésta dispara. Así, lo que me propongo en este capítulo es conocer las implicaciones que el acto de lectura puede o no tener para los posibles receptores de una obra. A partir de tales implicaciones, intentar establecer una nueva clasificación que, aunque no tan apegada al ejercicio hermenéutico, se le acerca en la medida en que la lectura también puede y debe convertirse en una tarea vivencial.

Del mismo modo que en capítulos anteriores, ya que se establezca una clasificación de las posturas frente a la obra⁹⁶, se analizarán las ventajas y desventajas que se desprenden de ellas. El objetivo final será, pues, intentar establecer los procedimientos para llevar a cabo una mejor lectura o, simplemente, descartar a aquéllas que no resultan ser tan buenas como las otras pese a que, de entrada, considero que

⁹⁶ Y quizá aquí ya no sea tan pertinente hablar de corrientes de lectura sino de posturas frente al texto en tanto que éstas no necesariamente tienen un fundamento teórico ni están enmarcadas dentro de procesos que dependan de la asunción o no dentro de determinados modelos.

todo acto de lectura implica ya un mérito, por deficiente que dicho acto sea. Siguiendo este mismo objetivo, hacia la segunda parte de este trabajo, se intentarán establecer ciertos parámetros para llegar a lo que se designará el lector perfecto, entendido éste sólo a partir de los resultados que arroje el análisis anterior y que, a fin de cuentas, no será sino la suma de las potencias de cada uno de los tipos de lecturas planteados con anterioridad. De momento, me ocuparé tan sólo de la clasificación.

IV.1 Grados de aproximación.

Desde una perspectiva demasiado elemental, la lectura puede ser entendida como el simple acto de decodificación de signos. De hecho, así es como se inicia el proceso de lecto-escritura en la educación básica. Este proceso que tiene más que ver con la traducción, con el llevar al papel la oralidad, con cumplir con el deseo de fijar lo que antes, mientras hablado, inasible y fútil, es la condición primera de posibilidad para la existencia del lenguaje en tanto que escrito. Se puede decir, incluso, que esta fijación conlleva consigo implicaciones bajo las cuales se fundan y destacan las civilizaciones. Del mismo modo que durante el proceso evolutivo de la humanidad y sus culturas, la decodificación de signos es el primer paso a dar para llegar a niveles de lectura más elevados. Es cierto que, en un país como el nuestro y en muchísimos más, la mayor parte de las personas nunca llegan a trascender este nivel, el que les permite discernir entre los diversos caracteres para llegar a las palabras, a las oraciones, a un mensaje que, en ese entendido, tiende a ser meramente informativo, sin mayores pretensiones. Sin embargo,

éste es tan sólo el primer paso y, aunque en muchos de los casos no se logre ni se pretenda ir más lejos, el trabajo que nos ocupa descarta, de entrada, un análisis más profundo de este particular ya que en él, toda posibilidad interpretativa tiene más que ver con fallas directas de la percepción o del mismo mensaje que con procesos más elaborados.

En contraparte, las lecturas alcanzan grados tan complejos que acarrear consigo cuestiones como la ficcionalización del lector; momentos tales en los que resulta imprescindible la participación activa de la persona dentro de la obra. Se mencionan éstos, por no hablar (al menos no por ahora, ya que se hará más adelante) de instancias en las que texto y lector buscan formar una unidad independiente y completa que sólo puede resultar de un ejercicio de mimesis y de compenetración entre las que, con anterioridad, eran entidades diferentes y separadas. De la misma forma en que se podrá ver al texto como a un rival que luce contra el lector con miras a defender un espacio que ambos creen les pertenece y deben defender a mansalva.

Es por las razones antes mencionadas que los grados de aproximación al texto partirán de la idea de un lector que ya ha trascendido el nivel de decodificación de signos, de caracteres, de esa arbitrariedad que está avalada por el consenso. No se hace pretendiendo negar este primer paso que es necesario para todo acto de lectura. Por el contrario, la exclusión se lleva a cabo partiendo de que un lector, entendido como tal en toda la extensión de la palabra, es alguien que ya no se ocupa de los mensajes creados para la decodificación, mensajes meramente

informativos⁹⁷ e, incluso, ya no comenta los errores típicos de este primer nivel de lectura. En otras palabras, para los apartados subsiguientes, se necesitan lectores que busquen algo más allá que la simple concatenación de caracteres, que pretendan mucho más. A fin de cuentas, “El concepto de la literatura no deja de estar referido a su receptor”⁹⁸.

Se pretende, pues, hacer un recorrido a través de diversos tipos de lectores con miras a establecer ciertos niveles de lectura para, posteriormente, ver la postura que éstos desarrollan frente al texto. De hecho, las tres posturas que se plantearán a continuación, tienen que ver con un ejercicio de la voluntad aunada a la capacidad. Son, resultantes de la intencionalidad del lector frente al acto de su propia lectura aunque obedecen, también, a los niveles de lectura que pueden o no alcanzar. Posteriormente, se plantearán cuatro posturas que tienen más que ver con la permisividad que con la intencionalidad.

⁹⁷ Evidentemente, parto de la idea de que la narrativa es mucho más que un texto meramente informativo. Más cuando se le considera, como se ha hecho a lo largo de este trabajo, dentro de la literatura. Si bien es cierto que, al final del día, toda obra literaria, todo texto narrativo, arroja información que puede, o no, ser de utilidad para el lector, insisto en que se debe trascender este plano para poder llegar a los niveles en los que se interpreta. Si se recuerda el primer capítulo de esta tesis, la interpretación se activaba a partir del sentido. El nivel de los signos y los subsiguientes se descartaban para tal fin: el sentido es ya la interpretación.

⁹⁸ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 213.

IV.1.1 El lector empírico.

Como se acaba de mencionar, tanto este tipo de lector como los dos siguientes, obedecen a una mezcla entre la intencionalidad y la capacidad de la persona. En este primer nivel, el del lector empírico, se puede aseverar que la capacidad lectora es la mínima necesaria para trascender el nivel de la decodificación de signos, de traducción de los mismos y la intencionalidad puede incluso no serlo. Ya rebasada la barrera impuesta por la obra narrativa como exigencia latente que busca su mayor comprensión, el lector empírico se planta frente a un texto con miras a una lectura simple. No pretende ir más lejos: no sabe qué es lo que puede encontrar más allá, no sabe que existe un más allá al que se puede llegar.

El lector empírico es aquél que, con la experiencia o sin ella, no cuenta con las herramientas para descomponer un texto en su partes, para encontrar los elementos que la posibilitan ni para encontrar las relaciones existentes entre estos elementos. En otras palabras, se podría decir que es el lector hedonista u obligado. El que lee porque cree que así debe ser, por alguna imposición sobre su conciencia o por el simple hecho de que gusta de hacerlo⁹⁹. En este sentido, nunca podrá ir más allá de lo que las palabras le dicen en un primer momento pero tampoco lo pretende. Y es esta pretensión la que lo define. El lector

⁹⁹ Resulta evidente que, a la hora de juzgarlos, siempre será más plausible la lectura de aquél que parte de motivaciones hedonistas que del que es impulsado por la obligación. No se les diferencia en esta categoría en ese entendido porque ambos leen desde una óptica similar, en lo que tiene que ver con su capacidad de lectura y la calidad de la misma.

empírico es el que lee porque así lo desea y, dentro de esa tónica, es el lector base para llegar a otros niveles de lectura. En otras palabras, todo lector es, en primera instancia, un lector empírico en tanto que su primer acercamiento al mundo de la lectura se hace como un ejercicio simple de la voluntad. No se requieren pretextos ni teorías, la lectura es un mundo al que hay que acceder sean cuales fueren las razones y, por eso, no vale cuestionarse a las mismas.

Así, el lector empírico es un lector que se basa en su gusto. El “me gusta” o “no me gusta” es un argumento suficiente para validar o rechazar determinado texto y, en ese sentido, su postura es por demás válida en tanto que obedece más al hedonismo que a prejuicios o parámetros. Es, entonces, el lector más inocente, aquél al que se le puede sorprender y conmover de forma más fácil pero, también de forma más precisa. Comentándolo con algunas personas¹⁰⁰, varias señalan cierta añoranza por sus lecturas primeras, aquéllas que les permitían, por la vía de la inocencia y candidez de la que eran presas alcanzar niveles de sorpresa únicos. La añoranza se debe a que nunca podrán volver a leer del mismo modo, con la misma pasión por la historia en sí. Y es que dentro de este nivel, el plano de la historia es el que se manifiesta como el más importante en tanto que el desconocimiento las formas, de los mecanismos de elaboración del texto, no permite llegar a niveles superiores. Además, la serie de comentarios antes citada, se cumple a partir de la idea de que, una vez trascendido este nivel, resulta

¹⁰⁰ Entre ellas escritores, editores y estudiosos de la literatura que no nombro ni cito dada la informalidad de las pláticas.

imposible regresar, adaptarse de nuevo a este tipo de lectura; es como volver a silabear cuando se lee en voz alta. Puede intentarse pero uno acaba por hartándose.

En lo que a la interpretación respecta, el lector empírico normalmente adopta una postura parcialmente inmanentista y un tanto fascista. Lo primero tiene que ver con que difícilmente llevarán a cabo un estudio del contexto de la obra porque ésta les basta por sí misma aunque la elección de la misma obedezca a factores que tienen que ver más con lo trascendente. Excluyendo las recomendaciones y los libros a los que tiene acceso directo, se deja llevar por la intuición o por los nombres de los autores; es susceptible a la influencia de la mercadotecnia y a la fama de los libros volviéndolo potencial comprador de *best sellers*. En lo que respecta a su fascismo interpretativo, éste tiene que ver a que no lleva a cabo mayor elaboración que el saber de qué trata un texto. Tras la lectura, tras establecer si le gustó o no el libro sin importar las razones¹⁰¹, expresará su

¹⁰¹ Este planteamiento se puede refutar partiendo de la idea de que existen lectores empíricos que sí establecen las razones por las cuales un libro determinado les gustó o no. Es menester decir que, en la mayoría de los casos, estas razones poco tienen que ver con el conocimiento de los elementos que conforman a la obra narrativa y se aproximan más al tema y a la historia. Ahora bien, en el caso de que tales elementos sí tengan que ver con elementos más formales, éstos se le manifiestan al lector empírico a partir de la facilidad o dificultad que le implicó la lectura y, en este mismo sentido, creo pertinente sostener que, dentro de este nivel de lectura al igual que dentro de los otros, existen subniveles. De otra forma, sería iluso pensar que el salto de un nivel a otro se da sin mediaciones. Por el contrario, el avance se da primeramente dentro del nivel en el que se está para luego avanzar o, incluso sin que este paso se concrete, el avance dentro de un nivel de lectura puede tener tantos matices como lectores hay.

opinión en lo que concierne al tema del libro, a la historia, a lo que trata el mismo, a su posible identificación con los personajes y no irá más allá.

Pese a todas las deficiencias que puede tener este tipo de lectura, conlleva valores muy importantes. Por una parte, el lector empírico es un lector que no está sujeto a los estigmas y prejuicios que la teoría conlleva. Puede gustar de un libro por muy malo que éste sea y rechazar a un clásico, por dar un ejemplo, dada su complejidad implícita o porque le resulte aburrido o difícil de entender. Así, la calidad no necesariamente va de la mano con sus pretensiones. En segundo lugar, los grados de sorpresa que puede alcanzar este lector difícilmente pueden ser alcanzados por un lector más avezado, al menos en lo que respecta a la trama. Y es esta trama o historia la que establece el tercer valor. Quizá la intención primera de la literatura en general, de la narrativa en particular, sea el contar algo. De ser así, qué mejor que un lector se pueda conmover con ese algo independientemente de la forma en que ese algo esté escrito. Es cierto que el lector empírico nunca podrá acceder a las sutilezas de la forma, del estilo, pero también lo es que no lo pretende. La lectura, a fin de cuentas, es un mero entretenimiento.

Haciendo un símil con las categorías de “juego” y “jugador” que maneja Gadamer, “el juego sólo cumple el objetivo que le es propio cuando el jugador se abandona del todo al juego. Lo que hace que el juego sea enteramente juego no es una referencia a la seriedad que remita al protagonista más allá de él, sino únicamente la seriedad del juego mismo. El que no se toma en serio el juego es un aguafiestas. El modo de ser del juego no

permite que el jugador se comporte respecto a él como respecto a un objeto. El jugador sabe muy bien lo que es el juego, y que lo que hace <<no es más que juego>>; lo que no sabe es que lo <<sabe>>”¹⁰². Lo mismo sucede con el lector empírico. Cuando no le gusta lo que está leyendo por la causa que sea, se vuelve un aguafiestas, se convierte en un jugador obligado por las circunstancias. Dejará de jugar con la intensidad que se requiere, intentará abandonar el juego y lo echará a perder. En contraparte, si el lector logra abandonarse al texto, entonces será parte esencial del mismo. Conseguirá activarse como tal aun cuando no se dé cuenta de ello.

IV.1.2 El lector analítico y el lector crítico.

En este apartado se verá a los otros dos tipos de lectores que completan a la tríada. Se trabajan al unísono porque entre ellos se genera una relación de copresencia. El uno no puede existir sin el otro y es consecuencia de éste. Por esa razón y porque no se le puede dar al uno una calificación que implique mayor avance o mayor profundidad en la lectura que al otro, se incluyen a los dos en el mismo apartado. Hacerlo de la otra forma, conllevaría, al menos por una cuestión de secuencialidad, ponderar más las capacidades del uno frente al otro.

Se plantea, primeramente, al lector analítico. Como ya se dijo, no porque su importancia sea menor¹⁰³ a la del lector crítico

¹⁰² GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 144.

¹⁰³ De hecho, esta clasificación de los lectores no obedece a razones de importancia. Cualquiera de los tipos de lectura planteados son válidos mientras satisfagan las expectativas de la persona. Es una cuestión que tiene más que ver

sino porque es anterior a éste en tanto que origen del mismo. Entonces, el lector analítico es aquél que, habiendo trascendido la lectura empírica, busca no sólo entender las razones por las cuales le gusta o no un texto, sino que además pretende, a partir de los elementos existentes dentro de la obra, establecer su calidad. En un primer momento, como su nombre lo dice, busca descomponer al texto en unidades más o menos significativas que es lo que todo análisis conlleva. Tras esta disección del texto, se puede optar por varias alternativas. Las unas tienen que ver con un observar la composición de tales elementos con miras a llegar a las causas primeras de éstos, a saber cómo es que funcionan y por qué, para posteriormente catalogarlos haciéndolos caber en parámetros que dependen, en forma directa, de la corriente teórica a la que este tipo de lector se halle adscrito. Las otras, tratan de establecer la calidad entre las relaciones de dichos elementos para poder identificar los mecanismos que posibilitan la interacción entre ellos.

Quizá uno de los ejemplos más significativos de este tipo de lectura es el que propone Gilles Deleuze en “Kafka. Towards a minor literature”¹⁰⁴ en donde pondera los valores que tiene el poder relacionar elementos que no tienen nada en común a partir de adaptaciones. Ejemplificando lo anterior, sería como construir un automóvil contando con piezas sueltas de los más disímiles modelos y marcas. Este ejercicio es peligroso en su propio

con la voluntad que con la calidad a partir de las cuales se realizan las lecturas. Es el resultado de un proceso que trae consigo ventajas pero también acarrea sus propios problemas.

¹⁰⁴ DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. Kafka. Por una literatura menor. Era. México, 2001.

planteamiento ya que, de no poder echar a andar el coche, se corre el riesgo de haber desperdiciado todas las piezas. Por el contrario, el que funcione sólo puede ser muestra de genialidad, de un gran conocimiento de mecánica dentro del ejemplo o de la mecánica de la literatura, activando la analogía. De esta manera, el lector analítico tiene la obligación de establecer no sólo el funcionamiento de la obra sino las razones por las cuales tal obra pudo funcionar. Y es en este aspecto, que el análisis alcanza sus niveles más altos, al menos en lo que la teoría literaria implica porque, por una parte, exige un profundo conocimiento de la literatura que sólo puede ser producto de un sistema de lecturas en las que se va adquiriendo la malicia lectora; y, por la otra, exige una gran capacidad de abstracción y de lucidez para poder llevarse a cabo.¹⁰⁵

Es la malicia mencionada la que anula la posibilidad de que un lector alterne entre lo empírico y lo analítico. Es difícil creer que una persona cándida de un día a otro se vuelva maliciosa, esto sólo puede ser resultado de un proceso. Proceso que, a su vez, implica tiempo y determinación. Sin embargo, revertir tal proceso resulta imposible. La malicia no se puede perder y, por lo tanto, el lector analítico está condenado a nunca más asistir a una obra con la inocencia de antaño, de la que tuvo que haber partido por fuerza y a la que ya no podrá volver (perder la malicia en aras de un disfrute primario es, en sí mismo, un acto

¹⁰⁵ Resulta evidente el hecho de que este tipo de lector no se forma en un día. Es menester una acumulación de experiencia. Más aún, esta acumulación no sólo debe tener relación con la cantidad de lecturas sino con el plano cualitativo. Es por eso que el lector analítico parte de un ejercicio de la voluntad pero se continúa y se consolida sólo a través de su capacidad.

mucho más malicioso). Quizá ésa sea la mayor condena a la que se enfrenta este tipo de lector. Será mucho más difícil sorprenderlo y, desde cierta óptica, conmoverlo¹⁰⁶. Sin embargo, es un precio que se tiene que pagar para descubrir un mundo que también tiene sus sorpresas y sus ventajas. Sólo así, desde este pedestal, se puede intentar abarcar a la obra completa¹⁰⁷ y dejarse seducir por elementos que, desde otra forma más primitiva, resultan inaccesibles.

Como una extensión del lector analítico, como un apéndice que no necesariamente lo hace mejor a éste, existe el lector crítico. Una vez llevados a cabo los procesos de análisis, el lector crítico busca las formas para establecer la calidad del texto, sea de manera positiva o negativa¹⁰⁸. No se conforma solamente con establecer los elementos de la obra, las relaciones entre ellos sino que, además, precisa conocer la calidad de los unos y las otras. Es un ejercicio ingrato porque, de entrada, anula cualquier gusto personal en pos de discernir a favor de la calidad. Los ejemplos se pueden volver extremos. Tal es el caso de Harold Bloom que con su “El canon occidental”

¹⁰⁶ La óptica a la que me refiero cuando hablo de conmoverlo es una ponderación que considero legítima. Porque la capacidad de conmoción tiene más que ver con la sensibilidad que con el tipo de lectura. Sin embargo, considero que, a iguales sensibilidades, el lector empírico está mucho más propenso a ser conmovido que el lector analítico porque el primero se deja llevar por los sentimientos mientras que el segundo por la razón.

¹⁰⁷ Resalto el “intentar” en el sentido en que parece imposible poder abarcar una obra en su totalidad. Para ello, habría que ser la obra misma si me dejo llevar por las teorías más radicales que sostienen que una obra se lee y se escribe a sí misma.

¹⁰⁸ Para no dejarnos llevar por el prejuicio que implica la palabra crítico.

borra, de un plumazo, un cúmulo de obras que bien podrían tener un valor sobre otras que menciona. No pretendo hacer una crítica metodológica a Bloom. Sin embargo, considero que tal canon está hecho a partir de arbitrariedades. La primera de ellas, sus propias lecturas. Es imposible que juzgue algo que no ha leído y como no puede haber leído todo, su lista está condenada a estar incompleta. Por otra parte, el tipo de lector que puede ser mayormente influenciado por un canon como éste o por una serie de artículos en el periódico que ponderen las virtudes de un texto, es el lector empírico que, de no ser que sea una persona culta y con un avezamiento impropio de este tipo de lector, encontrará tales recomendaciones demasiado duras y complicadas.

Dentro de esa misma tónica, el lector crítico está condenado a la comparación. Ésta es el instrumento que legitima su labor. No sólo implica sobreponer a una obra sobre otra sino que, también, implica calificarla con parámetros que, objetivos o no, siempre resultarán incompletos. Para ejemplificar, me voy a dos extremos. Partiendo de la idea del gusto, ¿por qué no tendrían que ser los *best sellers* los mejores libros existentes? Son los que mayor aceptación tienen y que más agradan a los lectores. Al menos en lo que a la estadística respecta, generan mejores resultados que otro tipo de libros. Basándome, ahora, en la historicidad, cabe preguntarse qué tanto los clásicos saldrían bien librados de un taller de narrativa contemporáneo. Los valores han cambiado, hay formas, narradores y estructuras que ya no pueden usarse con la impunidad de otrora. Serán unos cuantos los que pasen la prueba y no por ello se pueden descalificar a todos los demás. Son éstos los argumentos que

hacen de la labor calificadora de un lector crítico una tarea ingrata. Por una parte, resulta imposible leer todo de manera tal que se le pueda catalogar dentro de una lista. Por la otra, es imposible separarse de las preferencias individuales de cada persona, tengan éstas que ver con el tema, con la historia, con la forma o con cualquier otro elemento. Si un personaje resulta entrañable, da igual que los otros elementos no funcionen. Para un lector crítico, esta obra estaría condenada al fracaso, a reprobar su examen de calidad literaria, por mucha delectación morbosa que esto le cause al crítico.

Para completar la definición de estos dos tipos de lectores, sobra decir que, en un sentido estricto, pueden desplazarse a placer dentro de las clasificaciones precedentes de las corrientes hermenéuticas. Sobre todo el lector analítico. Pero si se toma en cuenta que el lector crítico, ocupado como está en evaluar una obra literaria, poco se ocupa del ejercicio hermenéutico aunque bien puede ubicarse dentro del campo de estudio de la teoría de las interpretaciones.

Como se ha visto a lo largo de la primera parte de este capítulo, el que existan varios tipos de lectores no obliga a que uno de ellos sea mejor que los otros. Es, simplemente, una cuestión de funciones desempeñadas durante el acto de la lectura. Todas son válidas y, lo más importante, todas están incompletas. Lo ideal sería que se pudieran sumar las potencias y virtudes de todas ellas en un solo lector. Sin embargo, esto resulta imposible porque, en su origen, las características de los unos anulan las de los otros y, en su evolución, las trascienden para bien o para mal. Hay ocasiones en que uno como lector busca conmoverse

como antes y no lo logra porque resulta imposible deshacerse de toda una carga de argumentos y herramientas que pugnan por entrar de una forma diferente a la lectura merced que sería un desperdicio para con el conocimiento adquirido y la carga de herramientas acarreadas a lo largo del tránsito a través de las lecturas.

No es propósito de esta tesis en general ni de los apartados anteriores en particular, llevar a cabo un estudio de los actos de recepción. Se han mencionado estas categorías porque resultan indispensables para el desarrollo ulterior de la clasificación por venir, la que tiene que ver con la forma en que se da la aproximación al texto. Entones, sirvan estos tres tipos de lectores como un preámbulo para desarrollar las categorías siguientes con la esperanza de que funcionen como los instrumentos que permitirán su existencia y como su condición de posibilidad. A fin de cuentas, desde una óptica profundamente inmanentista, “El sujeto del juego no son los jugadores, sino que a través de ellos el juego simplemente accede a su manifestación”¹⁰⁹.

IV.2 El choque de dos mundos.

A lo largo de la segunda parte de este capítulo, se llevará a cabo la clasificación concerniente a las diferentes formas de aproximarse al texto. Más que intencionalidad, permisividad, o capacidades lectoras, esta clasificación tiene que ver con los grados de compromiso frente a la lectura. Lo que el texto ofrece

¹⁰⁹ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 145.

al lector y lo que el lector ofrece al texto. Es evidente hasta cierto punto que esta clasificación puede parecer que tiene poco que ver con la interpretación misma. Sin embargo, la hermenéutica también entra dentro del campo de acción de la filosofía. Sobre todo en lo que tiene que ver con la epistemología y la ontología. Aunque no se pretende, bajo ninguna circunstancia, hacer un estudio profundo sobre estos dos particulares dado que pertenecen a una disciplina diferente de la que nos ocupa, creo necesario establecer ciertos parámetros para poder abarcar las tres taxonomías propuestas desde el inicio de esta tesis y así alcanzar los objetivos que ella misma pretende. De otro modo, quedaría incompleta.

Lo que pretende esta última clasificación es, entonces, establecer las pautas bajo las cuales un lector adopta una u otra postura frente al texto. A fin de cuentas, es partiendo de la postura del lector como se puede activar toda la gama de posibles interpretaciones independientemente de la manera en que se configuren éstas a partir de las corrientes que las albergan. Asimismo, y pese de que el ejercicio por venir tenga que ver mucho con el campo de la episteme y de lo ontológico, son éstas las disciplinas que plantean en el carácter etiológico de la hermenéutica, las condiciones a partir de las cuales una persona se enfrenta al texto. En otras palabras, la búsqueda de la verdad, de una verdad del ser, son causas fundamentales para ejercer el oficio de la lectura. Son las aportaciones resultantes de tal ejercicio las que configuran los valores de verdad y de existencia del ser del ser lector y, en un último momento, son la clave esencial para construir a la persona como tal. La importancia del tipo de aproximación al texto es, pues, un acto

que va más allá de la voluntad. Tiene mucho más que ver con lo que el texto es capaz de aportarle al lector y, sobre todo, lo que el lector es capaz de aportarle al texto. De manera tal que ambos se lleguen a fundir en una entidad coexistente, al menos, durante la lectura misma, en el transcurso de ésta que, a la larga, significa un mundo aparte para todo aquél que decida aventurarse en ella. Para Gadamer, “Nuestra tesis es, pues, que el ser del arte no puede determinarse como objeto de una conciencia estética, porque a la inversa del comportamiento estético es más que lo que él sabe de sí mismo. Es parte del *proceso óntico de la representación*, y pertenece esencialmente al juego como tal”¹¹⁰.

Al igual que con las clasificaciones anteriores, la metodología a seguir para establecer esta tercera, se basa en la idea de definir sus partes para luego analizarlos a la luz de sus características. A diferencia de las dos anteriores, difícilmente se clausurarán tales componentes o se les condenará al repudio en la medida en que éstos ya no parten de ideas o instrucciones precisas en lo que respecta a su aplicación sino que, por el contrario, son el resultado de una apertura o cerrazón que dependen de las relaciones que puedan establecerse entre la obra y el lector, del compromiso que medie entre ambos.

IV.2.1 El texto visto desde afuera.

Quizá sea la definición de sus componentes la forma más simple de aproximarse a un texto, la más cómoda y la más común.

¹¹⁰ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 161.

Sobre todo, porque no implica compromiso alguno frente a la obra ni frente al acto de su lectura. Es el resultado de un claro ejercicio de enfrentamiento ante a lo otro. No se logra dar, en momento alguno, una identificación directa que permita establecer una relación de copresencia entre el texto y el lector. De hecho, toda identificación se da en la medida en que ambas entidades no sólo se encuentran separadas sino que se saben distintas. El compromiso generado depende más de factores como el gusto o el análisis que la aceptación del texto como parte integral de la persona, al menos, durante su lectura. Así, el desapego existente dentro de esta categoría no exige, en lo absoluto, una relación que vuelva entrañable al libro. Si bien puede resultarlo a partir de lo que está escrito, la relación que se da durante el proceso de la lectura de la obra, se basa en una condición de superioridad de la persona frente al texto. Sólo así puede entenderse que esta compenetración no se logre.

Lo anterior no implica, que la lectura no genere un goce, un disfrute. Incluso, éstos pueden llegar a ser tan intensos como lo serían en otras categorías. La diferencia es que no hay un involucramiento. La barrera que separa las entidades es imposible de franquear. No se puede dar siquiera la identificación mimética que exige toda lectura. Iluso es suponer que el lector se emocione con el destino de los personajes, que aprenda a imitarlos o se preocupe cuando corren peligro en alguna aventura porque, en cualquier momento en que lo desee, puede levantar los ojos, suspender la lectura y caer en la cuenta de que no es más que un libro, que las consecuencias de las acciones dentro del mundo diegético no pueden ir más allá.

En cierta medida, clausura el pacto de verosimilitud, la atestación. No porque no pueda creer todo lo que sucede dentro de la novela, en el cuento. Más bien porque se niega a darse la oportunidad de pertenecer a ellos, de entrar a la diégesis por la puerta grande. De nada sirve entonces que la atestación se logre, que el hilo conductor lleve una secuencia perfecta e infalible si en cualquier momento el lector puede cortar ese hilo para anudarlo una vez que quiera regresar a la diégesis. La distancia que se establece depende, en gran medida, de la postura del lector aunque algo de culpa ha de tener el texto. Si no pudo cautivar, es impensable que alguien entre ahí. Sin embargo, la carga es más de la persona. Los fines que se persiguen, en la mayoría de los casos, son los que permean o no la entrada. De hecho, de una manera facilista, se puede aseverar que un lector empírico es mucho más propenso a entrar al texto en tanto se deja atrapar por la historia, por el dibujo de los personajes. Son muchos los niños que, tras salir del cine¹¹¹, imitan a los héroes o desean llegar a ser como ellos.

Desde la óptica de los lectores analíticos y críticos, es mucho más difícil que logren entrar a la trama, de llegar a estos niveles de compromiso. Es una de las grandes pérdidas que acarrea este tipo de lectura. Sin embargo, llegado el caso, el ánimo y el libro, un lector analítico (por sobre el crítico en razón de sus intenciones) puede llegar a permitirse un tipo de lectura

¹¹¹ Sé que el cine no es propiamente literario aunque es mayormente narrativo. Me permito el ejemplo dada su sencillez y porque quizá no haya mejor persona para apropiarse del modelo del lector empírico que un niño, dada su inocencia y candidez, al menos, en lo que tiene que ver con la lectura de una obra. Su edad no le permite mayores niveles.

mucho más comprometida en este sentido. De ser así, dará como resultado un lector mucho más valioso porque ha sabido conciliar dos posturas antitéticas frente a una obra determinada. Ahora bien, este rehusarse a entrar al texto, arroja una mayor objetividad a la lectura del mismo porque puede ser visto desde afuera. Es una objetividad útil aunque no necesaria porque nunca será plena; también podría ser necesaria y no suficiente. Sin embargo, es una postura que abre las puertas para estudios más elaborados en cuanto a la composición de las obras. Razones de más para sostener que es en este tipo de posturas donde hallan su campo de acción la mayoría de los lectores analíticos y críticos. Sin embargo, en tanto que la primera es una función y la segunda es una forma de aproximarse, se puede dar el caso de trascender esta etapa con independencia del tipo de lector que se sea. Basta con dejar que la sinceridad se imponga a la voluntad para poder alcanzar nuevos niveles. Claro está que, para lograrlo, no se debe partir de una idea de obligatoriedad sino de hedonismo. Lograr presenciar una obra determinada por el simple hecho de hacerlo en ocasiones resulta mucho más valedero que hacerlo anteponiendo una actitud que, de entrada, levante el muro entre las dos entidades.

IV.2.2 La entrada al texto.

“Toda lectura debe ser una re-creación de la obra¹¹². El lector ha de asumirla como si la estuviera gestando por primera vez; ha de

¹¹² Aunque esta aseveración suele aplicarse a las artes interpretativas, es extensiva a la lectura porque el lector, al participar de ella, se vuelve un intérprete de la misma. Puede ser una lectura de participación o incluso de identificación.

tomar sus elementos integrantes —términos, frases, escenas...— en su albor, en su interno dinamismo y poder expresivo. Ello es posible si se tiene un conocimiento preciso de lo que significan los acontecimientos y fenómenos humanos básicos”¹¹³. Es una respuesta a la actitud frente al texto que arroja como consecuencia una barrera interponiéndose entre la obra y el lector, la entrada al texto acarrea más que una actitud, una predisposición al aceptar que la obra forma parte del mundo de la persona. Este mundo ya no puede estar delimitado por una realidad entendida como dura¹¹⁴. Por el contrario, para construirla, es menester permitirse un acercamiento a tantas realidades como sea posible. En ese sentido, aunque los grados de aproximación se articulen más o menos, se da un proceso de aceptación y adaptación de la diégesis dentro de la carga epistémica de la realidad. El ser¹¹⁵ se construye a partir de las dos y, en consecuencia, el texto deja su carácter de objeto

¹¹³ LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso. “Lectura de textos”. En ORTIZ-OSÉS, A., y LANCEROS, P. (directores) Diccionario de Hermenéutica. Universidad de Deusto. Bilbao, 1998. p. 431.

¹¹⁴ No pretendo, ni mucho menos, llevar a cabo una discusión acerca de lo que es la realidad. Manejo el término de dura, aplicándolo a aquella realidad que se conforma y se confirma mediante el consenso. Aquélla de la que se pueden sostener la mayoría de los referentes que activa la colectividad y que no se cuestiona en el transcurso de la vida cotidiana. Es el campo de lo trivial, de lo que sucede a cada momento.

¹¹⁵ En el mismo sentido de la nota anterior, tampoco busco alcanzar definiciones acerca de lo que es el ser. Prefiero asumirme al valor entendido comunitario, sumarme a él. Posteriormente, en la segunda parte de este trabajo, será necesario trabajar con estas categorías para elaborar una propuesta concreta. Mientras tanto, me conformo, incluso, con una definición de diccionario. Me apego, entonces, más a la lengua que a la filosofía.

pasivo para transmutarse en un sujeto con el que se puede entablar un diálogo. Tanto que “La estructura ordenada del juego permite al jugador abandonarse a él y le libra del deber de la iniciativa, que es lo que constituye el verdadero esfuerzo de la existencia”¹¹⁶. Ésos son los alcances de esta postura. Tal apertura implica, entre otras cosas, un crecimiento en el campo del conocimiento y de la propia ontología. Sólo mediante el diálogo es posible articular tal crecimiento y, a partir de éste, posibilitar el desarrollo del ser.

En un segundo momento, la apertura conlleva varias cargas. Por un lado, es necesario estar dispuesto a la transformación. De poco serviría propiciar un diálogo si no se está dispuesto a ceder en lo absoluto. La confrontación o la identificación obvia que se da durante el acto de lectura, es una pugna en la que el mejor resultado posible es que las dos partes triunfen. Además, desde una postura beligerante que luchara por ganar como el único fin válido, el texto tiene poco que perder en tanto que inmodificable en su constitución más elemental, la de las palabras concatenadas. Asimismo, los riesgos que se corren parecen demasiados. Ningún elemento puede asegurar que la aportación que la lectura pueda dar a la persona será, obligatoriamente, positiva. Podría darse el caso contrario. Sin embargo, como diálogo, el lector puede ser capaz de discernir lo que le conviene de lo que no. De manera tal que el crecimiento esté garantizado no sólo en cuanto la adquisición de conocimientos sino en el ejercicio de la capacidad dialogal.

¹¹⁶ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 148.

El último de los argumentos que esgrimiré para demostrar la importancia de la entrada al texto, de la apertura al mundo del texto, a la diégesis, tiene que ver con que, visto desde cualquier óptica, un texto representa, en una primera instancia, una postura frente al mundo. Postura que, acorde o no con la manera de pensar de la persona, aporta elementos ya sea para la manufactura de un carácter más amplio como para entender¹¹⁷, al menos, formas de pensar diversas. El objetivo final de tal ejercicio, es poder trasladar el aprendizaje suscitado por el diálogo con el texto al mundo de afuera, el que no pertenece a la diégesis y que navega dentro de lo que, de nuevo, se denomina la realidad dura. No es entonces que tal entrada al espacio diegético tenga que ver con hacer mejor a una persona, no es un ejercicio ético. Es, mejor, la posibilidad de hacer más a la persona, en tanto que ejercicio ontológico de la sensibilidad humana.

Bajo este entendido, marco dos diferentes formas de influencia del texto en el lector. Sin que éstas sean necesariamente excluyentes, las separo porque parten de procesos en apariencia contrarios. Aunque bien se puede dar el caso de que ambas coexistan entre una obra y una persona

¹¹⁷ Considero pertinente establecer la diferencia existente entre entender y estar de acuerdo. Sobre todo, porque en un diálogo determinado, en una discusión, uno debe pretender, primero, entender al otro para después poder sumarse o alejarse de su causa. Tal acuerdo sólo puede ser llevado a cabo a partir del entendimiento del otro porque, de lo contrario, sería más un prejuicio sin fundamento que una adopción razonada. Así, entender implica elaborar el mismo proceso mental que el otro para acercarse a las motivaciones que lo llevan a actuar o a pensar de tal o cual manera, mientras que estar de acuerdo, conlleva, por fuerza, la aceptación de tales motivaciones y sus consecuencias.

dadas. Estas dos formas tienen que ver con la dirección en la que se establece la apertura y, como ya es costumbre, en las implicaciones que tales modos de lectura significan, en las consecuencias que acarrearán y en sus virtudes y defectos. Todo esto, con miras a seguir estableciendo categorías que, a la larga, sirvan como las herramientas necesarias para la propuesta a desarrollar en la segunda parte de este trabajo.

IV.2.2.1 El texto como parte del mundo.

La primera de las formas para entablar un diálogo con el texto, es hacer que éste forme parte del mundo del lector. Alguna vez escuché que una obra literaria buena, es aquella que le cambia la vida a uno. Me parece una postura de lo más acertada aunque, habremos de reconocerlo, esto pueda significar una lectura por completo empírica, sin matices ni pretensiones, alejada por completo de cualquier ejercicio hermenéutico y sin que requiera el menor conocimiento de la literatura. Al fin y al cabo, bien podría ser de otro modo. Ahora bien, para que esto pueda suceder, para que el aprendizaje que arroja la lectura se pueda aplicar al mundo, a la vida, no es necesario que las circunstancias de la novela o el cuento se recreen fuera de su espacio diegético. En lo absoluto. Lo que se precisa es que, como ya lo mencionaba, el texto tenga una influencia tal en la persona, que le resulte imposible ser la misma tras su lectura. Ha aprendido, pues, a cambiar su forma de ver al mundo, de comprender las cosas. El resultado del diálogo es un cambio en la postura que resulta imposible de soslayar porque tiene que ver con la configuración de la sensibilidad del ser lector.

Uno de los ejemplos más significativos y extremos proviene de la literatura misma. El Quijote¹¹⁸ es un sujeto que, interpretaciones mediante, ha sido afectado de tal forma por los libros que lee, que los cree reales, y adapta esta “realidad” a su nivel de realidad propio¹¹⁹. De esta manera, su vida sufre una modificación tan radical que no puede ser entendida al margen de la literatura. No es mi pretensión, ni lo ha sido en momento alguno, sugerir una influencia quijotesca a partir del traslado de la literatura hacia nuestro plano de realidad. No creo conveniente ni necesario que las diégesis confluyan de tal modo que se confundan, que se mezclen y resulte imposible discernir entre la una y la otra. Lo que sostengo dentro de este paradigma, dentro de esta categoría o clasificación, es que la literatura en general y la narrativa en particular, pueden y deben implicar una influencia insoslayable como sujetos con los que se puede establecer un diálogo. Diálogo que, a fin de cuentas, redundará en un beneficio o un aumento del ser del lector porque, desde esta perspectiva, la afectación al texto es mínima.

De hecho, si se le intenta equiparar a las clasificaciones precedentes, una lectura de este tipo conlleva un inmanentismo

¹¹⁸ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Editorial Alfredo Ortells. Madrid, 1983.

¹¹⁹ Me refiero a la interpretación de “El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha” que sostiene que la percepción del personaje ha sido modificada de tal forma a partir de sus lecturas, que le es imposible discernir entre lo que sucede dentro de ellas y fuera de ellas, en su propia realidad. Sé de cierto que existen muchas más interpretaciones sobre esta obra, las hay que intentan justificar sus acciones y las que lo acusan de loco. No pretendo entablar discusiones sobre ese particular. Simplemente me limito a utilizar una de las interpretaciones que más aceptación tienen en el referente colectivo.

absoluto (en la medida en la que está orientada al lector) que, a la larga, puede caer en un alto nivel de trascendentalismo (verbigracia, el Quijote). Teniendo como parangón la segunda de las clasificaciones, la concordancia tiene que ver con una suerte de fascismo que se relaciona con la interpretación única. El modo en que un texto determinado modifica la vida de una persona es único y no puede dar cabida a otras interpretaciones. Sin embargo, al surgir ésta de un ejercicio dialógico que no sólo es inteligible sino que tiene parte de intuición y de emoción, se valida en su propia concepción.

Es probable que ésta sea una postura para entrar a la obra narrativa con los más grandes valores. Pocas debilidades se le pueden achacar y éstas dependen de los niveles en los que se alcance a modificar la realidad. Si las modificaciones son exageradas se pueden correr riesgos como el del Quijote que, a la larga, sugieren una alteración en los estados de conciencia. Al ser éste un caso hipotético, considero que tales temores pueden estar infundados. Por otra parte, ciertas ópticas y deseos, podrían validar el actuar quijotesco sin mayor problema. De hecho, en algunos casos, podría resultar el ideal máximo a alcanzar a lo largo de una vida dedicada a la lectura.

IV.2.2.2 El lector como parte del texto.

La segunda de las formas existentes para entrar al texto, tiene que ver con la entrada como tal al mismo. Ya no es el caso en que el lector aprehende elementos de la obra y los aplica en su vida, que se deja modificar la vida. El sentido ha cambiado. Ahora, es el lector el que tiene que entrar al libro. Volviendo a Gadamer, “De hecho el juego sólo cumple el objetivo que le es

propio cuando el jugador se abandona del todo al juego”¹²⁰. De esta manera, podrá generar diversos niveles de aproximación para con él. Por un lado, puede constituirse como espectador de la trama sin la necesidad de intervenir en ella, sin participar. En un segundo momento, puede llevar a cabo una identificación con el o los personajes de manera tal que sufra con sus desdichas y goce con sus alegrías. Por último, a través de ciertos mecanismos literarios¹²¹, puede llegar a ser el protagonista de la obra.

Sea cual fuere el modo en que el lector penetra a la obra, su lectura se vuelve la condición de posibilidad esencial para que ésta pueda ser articulada. E, independientemente de que pueda o no sacar algún aprendizaje de ésta como en la categoría anterior, se ha dado a sí mismo el permiso de vivir una vida que le es ajena. Las posibles acciones y aventuras o anécdotas que se pueden realizar a lo largo de la vida de una persona son demasiado limitadas. Como es imposible vivir tanta vida, el préstamo que le hace la literatura a un lector del tipo que se trata ahora, adquiere, con todas las ponderaciones que se deseen, un cúmulo de experiencias que, de otro modo, le habrían sido inaccesibles. Sé bien que, al parecer, un lector así es utópico; que, de llegarse a dar, tendría graves trastornos psicológicos referentes a la personalidad múltiple, al

¹²⁰ GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999. p. 144.

¹²¹ Me refiero, en concreto, al caso de la metaficción. Para serlo aún más, a “Si una noche de invierno un viajero” de Italo Calvino o a cualquiera de esos libros infantiles de “Construye tu propia aventura” u otros de su tipo con el matiz que exigen las diferencias.

desdoblamiento de personalidades o a la riqueza espiritual. No obstante, el quid radica en el intento, en la intención de participar de estas historias como en la vida misma. Con la evidente ventaja que, a éstas, se puede entrar y salir a placer.

Como se ha podido observar, en las lecturas que pugnan por entrar al texto en el sentido que sea, es que se da un compromiso verdadero. Ya no es sólo la contemplación del objeto externo al sujeto sino que se da la integración entre ambos contextos. El resultado, en ambos casos, es el choque entre dos mundos, entre dos ideologías, entre dos sistemas de valores y dos contextos diferentes que, de no tener la disposición para el colapso, permanecerían ajenos. Tal choque de entidades ha de provocar, por fuerza, una evolución. El mundo de afuera ya no podrá ser medido en base a los mismos parámetros por no hablar del conocimiento adquirido (sobre todo porque éste también se adquiere con el otro tipo de lectura). Y la transformación sufrida a partir de un continuo colapsarse de universos, de formarse a partir de la ósmosis provoca un acto de lectura mucho más legítimo. Ya no sólo son el texto y el lector quienes se transforman, quienes crecen en lo ontológico. También, se redefine el propio acto de la lectura porque éste, a la larga, ya no es simplemente un proceso de decodificación de signos, de traducción de los mismos. Aunque los incluye, implica adaptarse y aceptar al otro hasta sus últimas consecuencias.

A lo largo de este capítulo se han tratado fundamentalmente dos aspectos. Ambos, relacionados directamente con la lectura. Si bien es cierto que no ofrecen una clasificación tan cerrada como

la que se presentó en los capítulos anteriores, también es verdad que no se hace dadas las ambigüedades y subjetividades propias de los procesos lectores. Así pues, lo presentado no es más que un intento por encasillar tanto a los tipos de lectores como a sus formas de lectura con miras a dejarlos definidos como las categorías que ayudarán a esclarecer las aporías. Sin embargo, también es preciso mencionar que dichas clasificaciones no quedan del todo abiertas en tanto que funcionan. Con matices mediante o ligeras modificaciones, creo que se adaptan, en la medida de lo posible, a los parámetros que establecen. Es decir, tanto los lectores posibles como las formas de aproximación al texto existentes, tienen cabida dentro de estos lineamientos, cumplen con las características y, lo que requieren es de la mediación de los matices. Entonces, el problema es más de intensidad que de precisión y, por ende, considero necesario el planteamiento y desarrollo de esta particular taxonomía.

Aclarado lo anterior, sintetizo en pos de poder, posteriormente, elaborar las aporías propias de esta sección para, después, dar paso a las conclusiones generales de la primera parte de este trabajo. Se establecieron tres tipos de lectores: el empírico, el analítico y el crítico. Las características que cada uno de ellos ostenta, hacen posible afirmar que la calidad del acto de lectura es más una cuestión que tiene que ver con el estudio de los textos y con el número de lecturas realizadas por un lector dado, que algo que tenga que ver con la calidad de la lectura. Tal afirmación surge de la idea de que, a mayor complejidad en el acto lector, mayor sacrificio en la inocencia de quien lo lleva a cabo. Si bien parece resultar positiva la adquisición de una malicia lectora en cuanto que ésta

va de la mano de la experiencia, es preferible ponderarla a partir de las ventajas producto de la candidez. Siendo así, la capacidad de sorpresa aumenta y el disfrute de un lector empírico tiene que ver más con el tema y la historia que con la forma, caso típico de los otros dos tipos de lectores. Sin embargo, no creo pertinente afirmar que alguna de las lecturas es mejor que otra. En este sentido, quizá la descalificación la merezca la última de ellas.

Ahora bien, lo importante, es establecer una suerte de mediación con respecto a las diferencias existentes entre estos niveles. De hecho, es a partir de esa idea que se comienza a bosquejar la serie de aporías concerniente a este particular: ¿Cómo lograr sintetizar las ventajas que ofrece cada uno de los tipos de lectores desechando, a un tiempo, los problemas que acarrearán? En otras palabras, ¿cómo construir a un lector analítico que conserve su capacidad de sorpresa, que pueda hacer caso omiso de su malicia y, simultáneamente, sea capaz de disfrutar a partir del encuentro con los elementos de la obra, de las relaciones que se establecen entre ellos, de la calidad de la misma?

En lo que tiene que ver con los grados de aproximación del texto, las categorías propuestas tienen un mayor grado de proximidad con el ejercicio hermenéutico. Por un lado, parten de una postura en la que la hermenéutica como disciplina está dentro del campo de estudio de la filosofía. De manera tal que dichas aproximaciones tienen una relación directa con aspectos fundamentales de la ontología y la epistemología. Lo primero en tanto que el ser se construye a partir de cómo se relaciona con lo otro y con el otro. Y ésta es una óptica análoga a la de ver al

texto desde afuera, como objeto u optar por entrar a él, considerándole sujeto. Asimismo, la carga epistemológica se activa a partir de la forma en que el lector construye su realidad y su verdad de la mano con la obra. Lo mucho o poco que permita la interacción entre las dos realidades proporcionadas, la una por la realidad real o dura y la otra obtenida a partir de la diégesis, constituyen elementos que están directamente relacionados con la hermenéutica. Para que esto suceda, es menester ampliar el campo de estudio más allá de la mera teoría de las interpretaciones del texto. De hecho, para que se logre articular a cabalidad y en toda su extensión tal apertura del objeto de estudio, hay que partir de conceptos tales como que el lenguaje es un factor *sine qua non* para construir la realidad. Sin embargo, al igual que con los tipos de lectores, el uso práctico que se le dará a estas categorías y sus implicaciones filosóficas también entrará en la segunda parte de trabajo, cuando llegue el momento de las propuestas concretas.

Por el momento, me limito a señalarlo y a intentar esbozar las aporías pertinentes. La aceptación de las tres formas para aproximarse al texto conlleva, implícito, el hecho de que el lector se vuelva o no parte activa de la obra. Ya sea que esto no suceda como en el caso de la salida del texto, cuando se opta por verlo desde afuera o que, como en los otros dos postulados, éste influya en la vida del lector o el lector entre a la vida del texto. Ante tales opciones, queda definir si se pretende la inteligibilidad o la sensibilidad. Buscar cuál de los valores resulta más importante para la lectura de la obra es tan estéril como intentar definir cuál es la mejor forma de leer un texto.

La tríada presentada ofrece sus valores con independencia. En el caso en que el lector se niegue a entrar al texto, su objetividad lo volverá un lector analítico o crítico, mucho más capacitado para el ejercicio de la teoría literaria. A cambio, tendrá que sacrificar todas las posibilidades vivenciales que le ofrece el estar inmerso en la obra o permitir que ésta influya en su vida. De tal manera que, entonces, las preguntas que se comienzan a generar tienen que ver con la manera de conciliar todas las posturas. En otras palabras, cómo es posible permanecer, a un tiempo, dentro y fuera de la obra narrativa para alcanzar todos los valores que sólo así, pueden ser abarcados. Claro está que, para lograr tal objetivo, es necesario plantear la posibilidad de construirse a sí mismo como una persona capaz de ser objetivo y subjetivo con respecto a una misma causa. Peor aún, es menester ser juez y parte. En el caso de la entrada al texto, de acceder a la pertenencia en el espacio diegético, resulta imposible no volverse parte de él y, en consecuencia, tal objetividad resulta utópica, si no es que toda objetividad lo es¹²².

Finalmente, quiero remarcar la ambigüedad que se fragua en las clasificaciones propuestas en este capítulo. Éstas, obedecen más a un ejercicio de observación crítica que a un estudio detallado de las corrientes y las teorías literarias, de recepción y de interpretación. Si he permitido que esto suceda, no es por una falta de rigor académico ni por una intención de

¹²² Evidentemente, cabe aclarar que no pretendo discutir acerca de la existencia de una objetividad total o plena. Si la menciono es como el antónimo que se supone de la subjetividad. Vuelvo a remitirme a las definiciones más simples, como en otras ocasiones, para poder articular el discurso.

facilitarme el camino. Sucede, mejor, que considero que tales categorías no estaban anteriormente planteadas a cabalidad y que, a corto plazo, me resultan categorías indispensables para el desarrollo ulterior de esta tesis. Dejando esto por sentado, doy paso a las conclusiones finales de la primera parte del trabajo.

Antes de dar cabida a lo que constituirá las conclusiones de este trabajo de investigación, creo necesario reafirmar que tales conclusiones son parciales. Este hecho obedece, más que a otra cosa, a que las presentes cuartillas no son más que el preámbulo de una tesis mucho más larga. Así, ésta, que es para obtener el grado de maestro en letras latinoamericanas, se volverá la primera parte de la tesis doctoral. En ese sentido, el trabajo completo ya presentará aportaciones suficientes para validar a ambas, mientras que ésta es tan sólo un planteamiento inicial dentro del cuadro metodológico general. Así, el presente se ocupa más de un estudio realizado con miras a establecer los parámetros que, a futuro, constituirán la sólida base a partir de la cual se desarrollará la propuesta.

Sin la expresa intención de redundar pero con miras a recorrer cada uno de los aspectos que se desarrollaron en las páginas anteriores, retomo el planteamiento inicial: Este trabajo de investigación tenía como objetivo fundamental la posibilidad de enmarcar todas las teorías hermenéuticas en una suerte de moldes que permitieran clasificarlas según diversos aspectos. Para tal fin, no se creyó necesario un recorrido por cada una de dichas corrientes sino, por el contrario, por cuestiones de abarcabilidad y procesos metodológicos, se partió de la construcción de dichos moldes que, desde mi perspectiva, podrían dar cabida a toda teoría existente.

Para poder llevar a cabo dicha tarea, fue menester, en un principio, realizar un análisis de la función hermenéutica con miras a la definición de la parte del texto que se interpreta. Cabe aclarar que, como parámetro delimitador, para efectos de esta tesis (pero sobre todo para la continuación), todo análisis iba a

ser hecho orientado a la narrativa; las razones ya han sido explicadas. Se partió de las categorías lingüísticas para poder concluir que es en el sentido de la obra donde se da el campo fértil de la interpretación. No podría ser de otro modo en tanto que dicho sentido tiene una relación directa con la intención del texto, independientemente del funcionamiento del sistema de signos, símbolos y procesos intermedios. No sólo porque éstos puedan constituirse como el objeto de estudio de otras disciplinas sino porque en caso de que la hermenéutica se ocupare de ellos, su labor estaría condenada al fracaso en términos de extensión y fines.

Habiendo dejado en claro el objeto de estudio de la hermenéutica, se procedió a plantear tres clasificaciones de ésta. Una tríada orientada a conformar una taxonomía que permitiera, en cada una de sus tres vertientes, incluir a toda corriente de interpretación de textos narrativos. Con esto, no sólo me he querido referir a las corrientes que han existido a lo largo de la historia, sino a cualesquiera otras que puedan llegar existir. Sé de cierto que uno de los argumentos con los que se podría atacar a este trabajo, es la imposibilidad de su comprobación en toda su amplitud. Mucho más si se toma en cuenta que no he partido de las teorías individualmente para aventurar la hipótesis. Hacer el recorrido de las corrientes una por una para luego enmarcarlas en las tres categorías planteadas no sólo sería una labor titánica sino que estaría condenada a resultar incompleta en tanto que tales corrientes evolucionan, mutan y se gestan a ritmos mayores a los que se puede acceder para tal clasificación. Es por esas razones que he partido en orden inverso.

Evidentemente, conozco varias de las corrientes hermenéuticas. No sería factible un planteamiento como el hecho de no ser por un conocimiento precedente. De facto, conozco también las teorías que más se acercan a los límites de la taxonomía propuesta. Y son estos límites los que constituyen la clave que posibilita la propuesta. Si se pueden encontrar los extremos de una línea, del rango que la delimita, es posible aseverar que todos los valores mencionados entre el primero y el último valor, pertenecen a dicha línea. Sé que es un argumento matemático, lo utilizo porque considero que basta para ejemplificar mi razonamiento.

Habiendo establecido lo anterior, doy paso a la primera de las clasificaciones, la que tiene que ver con la extensión del texto. Históricamente, los teóricos de la literatura se han sentado a discutir acerca de la pertinencia de conocer o no el contexto que rodeó a la obra en su concepción, en su proceso de escritura. Así, los hay que sostienen la relevancia implícita en dicho conocimiento argumentando que toda interpretación resulta estéril si no se realiza a partir de los elementos que arroja su propio marco contextual. A estos teóricos se les designa como trascendentalistas. En contraparte, los inmanentistas, sostienen que el texto debe bastar por sí mismo tanto para su comprensión como para su correcta interpretación, sea lo que fuere que significa esto. Los argumentos de los unos y los otros parecen válidos hasta que se les lleva al extremo. Es entonces donde las fallas que ostentan se hacen evidentes y resulta imposible soslayarlas. Tanto porque los unos, a la larga, están condenados a una labor sin límites, sin conclusión posible; tanto porque los otros reniegan de la condición *sine qua non* de todo texto: su

autor. Así, más que tomar partido por los unos o los otros, se opta por plantear ciertas aporías que servirán para, en un futuro, elaborar una propuesta que se permita conciliar ambas posturas.

La pregunta obligatoria ante esta primera clasificación es la que tiene que ver con los niveles de trascendencia o inmanencia de un ejercicio interpretativo. ¿Cuál es la postura idónea?, o ¿cómo encontrar el equilibrio entre ambas posturas?, es el resultado de un intento por conciliarlas. Sin embargo, en un carácter mucho más aporético, el planteamiento es qué tanto el contexto está descrito dentro del texto, qué tanto está el uno contenido por el otro y, de estarlo por completo, cómo es que éste se manifiesta, qué mecanismos existen para desentrañarlo y, finalmente, cuál es la relación de interdependencia y copresencia entre ambos. Éstas son las aporías producto de la primera clasificación. Sobre todo, si se toma en cuenta que, desde ciertas lecturas o posturas lectoras, resulta imposible soslayar el papel del autor y, desde otras, resulta irrelevante su presencia. Sin embargo, no cabe la menor duda de su existencia y, en el último de los pasos, bien se puede argumentar que el autor se presenta dentro de su propia obra. Aunque para tal demostración podría resultar menester el estudio de la función creadora para contrarrestar la separación entre el autor y su obra.

En un segundo momento, la clasificación se centró en el número de interpretaciones posibles de un texto literario. Para alcanzar tal fin, se partió de los extremos con miras a abarcar toda una gama de posibilidades. Sin la menor duda, el primero de los puntos de la línea tendría que ser aquél que se ocupara de la interpretación única. Son muchos los ejemplos históricos

los que validan esta postura que, incluso, ha llegado a tener alcances definitorios en el desarrollo de las civilizaciones. En el extremo opuesto de este planteamiento, se enarbola, por fuerza, la teoría de las interpretaciones ilimitadas. Aquéllas que no están regidas por parámetro alguno y en las que basta su enunciación, o el poder que se ejerce a partir de ellas, para validarlas. Evidentemente, no existe ejemplo concreto alguno para comprobar la validez de esta postura en tanto que resultaría pretencioso y espurio iniciar una enumeración de este tipo. Es verdad que el planteamiento puede resultar excesivo, sostenerse sólo a niveles teóricos y perder validez por su propio alcance. Sin embargo, su existencia como categoría de clasificación resulta necesaria si lo que se pretende es abarcar a todas las teorías posibles.

Entre estos dos extremos existe un infinito de matices que no podían ser clasificados unitariamente. Entonces se procedió a agruparlos en dos grandes grupos. El primero se ocupaba de las interpretaciones finitas mientras que el segundo de las infinitas. Ambas, dentro del rango de acción de lo limitado. Al parecer, son estas dos categorías las que definen, en mejor modo, los alcances de la hermenéutica. No obstante, siguen siendo demasiado extensas como para poder trabajar con ellas cómodamente. Así, las conclusiones que resultan de esta taxonomía tienen que ver con el alcance de lo finito y de lo infinito, por una parte; y de los mecanismos que se requieren para la limitación en las interpretaciones. En otras palabras, lo primero que se necesita llevar a cabo para poder esbozar una propuesta concreta, es descalificar por completo las primeras dos posturas. Simultáneamente, resulta obvio el hecho de que se

deben validar aquéllas que tienen que ver con el concepto de límite para lo cual, por fuerza, se debe establecer un mecanismo para generarlo. Dicho mecanismo delimitador, los procedimientos para construirlo, constituyen, en sí mismos, la primera de las aporías respecto a esta forma de clasificar. La segunda, tiene que ver con la forma en que se puede volver finito lo infinito. Ya no basta con estar dentro del campo de lo ilimitado; parece no ser necesario establecer un número concreto de interpretaciones; es necesario, en cambio, diferenciar entre un número definido de interpretaciones o la posibilidad de que exista, siempre, una más¹²³.

El último capítulo de esta tesis es, de todos, el más subjetivo en la medida en que tiene que ver con el lector. Independientemente de su función ontológica¹²⁴, es el lector, en tanto receptor, el que activa el proceso de las interpretaciones. Ahí radica su importancia. No sólo resulta estéril aseverar lo

¹²³ Por razones evidentes, en esta taxonomía se ha hecho a un lado la posibilidad de una interpretación nula, que sea cero el número de interpretaciones posibles. Sobre todo, tomando en cuenta que el mero acto de lectura implica ya una postura con respecto a la obra y, en consecuencia, una interpretación de la misma. Podría argumentarse que, por lo anterior, la taxonomía propuesta no abarca todas las posibilidades. Resulta falaz. El quid radica en el parámetro que se utiliza para tal clasificación. En tanto se parte de las matemáticas, bien puede parecer incompleta. Sin embargo, éstas son una mera herramienta para establecer parámetros y no un parámetro para establecer teorías. De no ser así, se tendrían que evaluar las clasificaciones con números negativos, fraccionarios, imaginarios, complejos y demás, por dar algunos ejemplos.

¹²⁴ Aunque no se ahondará de momento, parece haber teorías que sostienen que el lector sólo es tal en tanto lo es, mientras está leyendo; en contraparte de otras teorías que se ocupan de la persona. En cualquiera de los casos, éste es identificable como una entidad que cierra el ciclo de la lectura y, en muy buena medida, inicia el de la interpretación.

contrario sino que, es en la lectura, donde se inicia el proceso concreto de la hermenéutica. Así, negar la relevancia del elemento que cierra el círculo comunicativo, el referente obligado de todo modelo de comunicación sería tanto irresponsable como equívoco.

Las aporías que tienen que ver con este capítulo son las que se basan en la idea de la construcción del lector perfecto. Aunque no se conocen todavía los mecanismos para crearlo, es este lector el que puede tener la respuesta necesaria frente a las taxonomías precedentes. Sin embargo, la existencia de tal lector resulta utópica en tanto que su calidad lectora y el grado de identificación con el texto variará de una obra a otra. Empero, los esfuerzos no son estériles. Al contrario, el poder identificar los niveles de lectura da como resultado inmediato el establecimiento de parámetros sólidos a partir de los cuales se puede empezar a elaborar la teoría. De lo contrario, todo quedaría inmerso en la incertidumbre total que, a la larga, volvería espurio todo intento de aproximación hermenéutica. Así, la construcción del lector ideal, los caminos para lograrlo a partir de los elementos planteados en el cuarto capítulo resulta ser, para fines prácticos una aporía cuya finalidad reviste una importancia por demás plausible.

Hechos ya los planteamientos anteriores, queda el resto del trabajo de investigación para poder resolverlos. Se partirá, entonces, de teorías concretas relacionadas tanto con los estudios literarios como con los filosóficos dado que la hermenéutica parece estar inmersa en ambos campos de estudio. En un sentido más monográfico, también se recorrerán

teorías y posturas de vanguardia con miras a establecer su utilidad en la definición de las aporías planteadas. En otras palabras, se utilizará lo ya realizado para intentar bosquejar una teoría que sintetice y colabore en la delimitación del texto literario narrativo. Sólo así podrá llegar a buen fin esta tesis. En tanto que su hipótesis inicial tiene que ver con la delimitación de la hermenéutica, será en su propuesta concreta que se compruebe o se refute. Declararla nula será una opción. Sin embargo, a partir de una clasificación establecida como la actual y de un proceso de investigación concerniente a encontrar los elementos útiles y necesarios para establecer los paradigmas de interpretación, se espera que así no sea, que pueda llegarse a una comprobación que, de antemano se sabe, sólo podrá ser parcial en tanto la naturaleza del objeto de estudio.

- BAL, Mieke. Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología). Cátedra. Madrid, 1990.
- BERISTÁIN, Helena. Diccionario de retórica y poética. Editorial Porrúa. México, 1985.
- CIESPAL. “Esquemas del proceso de comunicación” en C. Benassini (comp.) Introducción al estudio de la comunicación. Teorías de la comunicación en Estados Unidos y en Europa. Teoría de la comunicación II. Tomo I. Ediciones de comunicación, y Universidad Iberoamericana. México, 1986.
- CULLER, Jonathan. “En defensa de la sobreinterpretación” en ECO, Umberto. Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press. Primera edición. Cambridge, 1995.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. Kafka. Por una literatura menor. Era. México, 2001.
- DERRIDA, Jacques. La escritura y la diferencia. Anthropos. Barcelona, 1989.
- DERRIDA, Jacques, LACOUÉ-LABARTHE, Philippe, HILLIS MILLIS, J., DE MAN, Paul, HARTMAN, Geoffrey, GASCHÉ, Rodolphe, NICOLÁS, César, FERRARIS, Mauricio. Teoría literaria y deconstrucción. Arco/Libros. Madrid, 1990.
- ECO, Umberto. Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press. Cambridge, 1995.
- ECO, Umberto. Los límites de la interpretación. Lumen. Barcelona, 1998.
- FABRI, Paolo. El giro semiótico. Gedisa. Barcelona, 2000.

- FERRARIS, Mauricio. Historia de la hermenéutica. Siglo XXI. México, 2002.
- GADAMER, Hans- Georg. Verdad y método I. Sígueme. Salamanca, 1999.
- GADAMER, Hans- Georg. Verdad y método II. Sígueme. Salamanca, 2000.
- GENETTE, Gérard. La obra de arte. Inmanencia y trascendencia. Lumen. Barcelona, 1997.
- HAMBURGER, Käte. La lógica de la literatura. Visor. Literatura y debate crítico. Madrid, 1995.
- HEIDEGGER, Martin. Introducción a la filosofía. Frónesis Cátedra. Madrid, 1996.
- HEIDEGGER, Martin. El ser y el tiempo. Fondo de Cultura Económica. México, 2000.
- HEIDEGGER, Martin. "The origin of the work of art" en Poetry, Language, Thought.
- KOSELLECK, Reinhart y GADAMER, Hans-Georg. Historia y hermenéutica. Paidós I.C.E. / U.A.B. Barcelona, 1997.
- LAPESA, Rafael. Introducción a los estudios literarios. Cátedra. Madrid, 1975.
- LOTMAN, Yuri M. Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social. Gedisa. Barcelona, 1999.
- NIETZSCHE, Friedrich. Genealogía de la moral. Alianza editorial. Madrid, 1992.
- NIETZSCHE, Friedrich. Más allá del bien y del mal. Alianza editorial. Madrid, 1992.

- NIETZSCHE, Friedrich. Sobre verdad y mentira en sentido extramoral. Revista Teorema. Valencia, 1980.
- ORTIZ-OSÉS, A., y LANCEROS, P. (directores). Diccionario de Hermenéutica. Universidad de Deusto. Bilbao, 1998.
- PIMENTEL, Luz Aurora. El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa. Siglo XXI Editores – U.N.A.M. México, 1998.
- RICOEUR, Paul. Sí mismo como otro. Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1996.
- RICOEUR, Paul. Del texto a la acción. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2000.
- RICOEUR, Paul. Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido. Siglo XXI editores y Universidad Iberoamericana. Primera edición. México, 1995.
- RICOEUR, Paul. Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico. Siglo XXI Editores. México, 1998.
- RICOEUR, Paul. Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción. Siglo XXI Editores. México, 1998.
- RICOEUR, Paul. Tiempo y narración III. El tiempo narrado. Siglo XXI Editores. México, 1998.
- RORTY, Richard. El giro lingüístico. Paidós. Pensamiento contemporáneo 11. Primera edición. Barcelona, 1998.
- RORTY, Richard. “El progreso del pragmatista” en ECO, Umberto. Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press. Primera edición. Cambridge, 1995.

- SAUSSURE, Ferdiand de. Curso de lingüística general. Fontamara. México, 1998.
- SCHRIFT, Alan D. Nietzsche and the question of interpretation. Between Hermeneutics and Deconstruction. Routledge. New York, 1990.
- TODOROV, Tzvetan y DUCROT, Oswald. Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje. Siglo XXI. México, 1989.
- VATTIMO, Gianni. Introducción a Heidegger. Gedisa. Barcelona, 1996.
- VATTIMO, Gianni. Más allá de la interpretación. Paidós. Barcelona, 1995.